
HARLEQUIN
Jazmín™
VOLVER
A VIVIR
Susan Meier
Jefe a regañadientes



Susan Meier

Jefe a regañadientes



Contenido

Argumento

De musa… a esposa.

Embarazada y sola, a Laura Beth solo le quedaba la opción de trabajar para el brillante artista Antonio Bartulocci. Era increíblemente atractivo… ¡y un jefe muy difícil!

Antonio no había podido volver a pintar desde la muerte de su esposa. Pero, inesperadamente, cautivado por la inocente belleza de su nueva empleada, pensó que quizás hubiera encontrado a la mujer que podría devolverle la inspiración que creía perdida para siempre. Era un milagro que le decía que todavía tenía cosas hermosas por las que vivir.

Capítulo Uno

Laura Beth Matthews se había sentado en el borde de la antigua bañera de porcelana que tenía el apartamento de Nueva York, el piso que iba a tener que dejar a la mañana siguiente. Llevaba su larga melena castaña recogida en un elegante moño francés, y lucía un diseño original en organza lavanda de Eloise Vaughn para su papel de dama de honor. En la mano, sostenía una prueba de embarazo que acababa de hacerse.

Las lágrimas se le acumularon en los ojos. No había duda ya: estaba embarazada.

–¡Laura Beth, vamos! –era la voz de Eloise, que la llamaba tocando a la puerta con los nudillos–. ¡Que la novia soy yo, y tendría que disponer de baño por lo menos diez minutos para retocarme el maquillaje!

–¡Perdón!

Se secó rápidamente las lágrimas y se miró en el espejo del armario. Aún no tenía churretes negros por la cara, pero el día era joven aún.

Por primera vez desde que Eloise, Olivia y ella decidieran pasar la noche anterior a la boda de Eloise juntas, y vestirse también juntas al día siguiente, lamentó haber tomado esa decisión. Estaba embarazada. El padre de su hijo, uno de los directores que trabajaba para el marido de Olivia, la había tachado de golfa cuando ella le contó que tenía un retraso y que podrían ser padres. Y ahora no solo tenía que sonreír durante toda una boda, sino que no le quedaba más remedio que encontrar dónde esconder aquel test de embarazo en un baño diminuto.

Miró a su alrededor.

–¡Un segundo!

A falta de otra solución, decidió envolverlo en papel higiénico y tirarlo a la papelera. Se colocó una alegre sonrisa en la boca y abrió.

Eloise estaba allí, deslumbrante con el vestido que Artie Best, su jefe, había diseñado expresamente para ella. Una seda maravillosa ceñía sus curvas, y el escote, en forma de corazón, estaba adornado con brillantes falsos. Un collar con piedras verdaderas, cuyo valor bastaría para alimentar a un país del Tercer Mundo durante una década, le adornaba el cuello.

Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas, en aquella ocasión de alegría por su amiga. Eloise, Olivia y ella se habían mudado a Nueva

York con miles de ilusiones como estrellas en los ojos. Ahora Olivia estaba casada y había dado a luz a un niño, Eloise lo estaría en unas horas y ella… ella estaba embarazada, del peor hombre posible como padre y, en veinticuatro horas, tendría que dejar aquel apartamento.

Estaba en un buen lío.

Antonio Bartulocci se miró en el espejo. Se había cortado el pelo para la boda de Ricky y Eloise, pero aun así los rizos negros le llegaban por los hombros, y se preguntó si no debería recogérselo en una coleta. Miró a la derecha, a la izquierda, y al final llegó a la conclusión de que se estaba preocupando por nada. Eloise y Ricky eran sus amigos, y les daba igual su aire bohemio.

Se enderezó la corbata plateada por última vez, salió de la suite que ocupaba en el ático de su padre en Park Avenue, y se dirigió a la habitación principal.

Unos cómodos sofás color agua se habían colocado uno frente al otro, sobre una alfombra de un gris pálido, y cerraban el conjunto unas sillas blancas estilo reina Ana. Una chimenea de piedra gris ocupaba la pared del fondo, y en una esquina había un pequeño bar en madera de nogal. La vista del horizonte de Nueva York que había desde el ventanal le dejó sin respiración la primera vez que la vio, pero desde la muerte de su esposa, ni siquiera llamaba su atención.

–¡Date prisa, Antonio! –le llamó su padre desde el bar, mientras se servía una copa de bourbon. Llevaba un sencillo traje negro, camisa blanca y corbata a rayas amarillas que después cambiaría por un esmoquin para la recepción de la noche. Aunque pasaba de los setenta y le sobraban algunos kilos, el millonario Constanzo Bartulocci era un hombre atractivo, cuyo aspecto hablaba de dinero y poder y que no vivía en el mundo del común de los mortales, sino en un universo que podía controlar. A diferencia del mundo de Antonio, en el que la pasión, la inspiración y la suerte lo gobernaban todo.

–Estoy detrás de ti.

Constanzo dio un respingo y se dio la vuelta, llevándose la mano al corazón.

–¡Menudo susto me has dado!

Antonio se rio.

–Ya lo veo.

Apuró la copa de un trago y señaló la puerta.

–Venga, vámonos, que no quiero terminar metido en un atasco de periodistas como la última vez.

Antonio se colocó la corbata una vez más.

–Tú has hecho de mí el monstruo al que los paparazzi siguen a todas partes.

–Tú no eres un monstruo –un suave acento italiano dulcificó su voz–, sino uno de los mejores pintores del siglo veintiuno. Tienes mucho talento, hijo.

Por supuesto Antonio era consciente de ello, pero tener talento no era lo que la mayoría se imaginaba. Su don no se podía envolver en una cajita de plata de la que sacarlo solo cuando lo necesitara. El talento, la necesidad de pintar, el deseo irrefrenable de explorar la vida sobre un lienzo era su motor, pero durante los últimos dos años ni siquiera había sido capaz de tocar un pincel. En aquellos últimos tiempos, comía, bebía, dormía… pero, en realidad, no vivía. Gracias a los millones que le había hecho ganar su arte en los últimos años, y aún más a las sabias inversiones que había hecho siguiendo los consejos de su padre, había transformado esos millones en cientos, de modo que el dinero no era problema para él. Tenía la libertad y el respaldo necesario para poder ignorarlo.

Las puertas del ascensor se abrieron sin hacer ruido, y ambos entraron.

Constanzo suspiró.

–Si tuvieras un asistente, esto no habría pasado.

Antonio intentó ocultar una mueca de desagrado. Sabía bien a qué se refería su padre.

–Lo siento.

–Quería que hubieras sido tú el artista que pintara los murales para el nuevo edificio de Tucker. Ese trabajo lo habrían visto miles de personas todos los días. Gente corriente. Habrías podido llevar tu arte a las masas de un modo concreto. Pero se te pasó la fecha de presentación de los bocetos.

–No se me da bien lo de las fechas.

–Precisamente por eso necesitas un asistente.

Antonio contuvo el deseo de apretar los ojos. Lo que necesitaba era que lo dejaran tranquilo. O mejor aún: poder dar marcha atrás en el tiempo para no casarse con una mujer que fuera a traicionarlo. Pero eso no podía ser. Tenía entre manos una mezcla de dolor y culpabilidad de la que ya no iba a poder deshacerse.

La limusina de su padre les esperaba ante el portal y caminaron bajo la marquesina en silencio. Antonio invitó a su padre a subir el primero.

Se acomodó en el cuero blanco del asiento, delante de un discreto minibar ubicado junto a los controles multimedia. Su padre pulsó algunos botones y una suave música clásica envolvió el espacio.

El conductor cerró la puerta y en menos de un minuto estaban en movimiento.

–Un asistente personal podría ocuparse también de algunos de los asuntos pendientes de Gisella.

Antonio apretó los dientes y su padre suspiró.

–Bueno, lo digo porque parece que tú no quieres hacerlo – añadió, y volvió a suspirar–. Antonio, han pasado ya dos años. No puedes seguir sufriendo así indefinidamente.

Antonio miró a su padre y esbozó una sonrisa. Fingir que

estaba sufriendo había sido el modo de sobrevivir a los años que habían transcurrido desde la muerte de su esposa. La hermosa Gisella había entrado en tromba en su vida, como un huracán. Veinticuatro horas después de conocerse ya estaban juntos en la cama. Veinticuatro semanas después, se habían casado. Estaba tan colgado de ella, tan profundamente enamorado que los días, las semanas, los meses, le habían parecido minutos. Pero, mirando atrás, reconocía los síntomas que deberían haberle puesto sobre aviso. No es que su carrera de modelo profesional se hubiera venido abajo, pero tampoco avanzaba como debería, y casarse con un pintor italiano que había alcanzado la fama recientemente había vuelto a ponerla en el candelero. Su repentino interés en causas internacionales no había florecido tan intensamente hasta que encontró el modo de utilizar esas causas para mantener su imagen y su nombre en los periódicos y en boca de todo el mundo. Incluso había llegado a hablar en la asamblea de las Naciones Unidas. Y él se había sentido tan orgulloso, tan… ¡qué idiota!

–Hijo mío, sé que a los hijos, cuando ya son adultos, no les gusta que sus padres les den la tabarra y se metan en su vida, pero esta vez tengo que hacerlo para decirte que debes pasar página.

Antonio se volvió a mirar por la ventanilla sin contestar. Nueva York era un hervidero de gente en primavera. El tráfico avanzaba muy despacio, mientras que un gran número de residentes caminaba alegremente por la acera con ropas ligeras ya. El sol reverberaba en las fachadas de los edificios más altos. Hubo un tiempo en que se enamoró de aquella ciudad, más aún de lo que lo había estado de la naturaleza en su país de origen, Italia. Pero incluso eso se lo había echado a perder.

–Por favor, no les estropees el día a Ricky y Eloise con tu tristeza.

–No estoy triste, padre. Estoy bien.

La limusina se detuvo, bajaron, y entraron en el enorme edificio de piedra gris que era la catedral.

La ceremonia fue larga, y el pensamiento de Antonio voló hasta el día de su boda, en aquella misma iglesia, con una mujer que nunca lo había querido.

No, no estaba triste. Estaba enfadado, furioso más bien, hasta un punto en el que algunos días el corazón parecía latirle despacio por el peso que arrastraba. Pero no podía arruinar la reputación de una mujer que lo había utilizado para llegar a ser un icono cultural, del mismo modo que tampoco podía fingir que había sido la esposa perfecta.

Y esa era la razón por la que no podía tener un asistente personal revolviendo en su despacho, entre sus papeles o en su ordenador.

La ceremonia terminó, y el sacerdote dijo:

–Os presento al señor y la señora Langley.

Ricky, su mejor amigo, y su preciosa esposa, Eloise, se volvieron para mirar a la familia y los amigos sentados en los bancos, que rompieron a aplaudir. Los recién casados echaron a andar por el pasillo central. La dama de honor, Olivia Engle, y el padrino, Tucker Engle, también marido y mujer, los siguieron hasta la puerta, y Antonio caminó para reunirse con su compañera en la boda, Laura Beth Matthews.

Laura Beth era una joven dulce que ya conocía desde hacía tiempo, cuando ella fue a visitar a Olivia y Tucker en su villa italiana, y cada vez que había un bautizo, un cumpleaños o una fiesta en el ático de los Engle en Park Avenue, se encontraban. Por desgracia siempre se hacía acompañar de un novio bastante molesto, una persona que no encajaba en el mundo de Tucker Engle ni en el de Ricky Langley, pero que intentaba conseguirlo casi con desesperación.

Laura Beth apoyó la mano en su antebrazo y le sonrió antes de que ambos siguieran también a los novios por el pasillo central.

Mientras Ricky y Eloise saludaban a la larga fila de invitados que iban pasando por el atrio, Antonio se volvió para decirle:

–Estás preciosa.

–Eloise tiene unos diseños maravillosos –respondió, mirándose.

–Ah, no sabía que lo había hecho ella.

Laura Beth asintió, pero, cuando posó sus ojos verdes de nuevo en él, su mirada carecía de vida.

–¿Estás bien? –le preguntó, poniendo su mano en el brazo de ella.

Como si hubiera pulsado un botón, de inmediato se animó:

–Sí, claro que estoy bien. De maravilla. Es que ha sido una mañana muy estresante.

–¡Qué me vas a contar a mí! ¿Alguna vez has viajado con un millonario, que espera que todo el mundo y todo esté al alcance de su

mano?

Ella se rio.

–¡Venga ya! Tu padre no es así. Yo le adoro.

–Tú solo le has tratado estando de vacaciones o en las fiestas que Tucker y Olivia les organizan a los niños. Cuando cruces el Atlántico con él, me lo cuentas.

Ella volvió a reírse, y parte del peso que Antonio llevaba siempre en el pecho disminuyó. Con una hermosa melena oscura y unos maravillosos ojos verdes, Laura Beth era demasiado bonita para estar tan…

No sabría decir cómo. Nerviosa, no. Infeliz, tampoco. Parecía más bien distante. Como si estuviera preocupada.

Eloise y Ricky aún tenían una larga fila de invitados ante sí, de modo que le dijo:

–¿Qué te pasa?

Ella lo miró sobresaltada.

–¿Pasarme?

–Sí. Estás aquí un momento, pero tu pensamiento se va lejos al siguiente. Es evidente que andas pensando en otra cosa. O intentando analizar algo.

–Yo… bueno, es que… mañana tengo que dejar el piso antes de las doce.

Antonio enarcó las cejas.

–¿Y no has recogido aún?

–Sí, lo tengo todo preparado, pero es que aún no he encontrado dónde ir.

–Puedes quedarte en el ático de Constanzo de momento. Nosotros nos vamos mañana por la mañana.

Laura Beth se sonrojó.

–Sí, ya. También podría quedarme en casa de Tucker y Olivia. Se me da de maravilla aprovecharme de los demás.

La fila de invitados había desaparecido, y Ricky y Eloise se disponían a salir. Antonio tomó la mano de Laura Beth para conducirla a una puerta lateral.

–Anda, vamos, que tenemos que preparar el confeti para cuando salgan.

Cuando Antonio tomó su mano para guiarla hasta la luz del cálido día de primavera, Laura Beth sintió una punzada en el corazón. Con su pelo negro, largo y rizado y unos penetrantes ojos oscuros, era el modelo vivo de artista sexy, aunque no era esa la razón por la que el

corazón se le había quejado, sino por su modo sencillo de hacer que se sintiera parte de lo que estaba pasando, cuando su mente se empañaba en arrastrarla lejos de allí. Era un buen hombre, con un gran corazón y un enorme talento.

Se había medio enamorado de él el mismo día que lo conoció, pero entonces salía con Bruce. Luego Antonio se casó, y apenas dos años después, lloraba la muerte de su hermosa, inteligente y comprometida esposa, así que nunca se había permitido flirtear con él. Y ahora, embarazada, apenas dejó que el pensamiento se le pasara por la cabeza, sino que se dedicó a hacer comentarios livianos y entretenidos mientras posaban para las fotos y horas más tarde en el salón de baile del Waldorf, mientras cenaban.

Antonio se reía cuando tocaba, pero no le pasó desapercibida la tristeza de su mirada. Pretendía entretenerlo, pero no lo estaba consiguiendo. Sus propios problemas le pesaban demasiado, lo mismo que a él los suyos le aguaban la fiesta. Los dos se habían quedado sin chistes, sin temas inocuos y sin anécdotas graciosas. O peor aún: cada vez que él la miraba con aquellos ojazos, le entraban ganas de flirtear. ¡Flirtear! Él tenía problemas. Ella tenía problemas. ¿Y le quedaban ganas de flirtear? Qué ridiculez. Así que, después del baile, disimuladamente salió del salón hacia el tocador.

Se sentó en el sofá que había en la antesala y respiró hondo varias veces. Podría esconderse en su apartamento una noche más, pero tenía que decidir ya dónde iba a dormir al día siguiente. ¿En el ático de Tucker y Olivia o en el de Constanzo Bartulocci? Una vez más, aceptando caridad.

¿Cuánto tiempo iba a vivir así? No tenía nada, ni siquiera un trabajo decente, y estaba embarazada de un hombre que la consideraba una golfa. Dios, qué desastre…

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Lo que le faltaba.

Respiró hondo una vez más y se levantó del sofá. Podía ser imposible fingir que no tenía problemas económicos, pero durante las próximas horas pretendería ser feliz y cumpliría con sus obligaciones de dama de honor.

Mirándose al espejo, echó hacia atrás los hombros y respiró hondo una vez más. Lo iba a conseguir.

La primera persona que vio al volver al salón de baile fue Antonio, de modo que cambió de dirección. La atracción que le inspiraba aquel hombre era tan fuerte que podría derretirse en sus brazos mientras bailasen, y eso no estaría bien. Él seguía de luto por una mujer maravillosa a la que había adorado, y ella tenía problemas que solucionar antes de pararse tan siquiera a considerar la posibilidad de

flirtear con alguien, y mucho menos de derretirse en sus brazos.

Mientras pasaba junto a grupos de empresarios que reían, famosos reconocidos por la sociedad y camareros que servían champán, tuvo una extraña epifanía, o quizás un golpe de realidad. Ella estaba allí solo por quienes habían sido sus compañeras de piso. En los cuatro años que habían pasado desde la primera vez que la invitaron a aquel mundo extraño Olivia y Eloise, ellas no solo habían encontrado su verdadera vocación, sino al amor de su vida, mientras que ella… ella no había encontrado ni una ocupación decente. A pesar de rozarse con montones de ejecutivos en aquellas fiestas, ni siquiera había sido capaz de encontrar un trabajo a jornada completa. Y a pesar de estar ante aquel abanico de solteros deseables, no había encontrado a un hombre que la quisiera.

Quizás no fuera consciente de que tenía un problema. A lo mejor es que se mezclaba con la clase de gente equivocada. Al fin y al cabo, ella pertenecía a la clase trabajadora. ¿Por qué se creía capaz de encajar en el mundo glamoroso de los millonarios? ¿Solo por el hecho de que sus amigas sí pudieran?

Por el rabillo del ojo, Antonio vio a su acompañante en la boda acercarse a la barra y pedir un ginger ale. Bastaría con tocarle un poco el brazo y llamar su atención para salir de aquel atolladero, pero no sería justo. No solo necesitaba aclarar de una vez por todas aquel asunto con su padre, sino que estaba claro que Laura Beth quería estar sola, y no estaría bien arrastrarla a aquel drama.

–¿Sabes qué? –se dirigió a su padre, respiró hondo. Solo había un modo de detener a Constanzo, y era fingir estar de acuerdo con él–. Que me lo voy a pensar.

En el fondo, no era mentira, se lo iba a pensar, pero hasta ahí iba a llegar. De ningún modo metería a un desconocido en su casa, y mucho menos iba a darle acceso a sus cosas. No estaba dispuesto a permitir que una persona cualquiera pudiera llegar a tropezarse con alguno de los embustes de su mujer mientras organizaba expedientes o listines de teléfono.

La cara de su padre se iluminó.

–¿De verdad?

–De verdad.

–¿Y crees que volverás a pintar?

Miró brevemente a Laura Beth y deseó poder capturar la expresión perdida de su mirada, a medio camino entre la tristeza y la añoranza. Desde luego tenía una belleza natural sorprendente: sus pómulos

marcados conferían a su rostro una calidad de escultura que le iba a ayudar a envejecer. Y su melena… era fácil imaginarse deshaciendo el moño que llevaba y dejando que aquellos mechones de cabello oscuro resbalasen entre sus dedos abiertos, justo un instante antes de besarla.

¡Eehhh! ¿De dónde había salido ese pensamiento?

Había llegado el momento de alejarse de su padre si no quería tener más desvaríos.

–Pintaré cuando pinte –le dijo, mirándole a la cara–. Ahora voy a charlar por ahí con la gente.

Al alejarse de la barra vio que su padre se acercaba a Laura Beth y suspiró aliviado. No iba a seguirle a él, y al mismo tiempo serviría para que ella dejase sus negros pensamientos. Cuando no estaba dándole la tabarra sobre este u otro asunto de su vida, Constanzo podía ser un hombre divertido.

Laura Beth vio a Constanzo y se puso la sonrisa en la cara. Ahora que había llegado a la conclusión de que no pertenecía a aquel grupo, ya no tenía que fingir ser una persona que no era. Ya sabía lo que tenía que hacer exactamente: disfrutar del resto de la boda y ponerse manos a la obra para encontrar trabajo nuevo y nuevas compañeras de piso. Nadie podría reemplazar a Eloise y Olivia, sus dos mejores amigas, pero conseguiría que funcionase.

–Pareces triste esta noche.

Laura Beth asintió, aunque con una sonrisa. Constanzo era el típico hombre rico, pero no presumía de fortuna. Y muchas veces la había hecho reír en las reuniones en casa de Olivia y Tucker, de modo que no iba a ser la primera vez que confiase en él aunque, por supuesto, tampoco iba a contárselo todo.

–Es la segunda compañera de piso que se me casa –le explicó, aprovechando lo más obvio–. No es que eso me convierta en una solterona, pero casi.

Constanzo se echó a reír.

–Americanos… ¿qué es eso de una solterona? ¿Es que una mujer no puede madurar y disfrutar de la vida sin estar casada?

Ella sonrió también.

–Pues claro que sí.

–Bien, porque las mujeres no necesitan a los hombres, sino que los desean. Quieren tener un hombre en su vida, pero solo para que la complemente, no para que la defina.

Alzó su copa de ginger ale a modo de brindis.

–Sabias palabras.

–Y bien: ahora que hemos aclarado lo de la solterona, ¿quieres contarme qué otra cosa te pone triste hoy?

–Estoy bien.

Él la miró a los ojos y movió la cabeza.

–Pues a mí no me lo parece.

–Eres tan perspicaz como Antonio.

–¿A quién te crees que se parece?

–Creía que era su espíritu de artista.

–Desgraciadamente, desde la muerte de su esposa, el artista que mi hijo lleva dentro se está secando y va a morir.

Instintivamente miró a su hijo y Laura Beth hizo lo mismo. Antonio estaba increíble con su esmoquin negro y el pelo suelto y un poco revuelto. No había mujer que pasara cerca que no lo mirara con interés. Podía acercarse e invitarlo a bailar… pero mejor no. Ya tenía ella bastantes problemas como para liarse con un hombre. Aun así, mientras que todas las mujeres se deshacían a su paso, él no se daba cuenta de nada.

–Debe de ser muy duro que se muera tu mujer.

Constanzo asintió levemente.

–No quiero que pierda su vida entera por ello.

–No lo hará. Se recuperará.

–Necesita un empujoncito.

–¿Un empujoncito? –preguntó, riendo.

–Sí, tiene que contratar un ayudante. Un asistente personal. Alguien que pueda vivir con él y devolverlo al camino.

–Parece una misión muy complicada.

–No lo creo. Hemos estado hablando de ello y parece que por fin ha aceptado la idea, lo que significa que está dispuesto a sanar de sus heridas y volver a la vida. Creo que, una vez que su asistente le haya hecho deshacerse de los dos años de basura que ha acumulado en su casa, será capaz de volver a ver su futuro, y dejará atrás el pasado.

Laura Beth se quedó pensando un instante.

–Lo cierto es que lo que dices tiene sentido.

Constanzo se echó a reír.

–¡Vaya, creo que nos entendemos! Por eso siempre me siento a tu lado en las fiestas.

–No hay mucho que entender –respondió con una sonrisa–. Eres un padre que adora a su hijo, y él es un hombre que aprecia lo que significa tener padre. El resto es accesorio.

Él volvió a reír.

–¡Ojalá pudieras ser tú su asistente!

Laura Beth dejó el brazo suspendido en el aire.

–Pero sé que no querrías vivir en Italia –continuó Constanzo–. Y por otro lado, está lo que es el trabajo en sí. Supongo que estás acostumbrada a tener responsabilidades de más envergadura.

–Mis estudios solo me han valido para tener trabajos temporales –confesó sonriendo de medio lado.

–Entonces, ¿te interesaría el puesto? –inquirió, arqueando las cejas.

Se quedó pensativa un momento. ¿Un trabajo de verdad, a jornada completa, acompañado de cama y comida, en un país lejos de la familia y los amigos, donde poder reflexionar sobre lo que iba a hacer con su embarazo antes de que nadie supiera de su existencia?

–Sí, me interesaría.

Capítulo Dos

A la mañana siguiente, de acuerdo con las instrucciones de Constanzo, Laura Beth tomó un taxi que la llevaría a la pista de aterrizaje privada que tenía Tucker Engle. Agarró por el asa la exigua maleta que había dejado en el asiento y pagó al taxista un quinto del total de dinero que tenía. Si lo de aquel trabajo no salía adelante, iba a quedarse sin un céntimo. Pero puesto que ya estaba metida en un buen lío, y dado que conocía bien tanto a Antonio como a su padre, aceptar el puesto de asistente personal de Antonio no iba a suponer un gran riesgo.

Un remolino de viento del mes de abril levantó una nube de polvo de la pista mientras caminaba hacia el avión. Dos pilotos aguardaban junto a la escalerilla desplegada, comparando información en sendas tablillas, y al verla acercarse, uno de ellos sonrió y le dijo algo en italiano.

–Lo siento, pero no hablo italiano –contestó.

El piloto se echó a reír.

–Yo hablo inglés. ¿En qué podemos ayudarla?

–Soy Laura Beth Matthews. Constanzo me dijo que les avisaría para que añadieran mi nombre a la lista de pasajeros.

El hombre miró su documentación sin decir nada, pero el segundo piloto exclamó:

–Ah, sí. Aquí está –dijo, y le quitó la patética maleta de las manos–. Yo me ocupo de esto.

Una desconfianza que no pudo controlar se apoderó de ella al ver que un desconocido se quedaba con todas sus posesiones terrenales y se alejaba, pero el otro señaló la escalerilla.

Respiró hondo. Tenía que marcharse. Necesitaba tiempo para pensar, y un trabajo. Subió los escalones.

Al llegar a la puerta, se detuvo. Aquello parecía más un salón que la cabina de un avión. Las filas de asientos se habían reemplazado por unos sofás que invitaban al reposo, y junto a ellos había pequeñas mesitas auxiliares para dejar libros, bebidas o comida. Una mesa de trabajo y un bar remataban el conjunto.

Se acercó al sofá preguntándose dónde diablos estarían Antonio y su padre, y se acomodó en el suave cuero con el que estaban tapizados. El día anterior estaba tan nerviosa que apenas había dormido, y lo que más le apetecía en aquel momento era echarse una siestecita, pero un instante después, se oyó una gran conmoción fuera

del aparato, así que se levantó y fue a mirar por la ventanilla.

Una limusina blanca y enorme había llegado a la pista. Antonio se bajó de ella y retuvo la puerta para que bajara su padre.

Vestido con vaqueros y una camisa de vestir sobre una camiseta blanca, Antonio tenía un aspecto completamente distinto. Siempre le había visto vestido de esmoquin en algunas inauguraciones, o con pantalones de vestir y camisa blanca en las fiestas que Olivia y Tucker organizaban para sus hijos. Verle de un modo tan desenfadado despertó la atracción que siempre latía cerca de él, y más aún cuando la brisa le movía el pelo. ¿Serían sus rizos tan suaves como parecían?

Movió la cabeza varias veces ante tanta estupidez, y corrió a sentarse. Acababa de poner las posaderas en su sitio cuando Constanzo subió abordo.

–¡Carissima, aquí estás!

Ella se levantó, por si se había sentado en el sitio equivocado.

Antonio entró tras su padre y se quedó parado al verla.

–¿Laura Beth? –preguntó, arrugando el entrecejo.

Aunque Antonio había sido criado en Estados Unidos, había pasado los últimos cinco años en Italia, y hablar italiano había cambiado el timbre de su voz, de modo que pronunció su nombre de un modo… sensual. Un estremecimiento le erizó la piel. Y otro pensamiento lo acompañó: aquel hombre era ahora su jefe. No solo iba a trabajar organizando sus cosas, sino que iban a vivir juntos.

Ay, Dios. ¿Cómo no iban a andar sus pensamientos desmandados? ¡Iba a vivir con el hombre que le gustaba desde hacía cinco años!

Genial. Una chica normal y corriente como ella iba a vivir con un artista famoso que aún seguía echando de menos a su mujer, tan maravillosa, tan guapa como él. El sentido común aplacó sus temores. No tenía de qué preocuparse.

–Hola –sonrió.

Constanzo fue hacia la parte trasera del avión.

–¿Puedo ofrecerte algo de beber?

–No, gracias.

Antonio se detuvo ante ella. Con el pelo revuelto y la piel bronceada por el sol, estaba tan guapo, tan sexy, que se le hizo la boca agua. Más aún cuando sus ojos oscuros se clavaron en ella.

–¿Qué haces aquí?

Miró de reojo a Constanzo, quien hizo un gesto banal con la mano.

–La he contratado. Iba a dejar su piso y no tenía trabajo permanente, de modo que era el momento perfecto.

Antonio sonrió de un modo que podría haberle parado el corazón de no haber sabido que debía quedar fuera de su alcance.

–Ah. Genial.

El piloto anunció el despegue inminente y Antonio le señaló donde debía sentarse. Él se sentó a su lado, tan cerca que casi podían tocarse. Lo bastante cerca para que pudieran acabar uno encima del otro en caso de turbulencias.

Cerró los ojos con fuerza. «¡Ya basta!».

¡Tenía que controlar aquellos pensamientos, o se volvería loca viviendo con él! No jugaban en la misma liga. De eso se había dado ya cuenta el día anterior. Ella era una chica corriente, embarazada y que necesitaba un trabajo más que enamorarse de un hombre.

Se abrocharon el cinturón y el pequeño taxi aéreo recorrió la pista y despegó suavemente. Ascendió durante unos minutos y se niveló, y la señal de que debían mantener los cinturones abrochados se apagó. El capitán dijo entonces que esperaban un vuelo sin incidencias y que ya podían levantarse y andar por la cabina.

Para calmar los nervios y distraer a la atracción que la asaltaba cada vez que bajaba la mirada y veía su pierna tan cerca de la de ella, sacó un libro del bolso.

–Me encantó esa novela cuando la leí.

Ella miró la cubierta y luego a Antonio.

–No creía que te gustara la ciencia ficción.

–¿Estás de broma? En la ciencia ficción hay mucho arte. La imaginación necesaria para crearla y su imaginería son magníficas.

Laura Beth sonrió, aliviada de haber encontrado algo normal de lo que hablar, pero su estómago escogió aquel preciso momento para rugir.

Antonio se rio, pero ella se puso colorada como un tomate.

–No has desayunado, ¿verdad?

No había podido hacerlo. Era como si, a partir del momento en el que había sabido que estaba embarazada, las náuseas matinales hubieran aparecido por arte de magia.

–Es que… no tenía hambre esta mañana cuando me levanté.

Antonio se soltó el cinturón y le ofreció la mano.

–Anda, ven.

Ella se soltó el suyo y se quedó mirando la mano tendida. Sintió un extraño cosquilleo cuando puso la suya en la de él, y mientras se levantaba, se recordó que tenía que dejar de sentir esas cosas de inmediato.

La zona de la cola de la cabina, que ella había creído que era un pequeño bar, era en realidad una cocina en miniatura.

–¡No me lo puedo creer!

Antonio hizo un gesto con la cabeza en dirección a su padre, que se

había quedado dormido en el sofá que había frente al que ellos ocupaban.

–Mi padre siempre viaja con la nevera llena. Y cuando llegamos al destino, lo que no se ha comido se lleva a un comedor social –con una sonrisa, abrió la pequeña nevera–. ¿Te apetecen huevos y unas tostadas?

El estómago no se le volvió del revés ante la mención de la comida, así que asintió.

–Vaya… no veo mucho entusiasmo por aquí, así que mejor probamos con unas torrijas.

–¡Me encantan las torrijas! Y hace años que no las pruebo.

La invitó a sentarse en uno de los taburetes que había al otro lado de la barra. Pulsó un botón y apareció lo que debía de ser un grill.

–¡Qué barbaridad!

–La vida de los millonarios es lo que tiene.

Laura Beth miró a su alrededor, y recordando sus pensamientos de la noche anterior, no miró el avión como lo haría alguien que querría tenerlo algún día, sino como una persona agradecida por la bendición que le había caído de estar allí y tener un trabajo y una casa en la que vivir.

–Resulta divertido ver cosas que no vería de otro modo.

–No entiendo.

–Sí, lo que quiero decir es que yo nunca voy a ser millonaria, y que por lo tanto nunca voy a tener un avión como este.

–Ah.

Cascó dos huevos en un plato, añadió leche, vainilla y un pellizco de algo que parecía ser canela y lo batió todo; a continuación cortó el pan, mojó un par de rebanadas en la mezcla y las puso en una pequeña sartén. Comenzaron a crepitar.

El aire se impregnó de olor a vainilla.

–Umm…

–Debes de tener mucha hambre.

–Ya lo creo.

Dio la vuelta a las torrijas, y mientras lo hacía, Laura Beth lo examinó con atención, analizando los detalles que le hacían ser quien era: cabello oscuro y largo, hombros anchos, caderas estrechas… pero la cara se llevaba la palma: ojos muy oscuros y piel bronceada. Mandíbula cuadrada. Pómulos marcados.

Algo cálido y suave flotó a su alrededor, y estaba a punto de volver a regañarse cuando cayó en la cuenta de que nunca se había sentido así con Bruce. Le gustaba, sí; incluso se había creído enamorada de él, pero nunca había sentido aquella combinación de atracción y

curiosidad que se mezclaba con el calor de su amistad y que transformaba sus sentimientos hasta hacerlos más… especiales.

Carraspeó. ¿Pero qué estaba haciendo? ¿Otra vez con lo mismo? ¡Aquel hombre era su jefe! Y no solo eso; además, estaba viudo. Era un hombre que había perdido a su esposa y que sufría por ello de tal modo que no había vuelto a pintar. ¿Qué iba a querer él de ella, de Laura Beth Matthews, una chica corriente y moliente que, por cierto, estaba embarazada de otro hombre? Su trabajo era devolverlo al mundo de los vivos, y no babear por él.

Hizo ocho torrijas, las dividió en dos platos y le entregó uno, a lo que su estómago contestó con otro rugido.

–Gracias.

Antonio le pasó el sirope por encima de la barra y ella se sirvió, pero esperó a que él tuviera el tenedor en la mano para empezar. Si algo había aprendido en las celebraciones en casa de Olivia y Tucker, y en las elaboradas fiestas de Ricky y Eloise, era seguir el ejemplo de los anfitriones.

Antonio probó un bocado y sonrió.

–Buscarte un trabajo que te ofreciera también un sitio donde vivir ha sido un modo ingenioso de solventar tu problema de piso.

–¿Te parece rastrero? –le preguntó, roja como la grana.

–En absoluto. Me parece un golpe de ingenio. Yo, cuando salí del sistema de casas de acogida, habría dado la mano derecha por un trabajo que me evitara vivir en la calle.

–Sí, pero no habrías acabado yéndote a vivir a Italia, y tu padre no te habría encontrado.

–Eso es verdad. Aunque sigo sintiéndome medio americano.

Me encanta pertenecer a los dos mundos. ¿Qué tal las torrijas?

–Deliciosas –respondió, pero dejó a un lado el plato del que solo se había comido dos–. Pero estoy llena.

Antonio recogió su plato y el de ella, y los metió en un cajón metálico.

–El personal se ocupará de ello cuando aterricemos.

–¡Qué pasada!

–Mejor que te vayas acostumbrando a vivir así.

Seguramente, Antonio no sería tan tiquismiquis como su padre, pero mejor no contestarle, sobre todo porque se había pasado la noche en blanco, dándole vueltas a sus propios problemas. Con la tripa llena y el runrún del avión, lo único que quería era acurrucarse en uno de los sofás y dormir, de modo que volvió a su sitio, se abrochó el cinturón, y casi inmediatamente se quedó dormida.

Se despertó cuando alguien la zarandeó suavemente.

–Laura Beth… ya hemos llegado.

Se arrebujó en la manta con la que alguien la había tapado.

–¿Adónde?

–A Italia.

Abrió los ojos de inmediato, y cuando se encontró frente al bello rostro de Antonio Bartulocci, lo recordó todo. Habían volado a Italia. Su padre la había contratado. No tenía piso.

Estaba embarazada. El estómago se le encogió.

Estaba embarazada. En un país extranjero. A punto de enfrentarse a un trabajo nuevo. Antonio era su jefe, y la necesitaba. Pero se sentía muy atraída por él. Le consideraba el hombre más sexy y guapo que había en la tierra, e iba a vivir con él. Pero él no pensaba como ella.

Eso la tranquilizó. Era bueno que solo la viera como a una amiga. Si era capaz de ocultar su fantasía, no habría problema. Además, estar dedicada veinticuatro horas al día, siete días a la semana, a ayudarle a recuperar su vida la mantendría tan ocupada que no iba a tener tiempo de darle vueltas a sus propios problemas.

En realidad, eso era lo que más le gustaba de aquel trabajo: no solo el dinero, o tener un techo bajo el que guarecerse, sino cuidar de alguien. De ese modo, lograría olvidarse de sí misma.

Apartó la manta. Sus días de creerse parte de aquel mundo se habían terminado. Iba a enfrentarse a aquel trabajo y a ganarse una vida decente para sí misma y para su bebé. Todo saldría bien.

–Gracias por la manta.

–De nada.

Guardó en el bolso la novela que iba a haber leído, ya que dos caballeros, Antonio y Constanzo, aguardaban a que saliera del avión.

Constanzo se acercó a los pilotos a decirles algo, pero enseguida volvió junto a ellos.

Laura Beth miró a su alrededor. El cielo era azul, tan perfecto como el que podía verse en Kentucky. La hierba alta y verde que crecía en los campos que cercaban la pista se ondulaban suavemente con la brisa fresca.

–¿Otra pista privada?

–No pensarás que mi padre va a tener un avión privado para luego sufrir el tormento de ir a un aeropuerto comercial y tener que esperar para despegar y aterrizar, ¿no?

Ella se rio.

–Es cierto. Cosas de ricos.

–Exacto. Harás bien en no olvidarlo.

Laura Beth frunció el ceño. Era la segunda vez que le decía que debería acostumbrarse a su padre cuanto antes, cuando el jefe iba a

ser él. En el avión podían relacionarse como amigos pero allí, en suelo italiano, tenía que desempeñar su papel. Era su asistente. Su secretaria en realidad. Pero aquello sería siempre mejor que cualquier otra cosa que hubiera podido encontrar en Nueva York.

A partir de aquel momento, su vida iba a ser aquella.

–Las maletas están ya en la limusina –anunció Constanzo.

–Qué rapidez –exclamó ella.

–¡Se te van acumulando las cosas que tienes que aprender sobre mi padre! –bromeó Antonio, riendo, y dirigiéndose a Constanzo, preguntó–: Por cierto, ¿cómo has pensado explicarle a Berenice que has contratado a una persona para que la ayude?

Laura Beth arrugó el entrecejo.

Constanzo se sonrojó.

–¿Piensas que tu padre me ha contratado para que trabaje con él? –inquirió.

Entonces fue Antonio quien frunció el ceño.

–¿Es que no es así?

Constanzo se sonrojó aún más cuando los dos se volvieron a mirarle.

–No la he contratado para que ayude a Berenice, sino para que sea tu asistente.

La audacia de su padre dejó a Antonio con la boca abierta. La rabia le erizó el vello y su temperamento comenzó a hervir, pero decidió respirar hondo y tomarse un minuto para pensar que lo que había hecho su padre no era nada comparado con las manipulaciones de su difunta esposa.

Aun así, no pudo evitar que su voz tuviera un tinte áspero y enfadado al hablar.

–¿Por qué me organizas la vida?

Constanzo se volvió hacia la limusina.

–Yo no te organizo la vida –replicó, echando a andar–. Anoche me dijiste que lo estabas pensando, y cuando surgió en la conversación con Laura Beth, me di cuenta de que sería perfecta para ese trabajo, así que hice lo que mejor sé hacer: anticiparme.

Antonio masticó un improperio.

–¡Me manipulas!

Laura Beth le rozó el brazo para llamar su atención. Sus dedos le calentaron la piel, incluso le aceleraron algo la respiración.

–Yo no sabía que no tenía tu permiso.

–No necesitaba su permiso –repuso Constanzo, enfadado–. Anoche

me dijo que le parecía buena idea, así que, como he dicho antes, me anticipé.

Antonio permaneció fuera de la limusina, incapaz de entrar en el mismo coche que su padre y Laura Beth. La confusión y el resentimiento batallaban en su interior. No estaba solo enfadado porque su padre hubiera contratado a alguien en su lugar, sino que las reacciones que estaba experimentando con Laura Beth no eran correctas.

Siempre le había gustado y, sí, debía reconocer que siempre había habido atracción entre ellos, pero de pronto, aquella mañana, quizás por la conversación íntima que habían tenido en el avión, estaba sintiendo cosas que no debía sentir. ¡Pero si ella solo era una joven dulce que intentaba encontrar su camino en la vida! ¿Y él? ¡Un viudo amargado! No quería sentir atracción por ella, y si ella era lista, tampoco sentiría nada por él. Y lo que es peor: no deberían vivir juntos de ningún modo.

Tenía que despedirla.

No. Constanzo tenía que hacerlo.

A su espalda, el chófer cargaba las maletas en el maletero del coche. Una bolsa marrón muy vieja sobresalía sobre las demás. Tenía que ser de Laura Beth.

Solo una bolsa. Y bastante usada. Tanto, que él la consideraría inutilizable. Pero seguro que era la mejor que tenía.

Se pasó la mano por la boca mientras una imagen se le formaba en la cabeza. Sus dos compañeras de piso no solo habían encontrado al amor de su vida, sino que tenían carreras de éxito, mientras que ella seguía encadenando trabajos temporales.

Demonios… ahora no podía avergonzarla negándose a que trabajara para él. Pero no quería tener que vivir con una mujer guapa bajo el mismo techo, la primera que despertaba algo en él desde Gisella. Y peor aún: no quería que otra persona anduviera revolviendo entre sus cosas.

Lo mejor que podía hacer era dejar que Laura Beth disfrutara de unos días de descanso en su casa de campo y luego explicarle con delicadeza que no quería tener asistente personal.

Puesto que iba a despedirla, la enviaría de vuelta a Estados Unidos con un buen cheque y el código de acceso al ático de su padre, para asegurarse de que estaría bien mientras buscaba otro trabajo.

Pero aquel mismo día, una vez se hubieran acomodado, iba a cantarle las cuarenta a su padre.

Capítulo Tres

Antonio montó en la limusina, pero no dijo una sola palabra hasta que llegaron a casa de su padre.

Laura Beth estaba muy nerviosa. No la quería. Es más, no quería tener asistente personal de ninguna clase. Había sido cosa de Constanzo, y en cuanto se bajaran del coche, la iba a despedir.

Llegaron a la hermosa casa de campo de Constanzo y el dueño se bajó sin ceremonia alguna. También estaba enfadado, y no le dirigió la palabra a su hijo. Cuando la limusina volvió a ponerse en marcha, no pudo soportar más el silencio.

–Cuánto lo siento.

Antonio se volvió a mirar a través del cristal.

–No es culpa tuya. Como te decía antes en el avión, mi padre tiene la equivocada certeza de que todo lo que desea tiene que materializarse solo con que él lo desee, y a veces lo traduce en que todo el que está a su alrededor tiene que hacer lo que él quiera, cuando lo quiera.

Y volvieron a quedar en silencio. En cualquier momento la iba a despedir. Pero no lo hizo. El trayecto duró veinte minutos de un extenuante mutismo. Es más, cuando llegaron a la puerta de su preciosa casa de campo, se bajó como si no ocurriera nada.

Laura Beth descendió de la limusina y miró a su alrededor. La casa estaba situada en plena campiña italiana, envuelta en silencio. Colinas y valles alfombrados de verde y salpicados de flores silvestres la rodeaban, y al final de un camino empedrado, había otra construcción mucho más pequeña y antigua.

Como si hubiera visto la dirección de su mirada, Antonio dijo:

–Es mi estudio.

Ladeó la cabeza para contemplarlo. En cierto modo, aquella vieja casa de piedra era más hermosa que el caserón enorme y elaborado que obviamente había sido construido en los últimos años, seguramente para su mujer.

Las mejillas se le acaloraron de envida, pero rápidamente se controló. Aquel hombre que le parecía tan guapo había tenido una esposa a la que adoraba, mientras que ella había sido contratada para hacer labores de secretaria. Además, la noche anterior había decidido que iba a dejar de intentar encajar en un mundo que le venía demasiado grande. Sentir celos de su mujer muerta, dejarse llevar por la atracción que ejercía en ella un famoso artista que heredaría la

fortuna de su padre multimillonario era una locura que ahogaría cada vez que intentara asomar la cabeza en sus pensamientos.

Antonio la invitó a precederle y entraron en un espacioso vestíbulo, del que partía una hermosa escalera de caracol. En la pared de la derecha había un cuadro que parecía representar el hermoso paisaje que había alrededor de la casa, y que iluminaba la estancia con sus verdes intensos y los cegadores azules de las flores y el cielo.

–Yo ya he visto esto antes.

Antonio se rio.

–En la mansión que tienen Olivia y Tucker en Montauk.

–¡Cierto!

–He querido recuperarlo y se lo he comprado.

–Lo comprendo. ¡Es precioso!

–Es lo primero que pinté cuando alquilé la ruina esa que ahora uso como estudio.

Estaba de pie a su espalda, y sentía su presencia a modo de pequeños escalofríos.

–En cuanto pisé suelo italiano, supe que esta era mi casa, que el tiempo que había pasado en el sistema de acogida en Estados Unidos había sido una aberración, un accidente –señaló el cuadro y continuó–: este cuadro refleja la felicidad que me produjo ese descubrimiento.

–Se ve.

Él sonrió.

–Tucker también me lo dijo. Es más, me hizo pagarle mucho dinero para recuperarlo –señaló la escalera–. Te acompaño a tu habitación.

Su inesperado cambio de humor la pilló desprevenida y en un principio se quedó donde estaba, con la piel acalorada por su cercanía y la respiración más rápida de lo normal. Aun así, consiguió componer una sonrisa y lo siguió escaleras arriba, sin dejar de recordarse que estaba fuera de su alcance y que debería estar prestando atención a la disposición de la casa en lugar de dejarse provocar por la proximidad de su jefe.

Al llegar arriba, Antonio atravesó un pequeño distribuidor, y al mirar a ambos lados, se dio cuenta de que la casa había sido construida de modo que cada habitación tuviera un acceso completamente independiente, con su propio vestíbulo. Y en cada pared había un cuadro. Algunos atrevidos y sorprendentes; otros, cálidos e intensos en color.

Acabaron deteniéndose ante una puerta cerrada, que Antonio abrió para invitarla a entrar. Laura Beth se quedó sin aliento. Unos hermosos suelos de madera dorada aparecían parcialmente cubiertos

por gruesas alfombras blancas. El cabecero y el resto del mobiliario eran también blancos, y tanto el edredón como el faldón de la cama y las cortinas eran de un hermoso azul turquesa.

–Qué preciosidad –exclamó, aunque hubiera preferido no parecer tan vulgar y pobre, pero es que aquel sencillo esquema de color en una habitación tan espaciosa, la había dejado sin aliento.

–Gracias. La decoré yo mismo.

–¿Ah, sí? –preguntó, volviéndose con una alegre sonrisa, que desapareció al ver que miraba a su alrededor como si se sintiera incómodo–. ¿Qué pasa?

–Nada, nada. Una tontería.

–Anda –le animó con el mismo tono de voz que usaba para sonsacarle los secretos a su hermano mayor. Si iban a trabajar juntos, y ojalá aquel cambio de humor fuera un indicador de esa decisión, necesitaba conseguir que confiara en ella–. Somos amigos. Puedes contármelo.

Él respiró hondo y dio un paso más.

–En la mayoría de parejas, es la mujer la que se ocupa de la decoración, pero mi mujer estaba fuera… –la miró a los ojos–, viajando. Tampoco tenía demasiado interés por las muestras que el decorador le enviaba, así que un buen día decidí que iba a contemplar la casa como si fuera un lienzo, y… –se encogió de hombros–, aquí estamos.

–Pues si el resto de habitaciones son tan hermosas como esta, no puedo esperar para verlo todo.

Él sonrió.

–Esta noche la recorreremos.

–Genial –contestó, pero el corazón se le cayó a los pies. Hablar de su mujer le había puesto triste, así que le iba a enseñar la casa, pero de mala gana. La disparidad de posiciones que cada uno de ellos ocupaba en la vida era tal que la realidad de la situación la apabulló. Podía intentar lograr que confiase en ella, pero, si no era más que una asistente, no tendría por qué enseñarle la casa. Ni siquiera tendría por qué disfrutar de un dormitorio tan maravilloso como aquel. Tampoco le habría contado lo de la decoración, y tampoco se habría puesto triste.

A lo mejor había llegado el momento de ocupar su posición, precisamente por él.

–Pero no tienes por qué hacerlo –le dijo con una sonrisa discreta, intentando parecer más una empleada que una amiga– . Es tu casa, y es posible que haya partes que quieras mantener en privado.

La miró y Laura Beth tuvo la impresión de que su expresión estaba

llena de tristeza.

–La gente que está sometida al escrutinio público carece de intimidad. Si has notado que tengo cierta reticencia a enseñarte la casa es porque me recuerda tiempos mejores.

Intentó no mostrar un gesto de censura dirigido a sí misma. Pues claro que los recuerdos de su esposa fallecida le tenían que afectar mucho más que el hecho de tener a una amiga trabajando para él.

–Lo siento.

–Yo también –miró de nuevo a su alrededor–. Me encantaría recuperar la inspiración. Ojalá pudiera volver a pintar –se lamentó, y respiró hondo como si quisiera expulsar, junto con el aire, los malos recuerdos. A continuación, la miró–: Tengo que ir a casa de mi padre. Estaré allí una hora, más o menos, pero ya es tarde, sobre todo teniendo en cuenta las cinco horas de diferencia que hay con Nueva York. Igual quieres acostarte.

–¿Estás de broma? ¡Pero si me he echado una siesta de siete horas! Además, mi cuerpo sigue con el horario de allí.

–A lo mejor te apetece leer un rato junto a la piscina. O prepararte algo de comer. El personal no vendrá hasta mañana, pero la cocina es toda tuya.

Y sin más, salió de la habitación.

Laura Beth se dejó caer en la cama. Así había quedado su ilusión de que accediera a darle el trabajo. Iba a casa de su padre a discutir con él por la decisión que había tomado, y cuando volviera, sería para decirle que no necesitaba de sus servicios.

Quería quedarse, y no solo porque necesitaba el trabajo, y porque fuera maravilloso contar con casa y comida lejos de todo y de todos, sino porque la tristeza de Antonio era manifiesta y alguien tenía que ayudarle a salir de ese estado.

Era perfectamente comprensible que Constanzo estuviera desesperado por arrancarle de aquella morriña. Su hijo era un buen hombre al que la vida había tratado terriblemente mal arrebatándole a su adorada esposa, y se merecía que alguien le ayudase a volver al mundo real. Y en su caso, tener a alguien a quien ayudar le serviría para olvidarse de sus propios problemas. La situación podía ser ideal para los dos.

Pero Antonio no estaba por la labor.

El estómago le rugió, obligándola a levantarse de la cama. No le quedaba más remedio que buscar la cocina y prepararse algo de comer. Al día siguiente, a aquella misma hora, estaría en un avión de vuelta a Nueva York.

Un fracaso más.

Pero en el camino a la cocina, la belleza de aquella casa menguó su apetito y la fue empujando de una estancia a la siguiente. No se esperaba una casa formal o abigarrada. Antonio era demasiado creativo para algo así. Pero tampoco se había imaginado que quedaría tan cautivada por los cuadros y las esculturas que aportaban vida y energía a los sofás de brillantes colores, o al ecléctico comedor que tenía una larga mesa de madera en torno a la que se agrupaban dieciséis sillas de distintos estilos.

Al final se encontró en la puerta de una habitación que contenía un escritorio y una silla de respaldo alto, y que daba acceso a un enorme estudio por cuyo amplio ventanal se veía la piscina y las flores que asomaban por todas partes.

¿Sería su despacho? ¿Con otro despacho enfrente? ¿Para un asistente quizás?

¿Acaso lo habría tenido ya antes? ¿Tendría razón Constanzo y su hijo estaba preparado para volver a tener a alguien?

Entró dubitativa. Había montones de papeles en la primera mesa, la que seguramente sería del asistente. Pero la otra estaba vacía; polvorienta, pero vacía.

Entró despacio y pasó los dedos por el polvo. No debía de haber vuelto a entrar en aquella habitación desde la muerte de su esposa.

Al llegar a la pared de cristal se detuvo. La ventana era en realidad una serie de puertas, y las deslizó hacia un lado. Una brisa cálida entró trayendo el olor a piscina. Cuando Antonio se viera obligado a atender a las cuestiones más prosaicas, podría hacerlo desde la piscina.

Dios… los ricos sabían vivir bien.

Suspiró y volvió a cerrar. Pero al volver hacia la puerta, le llamó la atención otra vez el montón de papeles olvidados allí. Una fina capa de polvo oscurecía los sobres blancos y cubría los brazos del sillón, pero no era nada comparado con el montón de papeles sin atender, de correo sin abrir.

Mirando a su alrededor, se pasó las manos por el pelo. No era de extrañar que Constanzo quisiera que su hijo contratase a un asistente. Desde luego, necesitaba su ayuda.

Y técnicamente, ayudarle a organizar todo aquel caos sería su trabajo… si es que finalmente podía desempeñarlo.

Tomó el primer papel que le salió al paso y vio que se trataba de una carta de agradecimiento. Se sentó en el sillón mientras la leía. Obviamente Antonio no conocía al autor o autora de aquella carta, así que una sencilla nota agradeciendo el escrito bastaría como respuesta.

Se recostó en el respaldo. Una caja de papel de carta llamó su

atención. Una hermosa A manuscrita se unía con la B de Bartulocci. ¿Qué admirador no querría recibir una carta de agradecimiento con el membrete del artista al que admiraba?

El deseo de encender el ordenador y escribir una breve nota de agradecimiento surgió como una tentación. Se volvió hacia el monitor que ocupaba uno de los lados de la mesa. Bastaría con apretar el botón que lo encendía y…

No. No podía hacerlo. No estaba bien.

Aun así, alguien tenía que ayudarle, y sería un modo de demostrarle su valía.

Puso el dedo en el botón e iba a presionar cuando aún se detuvo. El programa del ordenador estaría en italiano… aunque, por otro lado, Antonio se había criado en Estados Unidos…

Movió la cabeza. Una cosa era ocuparse de algunas cartas, y otra muy distinta escribirlas sin su permiso.

Pero ¿de qué otro modo podía demostrarle lo que valía?

Antonio paró la moto delante de la puerta de la casa de campo que tenía su padre. Entró sin llamar y fue directo a la sala de juegos. Por supuesto allí lo encontró, jugando al billar.

–Ya veo que la siesta que te has echado en el avión te ha renovado las energías.

Constanzo dejó el palo.

–¡Antonio! ¿Por qué no estás en casa?

–¿Con la asistente que me has contratado? Porque no quiero secretaria, y porque quiero que dejes de meterte en mis cosas.

–No me meto en nada. Solo me anticipo.

Antonio gimió.

–Eso es meterte, padre, y no puedo seguir así. No solo porque me cabrea, sino porque esta vez le estás haciendo daño a una mujer inocente, que se va a quedar destrozada cuando la envíe de vuelta a casa.

–Pero si eres tú el que la va a mandar de vuelta a casa, ¿cómo puedo ser yo el que la haga daño?

–¡Porque has sido tú el que la ha traído aquí engañada!

–Yo no he hecho tal cosa. La necesitas.

–¡No hay modo de razonar contigo! Siempre ves solo lo que quieres ver.

–Eso es cierto, pero es la razón de que gane tanto dinero – se acercó al mueble en el que guardaba los tacos de billar y eligió uno para ofrecérselo a su hijo–. En esto, a veces, me ganas.

Antonio le quitó el palo de las manos.

–Si ganas tú, me la quedo. Si gano yo, se vuelve a casa después de unas semanas de descanso. Pero tú le pagarás una indemnización por despido y le dejarás quedarse en el ático de Nueva York.

–Trato hecho –sonrió su padre.

Decidieron que jugarían a la mejor de tres. Constanzo jugaba al billar constantemente en su tiempo libre, y era muy bueno, pero Antonio necesitaba demostrar algo, lograr que su padre comprendiera que no podía hacer lo que le diera la gana, de modo que no solo quería ganar, sino que tenía que hacerlo. Y al final lo logró, aunque solo por un punto.

Constanzo suspiró.

–Estás cometiendo un error. La necesitas. Y ella necesita ese tiempo.

Antonio echó a andar hacia la puerta.

–Por eso voy a dejar que se quede unas cuantas semanas. Le dará tiempo de encontrar solución a sus problemas. Y tú – añadió, volviéndose a su padre–, le vas a pagar la indemnización. Y que sea lo bastante grande para que pueda alquilarse un piso decente.

Constanzo suspiró.

–Es una equivocación que la mandes de vuelta a casa, pero he perdido la apuesta y estoy de acuerdo. Si decides que se vaya, yo le pagaré la indemnización.

Antonio volvió a subirse a la moto sintiéndose algo mejor. No quería herir a Laura Beth, y tampoco le gustaba el hecho de haber tenido que apostar para salirse con la suya en una situación en la que su padre no debería haberle metido. Pero había ganado.

Revolucionó el motor y salió por la carretera de las colinas, dejando atrás campos de un verdor insultante, con el viento agitándole del pelo y azotándole la cara. Cuando llegó a su casa, la oscuridad era total, y pudo ver que había luz en el despacho. Aparcó en el garaje, inquieto, y atravesó la despensa, la cocina y llegó al comedor.

No había luces en la piscina, de modo que pensó que Laura Beth debía de estar más cansada de lo que creía y se había retirado a su habitación. Sería un alivio no tener que enfrentarse a ella hasta el día siguiente, de modo que se dirigió al estudio para apagar la luz.

Pero, al entrar, se quedó paralizado. Allí, detrás de los montones de correo sin abrir y del monitor del ordenador, estaba ella.

–¿Qué haces? –le preguntó, acercándose.

–Llevo un rato aquí sentada, resistiéndome a la tentación de abrirte el correo –explicó, señalando la carta de agradecimiento–. Te conozco lo suficientemente bien como para poder

contestar en tu nombre. Esa, y cualquier otra de ese estilo.

El miedo colisionó con la rabia. Pero los montones parecían intactos, y no había encendido el ordenador, de modo que no podía haber visto nada.

Las sienes comenzaron a latirle con fuerza, pero hizo un esfuerzo por calmar la voz.

–Has entrado en mi estudio sin permiso.

–No he tocado nada, salvo esta carta que ya estaba abierta –respondió, mirándolo a los ojos–. Además, es mi trabajo organizar tus cosas.

Antonio respiró hondo. El recuerdo de haber encontrado allí el itinerario de su esposa y los de sus amantes le engulló y le hizo temblar de rabia, no hacia Laura Beth, sino hacia su mujer. Hacia su audacia desvergonzada. Y hacia su propia estupidez. Todo ello, sumado a la información del aborto. La cita en el calendario. El pago hecho con un cheque. El modo en que ni siquiera había intentado ocultar que se había deshecho de su hijo.

¿Cómo demonios se enfrentaba un hombre a eso? ¿Cómo enfrentarse a otra persona sabiendo que su mujer ni siquiera le había dicho que estaba embarazada?

Le costó un esfuerzo ímprobo suavizar el tono de voz, pero lo consiguió.

–No estoy preparado para esto.

Ella volvió a señalar el montón de papeles.

–No tienes que estarlo. Si la mayoría de estas cartas son de admiradores, yo puedo contestarlas. Puedo crear listas de peticiones para que asistas a eventos con los que recaudar fondos. Puedo coordinar tu agenda con Olivia –añadió, refiriéndose a su amiga, que también era su marchante–. Y creo que esa es la idea de Constanzo: que tengas una asistente personal espabilada que pueda liberarte de todo ese trabajo.

–¡No quiero verte aquí dentro! ¡Nadie debe poner un pie aquí!

Su grito reverberó en las paredes del mudo despacho. Laura Beth se encogió y lo miró con los ojos muy abiertos y asustados.

Antonio se pasó la mano por la nuca.

–Perdona. Lo siento. Pero esto no es para mí –con un gesto la invitó a levantarse–. Por favor, sal de ahí.

Ella se levantó y se alejó de la mesa.

–Puedes quedarte un par de semanas aquí. Descansa, toma el sol, haz turismo… si quieres, yo mismo puedo llevarte a conocer un poco los alrededores. Pero no quiero tener asistente.

Su angustia se vio doblada al darse cuenta de que a ella le

temblaban los labios.

–En serio… cuando vuelvas a Nueva York puedes alojarte en el ático de Constanzo. Y él se hará cargo de una generosa indemnización por despido.

Los labios dejaron de temblar por el fuego que se encendió en sus ojos verdes.

–¿Qué?

–Este error lo ha cometido por él, y es justo que lo pague.

–¡Yo no quiero una indemnización, sino un trabajo! Tu caridad es un insulto, sobre todo porque yo puedo ganarme la vida por mí misma, y está más que claro que tú necesitas que alguien se ocupe de ese trabajo.

Dio dos pasos y se plantó delante de él, con lo que Antonio se quedó desconcertado. Tenía las mejillas arreboladas y la mirada encendida. De su cuerpo emanaba el calor en oleadas, lo que disparó su deseo. Siempre le había gustado cómo sabía defenderse sola.

–¡No quiero volver! Lo que quiero es este trabajo. ¡Lo necesito!

Se acercó aún más, y la fuerza de su mirada le golpeó como lo habría hecho un puñetazo en el estómago. Hacía años que no veía una pasión así. No la había sentido en sí mismo desde hacía toda una vida. Apenas pudo refrenar el deseo de besarla para beberse aquella energía.

Se acercó más aún. ¿Se atrevería ella a besarle?

Laura Beth no retrocedió. Estaban cara a cara, fuego contra fuego.

–Ya te he dicho que no voy a lamentar estar a miles de kilómetros de distancia de mi familia. Necesito estar aquí. ¡Quiero este trabajo!

Antonio compuso una mueca parecida a una sonrisa burlona. Él estaba sintiendo pasión, y ella hablaba de un trabajo. Debía de estar muy cansado para andar tan desatinado, si pensaba que una mujer pretendía besarlo cuando en realidad estaba defendiendo su trabajo.

Así que dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta.

–Antonio –le llamó. Su voz sonaba tan cerca como si siguiera pegada a él–. Antonio, necesito estar lejos de mi familia y de mis amigos durante un tiempo. Tengo problemas de otro tipo que tengo que solucionar –no siguió hasta que él se dio la vuelta y la miró–. Estoy embarazada.

Capítulo Cuatro

–¿Embarazada?

Laura Beth se quedó mirándolo con el corazón encogido y los nervios a flor de piel. Su anuncio parecía haberle tranquilizado, pero mientras discutían, había visto algo en su mirada. Se esperaba ira, y estaba preparada para enfrentarse a ella, pero a su mirada abrasadora, no. El dulce y considerado Antonio había sido reemplazado por el sexy Antonio, un hombre que la miraba como si deseara besarla.

El único modo de enfrentarse a aquello era diciéndole la verdad, y allí estaban, hablando de algo que no estaba preparada para escuchar.

–Solo estoy de dos meses.

Él se pasó la mano por los ojos. Parecía confuso, pero había vuelto a ser su amigo Antonio.

–Soy un hombre, y ahora mismo no sé si lo que debo hacer es felicitarte u ofrecerte consuelo. Es decir, que sé que para ti supone un problema, pero los bebés son maravillosos –movió la cabeza–. ¡Mi padre se vuelve loco con ellos! Le da igual que sea niño o niña. ¡Simplemente le encantan!

Laura Beth sintió ganas de reír, y no solo porque se sintiera aliviada, sino porque había conseguido que pensara en el bebé como lo que era: un bebé. Una niñita. O un niñito. No solo iba a ser madre, sino que iba a tener en sus brazos a un bebé.

–Prefiero la enhorabuena.

–¿Y el padre? ¿Va a estar a tu lado?

No sabía bien qué decir y tragó saliva. Pero en los siete meses que le quedaban de embarazo, iba a tener que contestar muchas veces a esa pregunta, así que cuanto antes se acostumbrara, mejor.

–No –se aclaró la voz–. Digamos que su respuesta ha sido… poco entusiasta.

–Entonces, ¿no habrá boda?

–No quiere volver a verme, ni a mí ni al niño.

–Los abogados de mi padre pueden obligarle a formar parte de la vida del niño.

–Yo no quiero. Me dijo que me enviaría una pensión para las necesidades del niño, pero solo si nadie se enteraba.

–Pues me parece que eso ya lo has estropeado contándomelo.

Dio unos pasos por la habitación.

–Si no quiere formar parte de la vida de su hijo, entonces yo

tampoco lo quiero. Un padre enfadado le haría más mal que bien. Y no quiero su dinero.

Menos mal que Antonio no le dijo lo que en aquel momento habría sido más obvio: que su necesidad de dinero era tan acuciante que no podía permitirse rechazarlo. Pero lo que preguntó fue:

–¿Qué es lo que quieres?

Ella se encogió de hombros.

–Tiempo. Tengo que contarles a mis padres, conservadores donde los haya, que su niña está a punto de ser madre sin un padre que cubra el puesto. Y voy a necesitar un trabajo que no solo cubra mis necesidades, sino también las de mi hijo. Por eso trabajar para ti solucionaba todos mis problemas.

Él hizo una mueca.

–Puedes quedarte.

La esperanza le floreció en el pecho. Estar allí era una oportunidad perfecta, pero no podía aceptar caridad.

–¿Quedarme y ser tu asistente?

–Eres amiga mía. No tienes por qué ganarte la comida en esta casa.

–¡Claro que sí! –explotó–. No puedo aceptar caridad. ¿Es que no te das cuenta?

Él suspiró y negó con la cabeza.

–Lo único que yo veo es una mujer con mucho orgullo.

–¿Ah, sí? –espetó, cruzándose de brazos–. Pues yo veo exactamente lo mismo que tú. Te opones a la idea de tu padre de contratar a un simple asistente, algo que por otra parte necesitas encarecidamente, y no estás dispuesto a ceder ni un ápice. ¿Por qué no quieres que trabaje para ti?

–Somos amigos, y deberías estar en mi casa como invitada, no como empleada.

–No es esa la razón de que te opongas a tu padre.

–¿Ahora me vas a decir a mí cómo me siento?

–Antes de que supieras que estaba embarazada, ya no querías que trabajase para ti, cuando está más que claro que necesitas un asistente, así que tiene que haber una razón por la que te niegas a que alguien trabaje para ti.

Antonio suspiró.

–Está bien. No me lo digas, porque no me importa. Yo lo que necesito es ganarme la vida, y a juzgar por el correo que he visto sobre la mesa, está claro que por lo menos podrías contestar a las cartas de tus admiradores. He estudiado contabilidad, así que también podría llevarte el control del dinero. A lo demás que haya en tu oficina, en tu vida, o en tu mundo, ni siquiera me acercaré.

Volvió a suspirar.

–Eres una mujer embarazada que necesita un descanso. Emplea el tiempo que vayas a estar aquí conmigo para divertirte un poco.

Ella lo miró desafiante.

–No. Si no me dejas trabajar, no pienso aceptar tu caridad. Ni siquiera lo de vivir un tiempo en el ático de Constanzo. Me vuelvo a casa.

–No tienes casa a la que volver.

–Ya pensaré algo.

–Si le digo a Constanzo que estás embarazada y que te niegas a disfrutar de unas semanas de descanso, no te dejará usar su avión.

–Tomaré un vuelo comercial.

–No puedes permitírtelo.

–Lo sé, pero encontraré el modo.

–¡No hay modo!

–¡Entonces, deja que me quede aquí dos semanas trabajando como tu asistente! Si no te gusta lo que hago, o si sigues convencido de que no necesitas a nadie cuando pasen esas dos semanas, me quedaré otras dos solo descansando y luego me volveré a casa.

Parecía dudar, casi como si no estuviera acostumbrado a que se comprometieran con él. Fruncía el ceño, y su expresión y su porte eran tan diferentes a lo que eran cinco minutos antes que Laura Beth empezó a sentirse confusa. Antes de empezar la discusión, de que supiera que estaba embarazada, su mirada era penetrante. Le brillaban los ojos. Incluso habría jurado que deseaba besarla. Pero al mismo tiempo no había hecho movimiento alguno para intentarlo. Era casi como si esperara, como si la estuviera tentando a acercarse ella. ¿Sería eso lo que esperaba? ¿Y con qué fin?

–¿En serio? Si te dejo que trabajes para mí dos semanas, ¿luego te quedarás otras dos descansando sin discutir?

–Sí. No volveré a darte la lata: trabajaré dos semanas y luego pasaré otras dos descansando. Es decir, si es que luego sigues queriendo que me vaya.

La voz le tembló un poco al considerar que podía haberse sentido atraído por ella. Si no le hubiera contado lo de su embarazo… a lo mejor la habría besado. Bastaba con imaginárselo para que la cabeza le diera vueltas.

–¿Quién sabe? –continuó–. A lo mejor… –tragó saliva–. A lo mejor te gusto.

El corazón se le lanzó cuando sus miradas se encontraron. Antonio no parecía haber captado el doble significado de sus palabras.

–Constanzo puede ayudarte a encontrar trabajo en Nueva

York –sugirió él.

Laura Beth sonrió con tristeza. Antes de saber que estaba embarazada, podía haberla encontrado atractiva, pero ya no. El corazón se le encogió un poco, pero eso no tenía importancia.

No podía tenerla. Tenía otras preocupaciones más acuciantes. Al fin y al cabo, ¿qué iba a querer de una mujer corriente y embarazada un hombre que había estado casado con una supermodelo?

Ambos dieron unos pasos para separarse.

–Tendría que ganar un montón de pasta para poder vivir en Nueva York sola, sobre todo teniendo en cuenta los gastos de un niño. Si no he podido sobrevivir como chica soltera, es una locura pensar que lo conseguiría como madre soltera. Después de la boda pensé en buscarme otras compañeras de piso, pero ahora me doy cuenta de que es prácticamente imposible encontrar a otras dos mujeres que quieran compartir el piso que podríamos permitirnos con un bebé. Creo que, al final, voy a tener que volverme a Kentucky, vivir con mis padres hasta que nazca mi hijo, y después rezar para que pueda encontrar un trabajo.

La tristeza de su voz le ciñó los hombros como una manta fría y húmeda. Dos minutos antes, su combatividad le había hecho desear besarla, pero de pronto se había vuelto dócil y sumisa.

Y no es que no se alegrara. Ahora que sabía que estaba embarazada, su interior se había paralizado con una especie de temor desconocido. Lo último que quería tener en su vida era a una persona que le recordase al hijo que había perdido. Podría tenerla en su casa durante las cuatro semanas de descanso que necesitaba; cuatro, antes de que se le empezase a notar el embarazo. Pero le sería imposible presenciar el crecimiento del hijo de otro cuando el suyo había sido desechado.

Laura Beth señaló la puerta que tenía a la espalda.

–Si no te importa, me gustaría prepararme un sándwich.

–Te acompaño para…

–Estoy bien. Y necesito un momento de soledad.

Y salió.

Antonio se dejó caer en la silla de respaldo alto que tenía ante el escritorio y se pasó las manos por la cara. El hombre que adoraba la paz y la tranquilidad iba a tener ahora de modo constante la presencia de una mujer embarazada y permanentemente hambrienta. Encinta. Una mujer soltera y sin un céntimo, dispuesta a rogar y a sacrificar su futuro con tal de poder quedarse con su hijo… Y su esposa, rica, que

habría podido tener toda la ayuda del mundo, había decidido abortar.

Apretó los ojos. Tenía que sacarla de su casa antes de que el embarazo resultara patente, si no quería tener ante sí un recordatorio constante de su tristeza y su rabia.

Pero no iba a hacerlo pisoteando sus sentimientos, permitiendo que pensara que había hecho algo mal. Había sido la maraña en que tenía sumidos sus sentimientos lo que le había hecho reaccionar tan mal.

Aquella misma noche debía disculparse con ella, antes de que se fuera a dormir, para impedir que se llevara el peso de la pérdida de otro trabajo sobre las espaldas como si fuera un error más.

Se levantó de inmediato y fue a la cocina, pero la encontró vacía. Y limpia. Ni siquiera una miga en la encimera.

Esperaba no haberla molestado hasta el punto de quitarle el hambre. A lo mejor había salido a tomar un poco el aire, así que esperó en la cocina. Veinte minutos después, no había vuelto.

Qué idiota había sido… pues claro que la había molestado diciéndole que no podía quedarse. Estaba embarazada, y por lo tanto, muy sensible. Seguro que andaba echándose la culpa por todo lo ocurrido.

Tenía que disculparse y hacerle ver que no era culpa suya que él no pudiera aceptarla, de modo que subió por la escalera hacia su dormitorio. La tira de luz que asomaba bajo la puerta blanca de su alcoba indicaba que estaba dentro, y llamó con los nudillos.

–¿Laura Beth?

No obtuvo respuesta, pero, dado que la luz estaba encendida, debía seguir despierta, a lo mejor leyendo la novela de ciencia ficción que traía en el avión.

Volvió a llamar.

–¿Laura Beth?

Nada. Suspiró. Por mucha intimidad que pudiera querer ella, no estaba dispuesto a pasarse la noche despierto, enfadado consigo mismo por ser la causa de su ansiedad y de que se hubiera ido a la cama sin cenar.

Puso la mano en el pomo de la puerta.

–Voy a entrar.

En cuanto la puerta se abrió, comprendió por qué no le respondía. Tirada en la cama, envuelta en una toalla de baño, estaba su invitada. Los pies le colgaban por un lado de la cama y la melena suelta le caía por la espalda. La toalla marcaba sus nalgas redondeabas.

El hecho de que pudiera estar enfadada con él desapareció de su cabeza como lo haría una nubecilla de humo, deshecha por el empuje

de la curiosidad y el interés. Lo mejor que podía hacer era salir de su habitación. Estaba dormida. Agotada, claro. Y acercarse sin ser oído no era una actitud muy caballerosa.

Pero en aquel momento no se sentía precisamente como un caballero. El artista que llevaba dentro examinó las líneas suaves de su espalda, la curva que hablaba de la feminidad más clásica, de su piel blanca interrumpida por los mechones oscuros que brillaban al ritmo que su respiración hacía elevarse o descender la espalda.

El deseo de pintar lo estremeció, intenso y agudo, dejándolo sin respiración. Los dedos le temblaron, anhelando el tacto de la madera del pincel, y sacándolo al mismo tiempo de aquel trance.

Dios bendito…

Cerró los ojos. Quería pintarla. De verdad. En la boda, había querido capturar la expresión de sus ojos, pero eso había sido casi más un deseo.

Lo que acababa de experimentar era un auténtico deseo de plasmarla en un lienzo, de darle vida a la esencia de su ser.

La excitación le empapó al seguir contemplando la espalda, el pelo, la paz de su rostro sobre la sábana blanca. La atracción que no deseaba floreció, pero el deseo de pintar no volvió.

Se sintió invadir de angustia, pero consiguió bloquearla a tiempo. No podía explicar aquel breve instante en que había deseado pintarla, pero se había desvanecido, y seguramente era lo mejor que podía pasar. Había tomado la decisión correcta dejándola ir. Aunque su capacidad de pintar decidiera volver a la vida, no podría pintarla. Tardaría semanas en capturar la imagen que quería, y a esas alturas ella ya daría muestras de su embarazo, y él experimentaría toda la tristeza de la pérdida de su hijo una y otra vez.

Sin hacer ruido salió de la alcoba y la dejó seguir durmiendo.

A la mañana siguiente, a Laura Beth la despertó el brillante sol de Italia que se colaba por las persianas de lamas de su dormitorio y se filtraba por el fino tejido azul turquesa de las cortinas. Se estiró perezosamente en la cama, sobre unas sábanas que tenían el tacto de… ¿de una toalla?

Frunció el ceño y al mirarse recordó de golpe lo que había pasado la noche anterior. Había estado demasiado cansada para prepararse algo de comer, pero se había obligado a ducharse y luego se había quedado dormida antes de haber tenido ocasión de ponerse el pijama. El embarazo era un estado lleno de sorpresas.

En fin… aquel iba a ser el segundo día de su vida con los pies

pegados a la realidad. Se había acabado lo de soñar despierta o de entusiasmarse demasiado. Tenía un hijo al que tener en cuenta. La noche antes le había dicho a Antonio que se imaginaba a sí misma volviéndose a Kentucky, pero ese plan no era el ideal, ni mucho menos. Sus padres la recibirían y querrían a su hijo, aunque el padre de la criatura no quisiera saber nada de él y su hija no estuviera casada. Pero no había muchos trabajos para una licenciada en Tecnología de la Información en Starlight, Kentucky, la pequeña ciudad en la que se había criado. Si pretendía ganarse la vida con un salario decente, tendría que conseguir un puesto en el que pudiera utilizar sus conocimientos, y en eso debía centrar el mes de margen del que iba a disponer. Tenía que perfilar exactamente qué clase de trabajo podría desempeñar y en qué ciudad lo encontraría.

Se puso sus mejores vaqueros, que de todos modos estaban ya bastante gastados, una camiseta corta color rosa y bajó las escaleras sintiéndose un poco mejor. Dado que había dormido más de lo que tenía por costumbre, las náuseas de la mañana apenas hicieron acto de presencia. Antonio seguía sin estar dispuesto a darle la oportunidad de demostrar que podía ser una buena asistente, pero ella necesitaba tiempo para analizar sus opciones. Y eso sí que se lo había concedido, además, en la bella Italia.

Técnicamente, tenía suerte.

Mucha suerte.

Cuando abrió la puerta de la hermosa cocina de acero, los ruidos propios de sartenes y cacerolas mezclados con la charla del servicio, la recibieron. El personal empleado en casa de Antonio no había estado el día anterior. De hecho, le había comentado que les había dado unos días libres mientras él estaba en Nueva York para la boda de Eloise y Ricky. Pero aquella mañana estaban en la cocina, ocupados en lo que debían de ser sus tareas diarias.

–¡Buenos días!

Las tres mujeres se quedaron paradas. Llevaban uniformes amarillos, el pelo recogido en un moño en la nuca y podrían haber sido trillizas de no ser porque una de ellas debía de andar por los setenta años, la que estaba en la mesa rondaría los treinta y la que llevaba un paño en la mano no debía de tener más de veintipocos.

–Buenos días –contestó la mayor de las tres, con un acento bastante marcado.

Laura Beth entró un poco más.

–Soy una amiga de Antonio, y me voy a quedar unas semanas con él. Con un poco de suerte, le ayudaré a organizar su despacho.

La más joven de las tres sonrió y sus hermosos ojos castaños

sonrieron.

–Sí.

La mayor hizo un gesto con la mano como para quitar importancia.

–Su inglés no es muy bueno, así que Dios sabe qué ha creído entender –dijo, saliendo de detrás de la isleta central que alojaba una cocina profesional de seis fuegos–. ¿Le apetece un café?

–No puede tomar café –se escuchó la voz de Antonio y el sonido de la puerta de vaivén al cerrarse–. Está embarazada.

Los ojos de las tres mujeres se agrandaron, pero a continuación, sonrieron.

Como si fuera una niña a la que acaban de pillar con la mano metida en la lata de las galletas, Laura Beth se volvió. Antonio se había recogido el pelo en una coleta, y la curva de un tatuaje se asomaba por el cuello de su camiseta, lo que le hizo preguntarse qué clase de dibujo se habría hecho grabar en el hombro un artista. Se decía que llevaba un magnífico dragón que le llegaba desde el cuello hasta casi la cintura, y que era precioso.

Sus miradas se encontraron y el estómago le dio un salto. La atracción se despertó de inmediato, y recordó cómo la había mirado la noche antes. Pero no se podía permitir algo así con el jefe, aunque fuera tan guapo y sexy como él, con aquellos ojazos oscuros que parecían ocultar un abanico de secretos, y aquel pelo indisciplinado que enmarcaba el rostro cincelado de un aristócrata. Pero después del encuentro del día anterior en el despacho, todo en él parecía aún más intenso.

Había querido besarla. De eso estaba completamente segura. ¿Por qué no se habría decidido a hacerlo?

La curiosidad aumentó. Algo cálido y suave le tembló en la boca del estómago.

La voz de la mayor de las empleadas rompió el trance.

–¡Vamos a tener un bebé en la casa!

–No –cortó Antonio, que quería aclarar la situación–. Vamos a tener a una mujer embarazada durante cuatro semanas.

–Ah. Ya.

–Te presento a Rosina –le dijo, señalando a la mayor de las tres–. Ella supervisa a Carmella y a Francesca.

Laura Beth les dio la mano.

–Encantada de conoceros.

Las tres mujeres dejaron escapar una risita.

–Es que no están acostumbradas a que los invitados les den la mano.

–Es que yo soy una empleada, igual que ellas –respondió,

mirándolo. Dios, cómo estaba aquel hombre…

Quiso retroceder un paso, pero perdió un poco el equilibrio. Ojalá fuesen las náuseas matinales, porque pensar que ver un hombre guapo podía hacerle perder el conocimiento… Él la sujetó por los brazos.

–Anda, vamos al comedor para que te eches algo al estómago.

La piel le palpitaba donde él la había tocado, y tuvo que recordarse que era solo un amigo que la había sujetado para que no se cayera. Y estaba embarazada… de otro hombre, y no de él. No tenía ni idea de lo que los hombres italianos pensarían a ese respecto, pero muchos americanos se lo pensarían dos veces antes de asumir la responsabilidad de criar al hijo de otro.

«¡Maldita sea! ¿Por qué tengo yo que estar pensando en esas cosas?».

Antonio apartó una silla y la ayudó a sentarse.

–Enseguida vuelvo –se disculpó–. El desayuno no tardará.

Ella asintió y él salió. La ventana ofrecía una maravillosa vista de la piscina en primer plano, los jardines de un verde lujurioso, y más allá aún, el cielo azul. Ya había estado en Italia en otra ocasión, pero aquel lugar, el elegido de Antonio, era tan perfecto que parecía un pedacito de paraíso, tanto que una paz que le era casi desconocida se asentó en ella.

La puerta volvió a abrirse. Era Antonio.

–Perdona.

Rosina entraba detrás con dos platos con huevos, beicon y tostadas que dejó sobre la mesa. Luego volvió a salir. Antonio desplegó la servilleta y tomó el tenedor.

–Espero que te sienten bien los huevos y el beicon.

Ella asintió entusiasmada. Incluso el estómago le había empezado a rugir.

–¡Seguro! Tengo un hambre de lobo.

–No me extraña. Anoche no cenaste. Fui a la cocina diez minutos después de ti y no estabas.

–Es que estaba rota. Todo el mundo habla de lo de las náuseas matinales, pero a nadie le había oído hablar del cansancio.

Cambió de posición los cubiertos que tenía junto al plato. –Cuando le dije esta mañana a Rosina que te habías quedado dormida anoche sin tan siquiera haberte puesto el pijama, me dijo que durante los tres primeros meses las embarazadas están siempre cansadas y que se quedan dormidas a la primera de cambio.

Seguía hablando, pero no registró lo que decía. La cabeza le había explotado nada más oírle decir que sabía que se había quedado dormida sin ponerse el pijama. Eso quería decir que había estado en

su habitación, lo cual significaba también que la había visto desnuda en la cama. La cara se le puso roja como la grana.

–¿Qué pasa?

–¿Anoche viniste a buscarme?

–Sí.

Gimió.

–¿Qué? –insistió él, frunciendo el ceño.

–¡Pues que me viste desnuda!

Él volvió a bajar la mirada a la cubertería.

–No. Te vi tumbada en la cama envuelta en una toalla. No estabas desnuda.

–Qué puntilloso.

–Los americanos sois exagerados para esas cosas.

–¡Tú eres medio americano!

Antonio se echó a reír.

–¿Qué es lo que te preocupa tanto? Tienes una espalda preciosa. Me encantaría pintarte, pero cambiaría la toalla por un pañuelo de seda…

Se detuvo y volvió a fruncir el ceño.

–¿Qué?

–Ahora me toca a mí no decir nada –respondió, limpiándose con la servilleta.

–¿Ah, sí? Pues a mí no me importaría posar para un retrato.

–Pues ibas a estar un buen rato, porque hace dos años que no pinto.

Desde la muerte de su esposa. Ya lo sabía. Y saber que había estado sufriendo durante dos largos años bastaba para no seguir haciendo preguntas, así que partió un trozo de tostada.

Rosina volvió al comedor.

–Perdone, señor, pero su paquete ya ha llegado. Les he dicho que lo lleven al despacho como me pidió.

Antonio se levantó.

–Gracias, Rosina.

Laura Beth los miró a ambos, pero la doncella se limitó a sonreír antes de salir de nuevo. Antonio había dejado la servilleta junto al plato.

–Debe de ser tu ordenador.

–¿Mi ordenador?

–Sí. He comprado uno nuevo, ya que has insistido en jugar a ser mi secretaria durante dos semanas. Vente al despacho cuando hayas terminado. Lo instalaré.

Laura Beth tuvo una sensación extraña al verlo salir del comedor.

¿Por qué habría comprado un ordenador nuevo, teniendo como tenía dos equipos en perfecto estado? Quizás los programas estuvieran en italiano… sí, seguramente sería eso, se dijo, y siguió con el desayuno.

«Ojalá pudiera comer algo más», pensó al terminar, y no porque tuviese hambre, sino porque simplemente quería más comida. Pero tendría que controlarse si no quería acabar como una foca.

Subió a su habitación, se lavó las manos y los dientes y bajó al despacho.

–Vaya… –exclamó al entrar–, qué maravilla.

Todo había sido colocado en montoncitos perfectos sobre su mesa, y el viejo ordenador estaba en el suelo, en un rincón.

Antonio señaló su propio despacho.

–No quiero que toques nada de lo que hay ahí –dijo, y señalando los montones que tenía en su mesa, continuó–. A estos puedes contestar tú sola.

–¿Y esos otros?

–Son requerimientos para que pinte retratos o determinadas escenas pensadas para particulares o sus empresas. Esos los contestaremos entre los dos.

Ella asintió. Antonio dio la conversación por terminada, se acercó al ordenador desconectado y se lo llevó todo a su despacho. Cuando terminó, cerró con llave.

–Tengo que hacer algunos recados en la ciudad. Volveré a mediodía y leeremos las cartas que hayas redactado en borrador.

–De acuerdo –dijo, pero casi antes de que hubiera terminado de pronunciar las palabras, él había salido.

Se quedó sentada en su silla, mirando el ordenador recién instalado, y al ver que todo estaba en inglés, se recordó que esa era la razón por la que lo debía de haber comprado. Pero, si el ordenador tenía instrucciones y menús en un idioma que ella no hablaba, ¿por qué sentía la necesidad de esconderlo tras puertas cerradas?

Capítulo Cinco

Antonio volvió poco después de las tres. Estaba molesto consigo mismo por haber escondido el ordenador antiguo de una manera tan obvia, y por eso tardó en ir a su despacho, pero no podía mantenerse alejado para siempre.

A un par de metros de la puerta, oyó el sonido de las teclas. Respiró hondo y entró. Laura Beth alzó de inmediato la mirada.

Sus ojos verdes brillaban. Era evidente que le gustaba trabajar, y se la veía bien allí sentada, en su puesto, al otro lado de un monitor grande y plano, la melena castaña recogida en un moño que sostenían dos lápices.

–Me encanta tu peinado.

Ella se echó a reír y estiró los brazos por encima de la cabeza, con lo que la camiseta rosa corta que llevaba se estiró hasta alcanzar sus límites. Las líneas largas y suaves de su cuello se le ofrecían en un escorzo perfecto, y la curva de su pecho hizo que los dedos le picaran.

El deseo de pintarla se le expandió dentro del pecho y tuvo que contener un gemido de frustración. Laura Beth era la última mujer del mundo que debería estar en su casa. No solo no quería hacerle daño, sino que no podría ver cómo avanzaba su embarazo.

Cuánto deseaba pintar. Cómo echaba de menos sentir las pinceladas, el disfrute de encontrar la luz más adecuada, el ángulo justo… y todo ello lo veía en Laura Beth.

–Se me había olvidado recogérmelo, y he tenido que improvisar.

Bajó los brazos y la visión de su dibujo se vino abajo como las paredes del Coliseo. Un instante el deseo de pintar era tan intenso que podía ver las pinceladas con los ojos cerrados, y al siguiente había desaparecido, dejando tras de sí un espacio frío y vacío.

–Un peinado interesante, sí –comentó, intentando parecer lo más despreocupado posible–. Veo que te has lanzado a la tarea –añadió, señalando el montón de cartas.

–Me resulta gracioso hacerme pasar por ti y agradecerle a la gente que alabe mi trabajo.

Antonio sonrió de medio lado y apoyó la cadera contra la mesa.

–Si me das un bolígrafo, las firmo.

Le entregó un bolígrafo junto con unas cuantas cartas de respuesta. Él buscó dónde firmar, y había firmado ya tres cuando Laura Beth se las quitó.

–¡Pero si ni siquiera las estás leyendo!

–No lo necesito. Confío en ti.

–Es muy de agradecer, pero ¿no sientes curiosidad por lo que le digo a la gente?

–No. Además, creía que te iba a complacer más que confiase en ti.

–Y me complace –replicó, cruzando los brazos–, pero es que me da la impresión que tiene más que ver con el desinterés que con la confianza.

–No estoy seguro de poder ver la diferencia.

–¡He hecho un buen trabajo!

–¿Y quieres que lo lea para que pueda alabarlo?

–¡Desde luego, eres imposible! –se desesperó.

–Yo creo que soy muy fácil de entender. Nada de todo esto me interesa porque antes era pintor, pero ya no lo soy.

–Pues esta mañana has dicho que te gustaría pintarme – espetó, frunciendo el ceño.

Sí. Había deseado pintarla, ya en dos ocasiones, pero en ambas el deseo había llegado tan pronto como había desaparecido, y era lo mejor que podía pasar.

–Una tontería momentánea.

–¿Ah, sí? Pues yo diría que es muy posible que tu deseo de pintar esté volviendo a nacer, y ya te he dicho que a mí no me importaría posar para un retrato.

Su inocencia le hizo reír.

–Créeme si te digo que no te gustaría.

Se levantó y se acercó a él, y como Antonio seguía medio sentado en la mesa, sus ojos quedaban a la misma altura.

–Tengo la oportunidad de que me pinte el pintor más valorado del mundo en este momento. ¿Cómo no va a ser divertido?

Se humedeció los labios que, de pronto, se le habían quedado secos. Estaba cerca, tanto que podría tocarla. Su deseo de pintarla cedió paso a la intensidad del deseo de besarla. Si querer pintar a una mujer embarazada era una mala idea, sentirse atraído por ella era cien veces peor.

–Yo no he dicho que no lo fuera, pero tampoco es lo que tú crees.

Los ojos se le iluminaron.

–¡Por eso me parece genial! Hay tantas cosas en la vida de las que no tengo ni idea… He vivido en una de las ciudades más maravillosas del mundo, pero como no tenía un céntimo, no he podido disfrutarla, y ahora estoy aquí, en la fascinante Italia, y tengo la sensación de que un mundo nuevo se abre ante mí –dio un paso hacia delante–. Píntame, Antonio.

Aquellas palabras tan sencillas provocaron un incendio en él y el

deseo de pintar volvió a surgir. Tener que rechazar la oportunidad de recuperar su vida le dolía casi tanto como la traición que le había llevado hasta allí, pero podía llevarla a su estudio, arriesgar su cordura, alimentar esa atracción y luego ser incapaz de tomar los pinceles.

–Ya te he dicho que no es como tú te lo imaginas.

–Pues cuéntame cómo es –le pidió, y sus ojos verdes y tan inocentes volvieron a brillar–. Por favor.

El deseo de pintarla y su atracción iban de la mano, entretejidos como no lo había sentido nunca, lo cual acrecentaba la desconfianza hacia sí mismo. No quería pasar la vergüenza de llevarla al estudio y quedarse paralizado. Y quizás había llegado el momento de ser sincero con ella; de confesarle la verdad. Así no volverían a tener más aquella conversación.

–Anoche, cuando vi tu espalda, habría querido pintarte, pero las sensaciones eran distintas a las que he tenido en otras ocasiones, cuando he visto algo, o a alguien, a quien he deseado retratar.

–¿En qué sentido? –preguntó, ladeando la cabeza.

Siempre había sabido, incluso antes de estudiar pintura, que los ojos eran las ventanas del alma. Mirándola a ella, podía ver su inocencia, su desconocimiento de muchas cosas de la vida. ¿Cómo iba a poder explicarle que las razones por las que había deseado pintarla estaban íntimamente relacionadas con una apreciación de su belleza que había desembocado en deseo físico, cuando ni siquiera él estaba al cien por cien seguro de comprenderlo?

–No pasa nada –le disculpó ante su silencio–. Lo entiendo.

–Yo creo que no.

–Claro que sí. Hace dos años que no pintas, y de pronto has vuelto a sentir ese impulso. No es por mí, sino por tu talento, que vuelve a la vida.

–Es por ti –repuso él.

–¡Venga, Antonio, mírame! Soy una chica de pelo castaño y ojos verdes, una combinación bastante común. Nunca he llamado la atención, en ninguna parte y por ninguna razón.

Iba a echarse a reír cuando se dio cuenta de que hablaba en serio.

–Así que piensas que no eres guapa, ¿no?

–Es evidente –respondió, alejándose unos pasos.

Él se levantó y, acercándose a ella, le quitó los lápices del pelo y contempló cómo sus bucles color chocolate le rozaban los hombros. A continuación la obligó a darse la vuelta y mirarse en el espejo que colgaba de la pared junto a la puerta.

–¿Sigues pensando que no eres bonita?

La boca se le quedó seca, pero al ver reflejada en el espejo el calor de la mirada de Antonio, sintió que se le doblaban las rodillas.

–¿Qué haces?

–Quiero que veas lo que veo yo cuando te miro –respondió, y casi sin darse cuenta de lo que hacía, trazó con un dedo la línea de su mandíbula y el perfil del cuello. Una fina línea de fuego se le perfiló en la piel.

–Piensas que eres una chica corriente, pero yo veo una belleza clásica.

Su mirada subió de grados y la anticipación le aceleró el pulso, le contrajo el pecho, le robó el aliento.

–Una mujer que florece, a punto de ser madre. Con todo al alcance de su mano. El cuadro no sería sencillo, sino tan complejo como la maravilla que veo en tus ojos cada vez que te tengo delante. Y llevaría tiempo. Mucho tiempo –ambos se miraron–. ¿Sigues queriendo que lo haga?

«Dios del cielo… ¡pues claro que sí!».

No fue capaz de pronunciar las palabras, pero supo que él las leía en su mirada. Ella esperó. Él, esperó. La electricidad del deseo pasó crepitando entre ellos. Él deseaba pintar, y Laura Beth deseó con todas sus fuerzas gustarle.

Por fin consiguió decir, o más bien susurrar:

–¿Dices que esto no pasa muy a menudo?

–Nunca me ha pasado.

–Vaya.

Antonio se dio la vuelta.

–¡Vamos, Laura Beth, no seas tan inocente! –exclamó–. No tengo ni idea de qué es este sentimiento, pero es muy intenso – volvió a mirarla–. Y podría abandonarme cuando menos me lo espere. Podríamos pasar horas en el estudio y que yo fuera incapaz de hacer nada. Pero tu retrato también podría ser el más excitante, el más importante de mi vida.

–Si estás intentando disuadirme, lo estás haciendo fatal. ¿Qué mujer en el mundo no querría oír lo que tú acabas de decirme?

–¡Pues no debería gustarte! Todo esto podría reducirse al deseo de mi talento de atormentarme –tomó el montón de cartas que habían dejado en la mesa–. Anda, ve a prepararte para la cena mientras yo firmo esto.

Laura Beth permaneció inmóvil, congelada, hasta que de pronto lo comprendió: para él, ella no era una oportunidad, sino un tormento.

Había perdido la discusión de aquella noche, pero la próxima vez no perdería.

Consiguieron superar la cena evitando al elefante que había en la habitación. Él seguía temiendo tener un pincel en la mano y ella seguía deseando que la pintara. O quizás fuera solo curiosidad. Al fin y al cabo, que Bruce la hubiera abandonado había servido para que se sintiera insignificante. Durante cada cita, en cada momento que había compartido con él, había pretendido que dijera algo especial, algo romántico, pero no lo había conseguido. Y Antonio quería pintarla. La consideraba una belleza clásica. Decía que su retrato podía ser el más importante de su carrera.

Su intención no había sido el romanticismo, eso lo sabía, pero ella estaba tan deseosa de afecto que le había parecido que lo era. ¿Y tenía que ignorarlo? ¿Tenía que despreciarlo? ¿No debía sentir curiosidad?

La noche pasó prácticamente sin que consiguiera dormir, y cuando llegó la hora de levantarse, le costó un horror. A Antonio no le importaría que decidiera quedarse en la cama sin trabajar, ya que, además, ambos sabían que su trabajo era solo temporal, pero obviamente no podía hacerlo.

Se puso unos viejos vaqueros y una camiseta gris bastante grande que tenía en el armario. El personal doméstico iba uniformado, pero él llevaba camisetas…

De pronto tuvo una idea. Rebuscó en el armario hasta encontrar las tres faldas que tenía, los tres pares de pantalones de vestir y unas cuantas prendas de arriba que solía ponerse para ir a trabajar. Estaban en Italia, sí, y a Antonio podía gustarle vestir de surfero, pero ella era un asistente personal y quizás, si se vestía como se esperaba de esa clase de profesional, él dejaría de desear plasmarla en un cuadro y comenzaría a considerarla la trabajadora que se suponía que era.

Se colocó una falda gris y una blusa blanca de corte masculino, se recogió el pelo en un moño en la nuca, sin lápices en aquella ocasión, y se calzó unos zapatos planos grises también. Para rematar, en lugar de las lentillas se colocó unas gafas de pasta marrón.

Antonio no estaba en el comedor cuando bajó a desayunar, así que comió de prisa para irse a la oficina. Allí tampoco estaba, pero daba igual, porque aún tenía un montón de correo al que contestar. Llegó el mediodía y comió sola, conteniendo el deseo de preguntarle a Rosina si sabía dónde andaba. Pero cuando pasó la cena y el desayuno del día siguiente sin saber nada de Antonio, empezó a ponerse nerviosa. ¿Y si su plan era evitarla durante las dos semanas siguientes para luego

decirle que lo de su puesto de trabajo no había funcionado y que le quedaban dos semanas más, pero solo para descansar? ¿Y si ella estaba trabajando para demostrarle su valía cuando en realidad no existía posibilidad alguna de mantener el puesto?

Le quedaban solo tres cartas por contestar. En una hora, no tendría nada que hacer. Contestó a las tres y las colocó sobre la pila que había generado el día anterior.

Ni siquiera las había firmado.

¿Dónde demonios se habría metido?

Respiró hondo. ¡No estaba dispuesta a consentir que otro hombre se deshiciera de ella con una palmadita en la espalda! Y si para ello tenía que arrastrarle por los pelos hasta aquella oficina, lo haría: o la dejaba trabajar para él, pero trabajar de verdad, o se volvía a casa de inmediato. Ella no aceptaba caridad de nadie.

Rebosando energía por todos los poros de la piel, fue a la cocina.

–¿Rosina?

–¿Sí?

–¿Dónde está el señor Bartulocci?

La mujer frunció el ceño.

–Me dijo que no se lo dijera.

Laura Beth se irguió aún más.

–¿Ah, sí? ¿Quiere que le cuente a su padre que es usted quien ha impedido que su hijo reciba la ayuda que necesita en la oficina?

–No, señora.

–Entonces, le sugiero que me diga dónde está.

Rosina suspiró.

–El señor Constanzo es un poco autoritario, pero Antonio es mi jefe.

–Está bien. Tendré que encontrarlo por mis propios medios. –Pero no vaya a su estudio.

Laura Beth tenía ya la mano en el pomo de la puerta, pero se volvió.

–¿En el estudio?

–Yo no he dicho nada –replicó, ocupada de nuevo en amasar pan.

Laura Beth sonrió.

–Y yo, ni siquiera he estado en la cocina.

Dado que no quería saber nada de la pintura, había pensado que el estudio sería el último lugar en el que lo encontraría. Era extraño que hubiera elegido aquel decrépito lugar, dado que era el sitio que le recordaba que no era capaz de pintar.

En fin… la cuestión era que tenía que encontrarlo, estuviera donde estuviese, y obligarlo a comprender que podía ser una buena

empleada para él.

Tardó unos minutos en localizar la puerta que conducía al viejo camino de piedra. La puerta del estudio era tan vieja que parecía haber sido mordida por animales salvajes en su parte inferior. Giró el pomo y este obedeció.

La abarrotada estancia que la recibió contenía de todo excepto lienzos. Latas de pintura industrial llenaban el suelo. Retales de tela se amontonaban aquí y allá en estanterías de metal. Reconoció un trozo de la tapicería de una de las sillas del comedor.

Miró a su alrededor. La mayoría de cuanto había allí se correspondía con algo de la casa. Había almacenado los restos.

Decía que no había vuelto a pintar desde la muerte de su esposa, pero a juzgar por cuanto había allí, hacía todavía más tiempo.

Pasó por encima de un pequeño montón de leña y evitó un grupo de latas de pintura para llegar a una puerta que daba acceso a una estancia mayor, el reducto de Antonio. Allí lo encontró sentado en un taburete, contemplando un lienzo en blanco.

La luz entraba por un hermoso ventanal que ocupaba la pared del fondo y que proporcionaba una luminosidad magnífica. No es que ella supiera mucho de pintura, pero tener una buena luz debía de ser primordial.

–Hablando del rey de Roma… –murmuró él.

–¿Hablabas de mí?

–No. Solo pensaba en ti.

Ante un lienzo en blanco.

Porque quería pintarla.

Porque la consideraba una belleza clásica.

–No tengo nada que hacer –se decidió a decir.

Él respiró hondo.

–Bien –respondió, girándose hacia ella, y al verla se echó a reír–. ¿Pretendías encarnar el papel de bibliotecaria fantástica?

–Intento parecer una secretaria para tener la oportunidad de trabajar para ti –respondió ella, empujándose las gafas sobre el puente de la nariz.

Él se levantó del taburete y se acercó.

–¿Sigues queriendo trabajar para mí?

El corazón le dio un brinco. Si fuera lista, se quedaría con la indemnización de Constanzo y saldría corriendo, pero, aunque se consideraba inteligente, también era una mujer que no aceptaba caridad de nadie y a la que le gustaban los planes a largo plazo. Y los de trabajar para Antonio y vivir en Italia era muy bueno.

–Sí. Sigo queriendo trabajar para ti.

–Estás loca.

–No. Estoy desesperada. Pero la confusión en la que estás sumido respecto a la pintura no va a asustarme.

Él se echó a reír a carcajadas.

–¡Bien!

Y acercándose a la puerta, Laura Beth le dijo:

–Vamos a la oficina. Tenemos muchas cartas de encargos a las que contestar.

Estuvo a punto de seguirla a la puerta, pero dudó. Había estado pensando en pintarla. Imaginándoselo. Sintiendo mentalmente el contacto del pincel con el lienzo. El movimiento fluido del brazo y de la mano mientras aplicaba color a un espacio vacío.

Pero la mano le había temblado al intentar empuñar el pincel. El corazón se le había acelerado. La mano se había negado a abrir la pintura.

–Vamos, que no tengo todo el día –urgió ella.

Antonio volvió a reír. Dios, cómo le gustaría plasmar eso en un lienzo: sensualidad, insolencia, sentido del humor. Unos años antes, capturar esos rasgos no habría sido difícil para él, sino todo un disfrute. Pero en aquel momento era incapaz de acercarse al pincel.

Se pasó la mano por la frente mientras la tristeza lo empapaba todo. Estar atrapado entre el deseo de pintar y la realidad de no ser capaz ni de rozar un pincel era desesperante, angustiosa, estéril.

Y ella era… miró su falda gris y simple, la camisa de hombre, las gafas demasiado grandes. Quizás tuviera razón. A lo mejor era solo una madre soltera que buscaba un modo de ganarse la vida, y él era el malo de la película, el que le negaba esa oportunidad porque le preocupaba no ser capaz de presenciar el desarrollo de su embarazo, de contemplar cómo el hijo de otro hombre tenía la oportunidad de vivir que se le había negado al suyo. De ver la alegría que iba a experimentar al ser madre.

–Aún no estoy preparado para contestar a los encargos – dijo, a pesar de que en realidad no sabía de dónde había salido la frase–. Aunque a lo mejor es el momento de echarle un vistazo a las invitaciones.

–¿Invitaciones?

–Sí, a fiestas, galas y apertura de galerías. A lo mejor ha llegado el momento de volver al mundo –añadió, mirándola.

Para huir, se iba a lanzar precisamente a lo que más temía:

el escrutinio de la luz pública.

Capítulo Seis

Antonio consiguió encontrar la inauguración de una galería para ese fin de semana. Llamó a Olivia, su marchante, y conectó el manos libres. Laura Beth oyó la sorpresa en la voz de su amiga cuando Antonio le dijo que saldría esa noche para Barcelona y que asistiría al evento el sábado por la noche.

–Yo no había pensado asistir –contestó Olivia con alegría palpable en la voz. Su amiga no sabía que estaba escuchando, y aún menos que estaba en Italia trabajando para Antonio–. Pero puedo volar mañana por la mañana con el avión de Tucker. De hecho, puedo dejar a los niños con mis padres y así asistimos los dos. Será un fin de semana romántico.

Laura Beth miró a Antonio y este apartó inmediatamente la mirada.

–Ya sabes que me encanta veros, pero puedo ir solo.

–¡Ah, no! ¡De eso nada! Estoy segura de que le dirías a todo el mundo que no piensas volver a pintar, y las jugosas comisiones desaparecerían de la mesa. Yo también voy.

Antonio se echó a reír y ella lo miró con una mezcla de curiosidad y admiración en su interior. Tenía la sensación de estar contemplando el tambor de una secadora en el que se hubieran puesto una toalla blanca y una negra. Hasta aquel momento, la actitud de Antonio siempre que tocaban el tema de la pintura había sido infeliz, pero con Olivia parecía capaz de bromear sobre ello. ¿Cuál de los dos sería el auténtico?

Después de un par de frases más, se despidió de Olivia y colgó.

–Voy a estar fuera un par de días, así que tienes dos opciones: disfrutar de la piscina o hacer turismo.

Y mientras Antonio se alejaba, se preguntó si no estaría utilizando el trabajo para alejarse del trabajo, o para demostrarle que no la necesitaba.

Como no contestaba, él se volvió y la invitó a seguirle.

–Vamos, señorita, que no tengo todo el día.

–No está bien que uses mis propias palabras contra mí – replicó, levantándose de la silla.

–Todo es justo –sentenció él.

«En el amor y en la guerra».

Sentada sola en el enorme comedor dos días después, Laura Beth se sentía como una idiota. Recogió el plato y los cubiertos y lo llevó todo a la cocina.

Rosina la miró horrorizada.

–¿Ya ha terminado? ¡Pero si no ha tomado más que un par de bocados!

–Es que me sentía un poco sola, y he pensado que aquí tendría compañía.

–Francesca y Carmella ya se han ido.

Dejó el plato en la mesa.

–Pero tú sigues aquí.

–Sí, claro.

–Entonces, hablaré contigo.

–¡Pero si eres una invitada! No debería estar aquí, y nosotras no deberíamos hablar con usted.

–¿Eso te lo ha dicho Antonio?

–No. Es cuestión de modales.

–Yo no soy una invitada, sino una empleada como tú. De hecho, debería comer aquí. Sería así de no ser por Olivia, que es mi amiga y la marchante de Antonio.

Rosina se acercó a la mesa y se sentó.

–Ah, sí, la señorita Olivia.

–¡Esto está delicioso! –exclamó, al tomar un bocado de ravioli.

–Debería comer más.

–¿Y ponerme como una vaca?

–Está embarazada. No debería preocuparle ganar peso.

–Gracias.

–De nada.

Charlaron un poco sobre los nietos de Rosina, pero la mujer no dejaba de mirar por encima del hombro, como si estuviera preocupada porque Antonio pudiese llegar y regañarla.

Laura Beth quiso respetar sus temores y desayunó en el comedor el viernes por la mañana, pero a la hora de la comida ya no podía soportar seguir estando sola ni un minuto más, así que entró en la cocina antes de mediodía y se preparó un sándwich, lo cual pareció escandalizar a Carmella.

Intentó cenar sola, pero el silencio la ahogaba y volvió a llevárselo todo a la cocina.

Rosina suspiró, pero se sentó con ella a la mesa.

–Lo siento, pero es que detesto estar sola.

–Cuando hay personal contratado ocupándose de la casa, esto no se

hace así.

–Lo sé, lo sé, pero insisto en que las dos somos empleadas y que deberíamos poder hablar.

El sonido del timbre se extendió por la cocina.

La expresión de Rosina fue de alivio al poder levantarse de la silla.

–Voy a abrir.

Laura Beth frunció el ceño. ¿Quién sería? Era un poco tarde para tratarse de la entrega de un paquete, pero en el fondo ¿qué sabía ella? Estaba en Italia, no en Estados Unidos; un país precioso pero que desconocía por completo. Antonio había huido de ella, y Rosina tenía miedo de hablarle.

Las cosas no le estaban saliendo mejor que en Nueva York. Aunque Italia le ofrecía la posibilidad de criar a su hijo en el campo soleado, en lugar de estar metido en la birria de apartamento que con su sueldo se iba a poder permitir, ¿qué bien le haría criarse en una casa en la que la gente le iba a ignorar?

La puerta de la cocina se abrió de golpe.

–Cara! –exclamó Constanzo. Venía vestido de traje, pero confeccionado con un tejido ligero–. ¿Qué haces tú aquí, si tu jefe está en España?

–Es que no me ha pedido que lo acompañara –respondió, encogiéndose de hombros.

–Eres su asistente. Te necesita. Anda, ve a hacer la maleta.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

–¿La maleta? ¡De ningún modo! Antonio se enfadará muchísimo conmigo si me presento en Barcelona.

–En ese caso, ve como invitada mía. No te puedes quedar aquí todos los días que él va a estar fuera, y ya que estás en Europa, ¿por qué no disfrutar haciendo un poco de turismo? Si no quieres encontrarte con tu jefe, iremos solos los dos. Te enseñaré Barcelona, y luego te acompaño a la inauguración de la galería.

Sintió cosquillas en las palmas de las manos. No conocía España. Pero estaba en Italia para trabajar, y no para andar de fiesta por Europa con el padre de su jefe.

–No puedo. Se supone que estoy trabajando.

–¿Te ha dejado mi hijo algo que hacer?

–Pues… creo que no –respondió, pero no podía rendirse tan fácilmente–. La verdad es que me encantaría ir, pero no he traído ropa para estar de vacaciones, sino para trabajar. Lo informal se lo dejé a mis padres en casa, así que no tengo nada que ponerme.

–¿No tienes uno de esos vestidos… cómo lo llamáis… un vestido veraniego? Uno de esos ligeros y sin mangas… Un vestido bonito,

vamos.

–En la inauguración de una galería las mujeres irán de largo, ¿no? O al menos con un vestido de cóctel.

–¿Qué más da? –replicó él, moviendo en el aire las manos–. Como vas a estar conmigo, nadie se atreverá a hacer ningún comentario. Además, estarás preciosa te pongas lo que te pongas, así que, si hay algún cuchicheo, será por pura envidia.

Ella se echó a reír. No se había creído una sola palabra, pero le habían sentado bien sus halagos.

–Le sientas bien a mi ego.

–Y tú te ríes de mis chistes –replicó él, y la empujó suavemente hacia la puerta–. Hacemos buena pareja. Anda, ve a hacer el equipaje.

Rápidamente metió en la maleta un par de vestidos frescos, vaqueros y camisetas, ropa interior, sus cosas de aseo y un bolso. En el fondo no dejaba de preguntarse angustiada si hacía bien, pero prefirió no contestarse a eso. Antonio la había dejado sola sin nada que hacer y rodeada por un personal que la tenía miedo. Con Constanzo, por lo menos estaría haciendo algo.

Se dio una ducha rápida, se vistió con sus pantalones grises, una blusa recién planchada en color melocotón y bajó.

El chófer de Constanzo acudió a su encuentro y la acompañó a la limusina. Constanzo estaba ya sentado, hablando por teléfono.

–Sí, el ático de Barcelona, Bernice. Y no te olvides de lo otro –colgó–. ¿Lista?

Laura Beth se rio.

–Claro. ¿Por qué no?

De viaje con Constanzo, tuvo que darle la razón a Antonio: su padre podía ser un grano en el trasero. Su avión tenía que salir exactamente a la hora, los coches tenían que estar esperándole, la puerta abierta ya y el chófer preparado, y su bourbon favorito tenía que recibirle donde quiera que fuera.

Llegaron tarde a Barcelona y se fueron directos al ático, una visión en sí misma del arte modernista, con sus altos techos, sus paredes de cristal y sus vigas vistas de acero.

–Dios bendito… –exclamó al entrar.

Constanzo se echó a reír.

–Esa es otra de las razones por las que me gustas: me recuerdas que nunca he de dar por garantizada mi buena suerte.

El chófer de la limusina dejó la maleta de Laura Beth sobre el suelo de mármol y salió sin hacer ruido.

–Voy a subírtela a tu habitación –se ofreció Constanzo.

–¡No! Yo la subo –se adelantó–. ¿Ves? No pesa.

–Está bien. Normalmente el caballero que llevo dentro no te lo permitiría, pero por una razón o por otra, estoy muy cansado hoy –se dejó caer en un sofá blanco–. Tu habitación es la segunda a la izquierda. Voy a ver si ha llegado ya la cocinera y nos prepara algo de cenar.

Estuvo a punto de decirle que tenía más sueño que hambre, pero se dio cuenta de que la había invitado a acompañarle porque él también se sentía solo, así que fue en busca de su habitación.

Los corredores también lucían las vigas de acero, emparejadas con claraboyas y paredes de cristal. Abrió la segunda puerta a la izquierda y entró.

La habitación que tenía en casa de Antonio era estupenda, pero aquella era simplemente magnífica. El gris, el beis y el blanco se combinaban para proporcionar una atmósfera tan relajante como la de un spa.

Dejó la maleta sobre la cama y fue al baño.

Giró el pomo de la puerta y… se encontró a bocajarro con Antonio, secándose el pecho con una toalla blanca, como si acabara de salir de la ducha.

Los ojos se le abrieron de par en par cuando le vio intentar taparse con la toalla.

Pero era demasiado tarde. Había visto ya los rizos oscuros que le cubrían el pecho y, abrazándole el cuello, la tinta negra que dibujaba el ala extendida del famoso dragón.

–¡Pero qué haces aquí!

–¿Yo? –estaba tan atónita que no podía controlar sus respuestas–. ¡Qué haces tú aquí!

–Estoy en el ático de mi padre. ¿Por qué no iba a usarlo estando en Barcelona?

A eso no había nada que decir.

–Vale. Lo que sea.

Con la barbilla bien alta, comenzó a dar marcha atrás para salir de aquel baño de mármol travertino, avergonzada no solo por el hecho de que lo había visto desnudo, sino porque la boca se le había hecho agua al ver un trocito del tatuaje. A juzgar por sus brazos bien trabajados, los hombros anchos y los pectorales perfectamente definidos, sabía que su espalda sería igual de espectacular. Y aquel condenado tatuaje lo haría sexy como el mismísimo demonio.

–Solo estoy aquí porque tu padre me ha dicho que esta era mi habitación.

–Es la que yo uso cuando estoy aquí.

–Genial. Estupendo.

Con la cara roja como la grana dio media vuelta y salió del baño, recogió la maleta que había dejado sobre la cama y se dirigió a la zona de día de la casa. Antonio salió tras ella, pero, como no pensaba dejarse intimidar, Laura Beth lanzó la maleta al sofá y entró en la cocina.

Constanzo estaba sentado en un taburete ante la isla central de la cocina, mojando pan en aceite de oliva.

–Ven, cara. Come.

Antonio entró tras ella y la sonrisa de Constanzo se hizo más brillante.

–¡Antonio!

–¿Se puede saber qué haces aquí?

Constanzo se echó a reír.

–¡Vivo aquí!

–¡Tú vives en una casa de campo en Italia!

–Pero esta casa es también mía.

Antonio levantó los brazos, desesperado, y se acercó a su padre, de modo que allí, ante los ojos de Laura Beth, quedó el glorioso dragón.

Una ola de calor le recorrió el cuerpo. Aquel hombre era un dios. No solo el dragón era perfecto, dibujado en rojos, verdes y negros, sino que sus hombros, adornados con la tinta del dragón, se veían todavía más anchos. Cada vez que movía los brazos, el dragón parecía cobrar vida.

Claro. ¿Qué esperaba de un artista sino un tatuaje que era en sí mismo una obra de arte?

Constanzo la invitó a mojar en el aceite.

–Entonces, tú y yo nos vamos de turismo mañana, ¿no?

Ella asintió, se sentó, y se llevó un pedazo de pan a la boca.

–¡Mmm! ¡Esto está delicioso!

Por el rabillo del ojo, vio que Antonio los miraba entornando los ojos, como si el hecho de que Constanzo y ella se comportaran como si no pasara nada le molestase; pero no dijo nada y salió.

Cuando estuvo segura de que no podía oírles, le preguntó:

–Espero que haya una habitación más.

–¡Cinco! Hay cinco más. En realidad son suites. No tienes por qué volver a tropezar con él si no quieres.

Respiró hondo. Teniendo en cuenta la poca gracia que a Antonio le hacía verla, lo más probable era que hiciese las maletas y se marchara a un hotel, pero eso no iba a decírselo al padre.

–Bien –fue lo que le dijo, con una sonrisa.

Pero, cuando a la mañana siguiente entró en el comedor, se

encontró con que padre e hijo estaban sentados a la larga mesa de cerezo como si nada hubiera ocurrido. Los dos se levantaron.

—¡Buenos días!

El saludo de Constanzo fue un poco más alegre que el de Antonio, pero su jefe por lo menos ya no fruncía el ceño. ¿Qué clase de personas eran aquellos dos que podían estar discutiendo y, un segundo después, ser los mejores amigos del mundo?

¿Sería esa la razón de que ella no pudiera llevarse bien con Antonio? ¿Que buscaba la solución a los conflictos, mientras que a él parecía bastarle con ignorarlos?

Antonio estudió a Laura Beth mientras ella se acercaba a la mesa. Era una de esas chicas a las que uno tiene la sensación de conocer de toda la vida, con su camiseta color coral y unos vaqueros tan usados que podían sugerir que era más pobre que una rata, o que seguía los dictados de la moda a pies juntillas.

La vio devorar un plato de torrijas mientras su padre desgranaba la larga lista de los sitios que quería enseñarle aquella mañana, entre los que se encontraban el Museo de Arte Moderno y el Museo Picasso.

El pulso se le aceleró. Él nunca viajaba a Barcelona sin visitar el Museo Picasso, pero ¿era prudente pasar más tiempo con ella siendo que despertaba sus instintos?

Sin apartar la mirada del periódico que estaba leyendo, dijo su padre:

—¿Te apetece venir con nosotros, Antonio?

Por un lado quería, pero por otro no. Se había desplazado hasta allí para poner tierra de por medio entre su asistente y él, entre él y su deseo de pintar.

—Estaba pensando…

No terminó la frase. Al parecer se iba a meter él solo en la boca del lobo. Era el rey de las excusas, sobre todo con su padre. Pero ahora no estaban en casa, donde podía relatar toda una legión de cosas nimias que podía hacer, sino en la casa que su padre tenía en una ciudad que no visitaba a menudo.

Su padre lo miró por encima de las gafas de lectura.

—¿En qué? ¿En ir al museo, o en otra cosa?

No podía inventarse una excusa que su padre no calara al instante, y con ello solo conseguiría avivar su curiosidad y que se lanzara a la caza de sus verdaderos motivos. Si le daba a su padre la más mínima pista de que estaba evitando a Laura Beth, o se enfadaría, o descubriría que se sentía atraído por ella.

El menor de todos los males era ceder y salir con los dos. Una vez en el museo, siempre podría separarse de ellos y recorrerlo a su antojo.

–Ir al museo.

Una hora más tarde bajó al salón. Laura Beth estaba sentada en el brazo de uno de los dos sofás, esperando a su padre. Aunque Constanzo había dicho que saldrían a las diez, no solía respetar sus propios horarios.

–Será cuestión de un minuto.

Ella se echó a reír.

–¿Tú crees? Me sorprendería.

Antonio se acomodó en el sofá frente a ella. Necesitaban volver a comportarse con normalidad el uno con el otro.

–Ah, es verdad, que ya has viajado con él. Habrás experimentado el placer de viajar con mi padre cuando no se queda dormido.

–No se ha portado mal. Lo que pasa es que, cuando quiere una cosa, la quiere ya.

–Exacto.

Intentó sonreír, y ella le devolvió la sonrisa, pero fue un gesto breve. Seguían sintiéndose incómodos. ¿Cómo no?

Laura Beth se levantó del sofá y se acercó al ventanal.

–El mar se ve precioso desde aquí.

Antonio tragó saliva. La fina camiseta color coral que llevaba le ceñía la espalda, y los vaqueros, ya tan finos de puro viejos, le dibujaban las nalgas a la perfección. Él no veía solo la sensualidad de sus curvas, los trazos de color, las líneas, sino que el deseo de pintar volvió a envolverlo, y tuvo que esforzarse por contestar con calma:

–El mar siempre es hermoso.

Ella se encogió de hombros y no dijo nada más. Se quedó contemplando las aguas. Parecía una mujer perdida, sin hogar… y es que eso es lo que era. Una mujer perdida, sola y sin hogar.

Y embarazada.

Una sensación de vacío lo hinchaba por dentro como una vela recogiendo viento cuando pensó en la pérdida de su propio hijo, pero la conciencia lo devolvió a la realidad, y al recordar, con el cuerpo acalorado, su encuentro del baño, hubo de reconocer que aunque los ojos de ella se habían abierto de par en par por la sorpresa, también había visto brillar en ellos cierto interés. Y el interés de ella había alimentado el propio. Con dar dos pasos habría bastado para rodearla con los brazos y besarla hasta dejarla sin aliento.

Por eso se había enfadado: por un puro mecanismo de defensa contra la tentación que suponía aprovecharse de lo que había visto en

su mirada.

Debería disculparse por haber gritado. De hecho, había estado a punto de hacerlo, pero eso habría conducido la conversación hacia la atracción y hacia su deseo de verla en un lienzo, y por ese camino ya habían transitado y descubierto que no conducía a nada. Si acaso, lo empeoraba todo.

Entonces, quizás debería emplear la misma técnica que con su padre, es decir, fingir que no había ocurrido nada de nada. Algunas discusiones no llevaban a ninguna parte, y algunos conflictos era mejor, simplemente, dejarlos atrás.

Así que se levantó, y se acercó a ella para decirle la cosa más sosa y menos comprometida que se le ocurrió:

–¿Qué tal te encuentras hoy?

–Muy bien. No tengo náuseas, pero creo que eso se debe a que tu padre me está cebando constantemente.

–¿Le has dicho que estás embarazada?

Ella contestó haciendo una mueca:

–Aún sigo intentando encontrar el modo de decírselo a la gente.

–Pues te advierto que mi padre se va a volver loco de alegría –lo habría estado todavía más con su hijo, el que Gisella les había robado a los dos–. Ya te he dicho que le encantan los bebés.

–¿Por eso pasa tanto tiempo con Tucker y Olivia?

–En parte, sí, pero también son ellos quienes intentan que mi padre forme parte de todas sus cosas. Lo consideran parte de la familia, y a él le encanta.

–Eso está bien.

–Sí, y a mí también me viene bien, porque cada vez que ellos están en Italia, yo no tengo que preocuparme de entretener a mi padre.

–¿Ah, sí?

Antonio se dio la vuelta de inmediato. Su padre había aparecido en la puerta, tenía las mejillas arreboladas y los ojos parecían condenarle.

–¿Crees que tienes que entretenerme?

Antonio hizo una mueca.

–No es eso lo que quería decir.

–Sé perfectamente lo que querías decir –replicó, irguiéndose–. Y si soy una carga, lo que mejor puedo hacer es volverme a mi habitación y quedarme a ver el partido de fútbol.

Dio media vuelta y echó a andar.

–¡Papá, que no es eso! ¡Espera! –lo llamó, caminando detrás de él.

–¡No, espera tú! –espetó su padre–. Estoy cansado, muy cansado hoy, pero aún así estaba contento porque iba a poder pasar el día contigo. Pero, si no te gusta que te acompañe, haré lo que más me

apetece hacer a mí: quedarme en mi habitación y ver un buen partido –dio la vuelta y continuó caminando–. No pasa nada.

Antonio lo vio dirigirse a su habitación. Que Constanzo cambiara de planes no tenía sentido. Jamás rechazaba la oportunidad de salir, de hacer cosas, de ver algo nuevo, y sobre todo teniendo a alguien como Laura Beth para quien hacer de cicerone.

Se guardó las manos en los bolsillos y volvió al salón. Laura Beth estaba junto al ventanal, esperándolo.

–No viene. Dice que prefiere descansar.

–Ah. ¿Crees que está bien?

–Sí. Solo parecía…

«Raro. Fuera de lo normal. Confuso».

–Parecía cansado.

–Lo entiendo. No durmió nada durante el vuelo. Luego llegamos tarde, y aun así nos pasamos una hora más comiendo –hizo una mueca–. Me voy a poner como una ballena con tu padre.

Antonio se echó a reír.

–Lleva a gala ser un buen anfitrión.

Ella sonrió y miró a su alrededor.

–¿Y ahora qué?

–Yo suelo ir al Museo Picasso siempre que vengo –suspiró.

–Pues vámonos –se alegró–. No tengo nada que hacer hasta la hora de la inauguración de la galería esta noche.

No le sorprendió que su padre y ella tuvieran pensado asistir. Cuando Constanzo se metía en algo, lo hacía hasta las orejas. ¿Sería esa la razón por la que quería descansar?

Inconscientemente miró hacia el pasillo que conducía a las habitaciones de su padre. La inauguración de la galería era tarde, y se prolongaría hasta altas horas de la madrugada, y su padre ya no era tan joven como antes, de modo que a lo mejor quería reservar energías para poder estar levantado lo menos hasta las tres. Incluso era posible que esa especie de discusión que habían tenido fuese su modo de justificarse para quedarse en casa y no tener que admitir abiertamente que necesitaba el descanso.

A aquel viejo loco le molestaba enormemente admitir sus debilidades, aunque fuesen parte normal de la existencia de cualquiera.

Entonces miró a Laura Beth, que le esperaba con una brillante sonrisa. Debería decirle que no. Había conseguido que volvieran a ser amigos, más o menos, y pasar el día solo con ella sería tentar a la suerte.

Aunque, bien pensado, también podía servirle para cimentar su

amistad. Podía enseñarle la ciudad como haría un buen amigo, y a lo mejor la atracción desaparecía.

Incluso podía ser una idea perfecta.

¿No?

Capítulo Siete

Rezando para que su plan de comportarse de nuevo como amigos funcionara, Antonio señaló el ascensor y Laura lo siguió. Bajaron, atravesaron el adornado vestíbulo y salieron a la calle. El portero le lanzó un juego de llaves y señaló un coche deportivo rojo, bajo y reluciente, con la capota quitada. Aquel Jaguar conjugaba lujo y diversión.

–¡Qué bonito!

–Es de mi padre, claro –respondió, y sus propias palabras le provocaron una punzada de culpa. Su padre lo compartía todo, le daba cuanto le pedía, y él no debería haber hecho ese comentario sobre que Tucker y Olivia lo entretenían. Pero su comentario no le había insultado tanto como había fingido, sino que lo había aprovechado como excusa para librarse de un día de turismo. No tenía por qué sentirse culpable. Seguro.

Laura Beth se acercó al coche.

–Pues tu padre tiene un gusto exquisito.

–Eso es cierto –contestó, al tiempo que le abría la puerta para que subiera.

Subió y puso el motor en marcha, sintiendo el calor de su mirada. No habían vuelto a estar tan cerca como en aquel momento desde que le había dicho que quería pintarla, y la tentación, el deseo de tocarla fue tan intenso que tuvo que apretar los puños.

–Mi madre también lo hace.

No se esperaba un comentario como aquel, así que la miró frunciendo el ceño.

–¿El qué?

–Decirme que está enfadada cuando sé perfectamente que no lo está. Sobre todo cuando estoy en casa de vacaciones y quiero ir a algún sitio sin ella. No es uno de esos comportamientos pasivo-agresivos, sino que en realidad se da cuenta de que soy una persona adulta y que tiene que dejarme espacio –lo miró a los ojos–. A veces consigue que me sienta culpable, pero sé que no es su intención. Para ella es casi como un regalo.

–¿Un regalo?

A lo mejor lo de su padre no había sido tan inocente.

–Sí. Tiempo a solas con mis amigos es un regalo.

–¿Y por qué iba a pensar Constanzo que necesitamos pasar tiempo a solas si acabamos de estarlo durante varios días?

Ella se encogió de hombros.

–No lo sé.

–Bueno, sea lo que sea, es raro, porque ha sido la primera vez que mi padre se ha perdido una oportunidad como la de hoy.

–A lo mejor ha captado por fin el mensaje de que no quieres tenerlo alrededor tanto tiempo.

Volvió a sentir la culpa encogiéndole el estómago. Miró por encima del capó del coche y luego a ella.

–No es eso. Es que me pone nervioso cuando se mete en mis cosas.

–No. En realidad, gruñes mucho cuando estás con él, pero lo entiendo –le puso una mano en el antebrazo, como si lo que fuera a decirle fuese importante–. Eres un adulto que vive a veinte minutos de un hombre rico y jubilado que te adora, y que no tiene otra cosa que hacer más que mimarte.

Él se echó a reír.

–Cuando te encontró, esa cantidad de atención seguramente te pareció divertida, pero ahora quieres ser tú mismo.

–Puede que tengas razón.

Excepto cuando pintaba, no tenía ni idea de quién era, y quizás por eso le irritaba tanto que su padre se metiera en su vida, cuando en realidad desearía poder decirle: «Déjame tranquilo para que pueda pintar, o dar de comer al hambriento, o jugar, o leer, o simplemente estarme sentado en un banco». Pero no podía. No sentía interés por nada, y tener a Constanzo siempre a su alrededor se lo recordaba.

Pisó el acelerador y puso punto final a la conversación. El viento les alborotó el pelo y Laura Beth se echó a reír, encantada.

–¡Esto es genial!

Pisó el embrague y cambió de marcha, cobró velocidad y volvió a cambiar, yendo cada vez un poco más deprisa, cambiando de carril para sortear el tráfico mientras ella se reía feliz, alzando las manos por encima de la cabeza para sentir el viento.

Había algo en su risa que le resultaba relajante. Con el viento en la cara y el sol calentando el aire, la sensación de estar fuera, lejos de su padre, era maravillosa. Habían pasado dos años en los que no habían dejado de pedirle que volviera a pintar, y dos años en el estudio que le recordaba constantemente que ya no era capaz de crear.

Inspiró hondo, dejó que su risa le entrara por los poros de la piel y sintió que sus músculos se relajaban de camino al Museo Picasso.

Laura Beth siguió a Antonio a la entrada trasera de aquel edificio de piedra clara y, mirando a su alrededor, dijo:

–¿Eres amigo de algún conservador, o es que tu padre hace contribuciones al museo?

–Ambas cosas –respondió, y sacó el móvil del bolsillo–. Carmen, ya estamos aquí.

Solo tuvieron que esperar unos segundos a que una mujer de corta estatura y pelo oscuro les abriera la puerta. Antonio le dijo algo en español, la mujer sonrió y desapareció por un pasillo.

El poder de los millonarios nunca dejaría de sorprenderla.

–Genial.

–Lo es. No me gusta tener que abrirme paso entre la gente, o esperar largas filas.

–Eso no le gusta a nadie.

–Por eso soy afortunado de tener la posibilidad de entrar por la puerta de atrás.

–Ya lo creo.

La condujo por un laberinto de pasillos hasta que llegaron a la parte central del museo. Los cuadros dominaban el espacio, y el color y la luz parecían espesos como la miel. Antonio se detuvo, cerró los ojos y respiró profundamente.

Allí estaba en casa. Allí era donde le gustaba estar.

En silencio se colocó delante de un cuadro y ella se colocó a su lado. Entornando los ojos contempló aquellas formas ajenas, las dimensiones sin proporción, los colores inesperados.

–¿No es increíble?

–Sí que lo es –contestó, sin atreverse a decir otra cosa.

Le costó diez minutos más y un par de cuadros darse cuenta de que no le gustaba Picasso. Aun así, sonrió y asintió cuando se esperaba que lo hiciera, aunque fuera solo porque no quería parecer una palurda.

Pero al final no pudo soportarlo más:

–Estas pinturas son un poco raras.

Él se limitó a mirarla un instante.

–No te gusta el arte abstracto.

–Creo que no.

–¿Por qué no lo has dicho antes?

–Porque creía que a ti te gustaba este museo.

–Y me gusta –miró a su alrededor, como si aquellos diez minutos hubieran satisfecho su deseo y estuviera ya nervioso–. Pero hoy me siento raro aquí…

Laura Beth creía saber por qué. A pesar de que le había quitado importancia a lo de que su padre hubiera dado marcha atrás en sus planes, sabía que le había dolido. O a lo mejor seguía estando preocupado. Entonces, ¿por qué seguía fingiendo que no le

importaba?

Miró a su alrededor.

–A lo mejor hace un tiempo demasiado bueno como para estar encerrado en un edificio.

–Quizás –y a lo mejor necesitaba pasar un rato más por ahí para poder pensar–. Tenemos un coche precioso esperando. Si quieres que demos una vuelta por la ciudad, por mí, perfecto.

¿Y si su mal humor no tenía que ver con su padre, sino con la pintura? Picasso podía ser su artista favorito, al que siempre fuera a ver cada vez que estaba en Barcelona, pero seguro que no había pasado por allí desde que había dejado de pintar.

Tenía que sacarlo de allí.

–Me encantaría ver la ciudad –añadió, por ofrecerle una salida.

–Entonces, vámonos.

Ella se colgó de su brazo.

–¿Has pasado por alto lo que te he dicho del coche? No quiero visitar catedrales y museos, sino recorrerla en coche.

–Barcelona es preciosa –contestó, y respiró hondo–. Verla desde el coche es buena idea.

Volvieron de nuevo al deportivo, y Antonio se sumó al tráfico. El aire fresco y el entorno, una mezcla de edificios nuevos y antiguos, árboles cuajados de hojas verdes remozándose junto a altas palmeras y un mar de peatones iban quedado atrás, a medida que pisaba el acelerador.

El aire le alborotaba el pelo, el sol le caldeaba la piel, pero era la potencia del Jaguar lo que le estaba haciendo un nudo en el pecho. A pesar de sus buenas intenciones para dejar de entusiasmarse con los maravillosos juguetes y la vida que llevaban sus amigos ricos, aquel coche era magnífico.

Qué ganas de poner las manos en aquel volante de cuero blanco, de pisar el pedal del acelerador. Estuvo conteniendo esas ganas durante veinte minutos hasta que, de pronto, ya no pudo contenerse más.

–¿Me dejarías conducir? –le dijo casi gritando para que pudiera oírla.

Él la miró como si no la hubiera entendido bien.

–Por favor. ¡Anda, déjame conducir!

–¿Vas a saber, en una ciudad que no conoces?

Ella asintió sonriendo.

–He conducido en Nueva York.

–¿Sabes manejar un cambio manual?

–¿Lo dices en serio? Pero si conducía la camioneta de la granja de

mi abuelo con trece años.

Tomó una calle lateral, entre dos edificios pintados de estuco con balcones de hierro forjado.

–Hace mucho que tenías trece años. ¿Seguro que te acuerdas de cómo manejar una palanca de cambios?

Ella le dio un puñetazo de broma en el brazo.

–¡Vale, vale! A ver qué sabes hacer.

Cambiaron los asientos y Laura Beth acarició el volante de suave cuero blanco, arrancó el motor, soltó el embrague y pisó el acelerador.

Salieron disparados hacia delante y Antonio se sujetó en el salpicadero.

–Ten cuidado.

Riendo, Laura Beth piso de nuevo el embrague y cambió.

–Dios, qué maravilla de coche –el motor volvió a pedirle que cambiara y lo hizo–. ¡Qué bárbaro! Es como conducir el viento.

Antonio se reía, pero agarrado al salpicadero.

–¡Vas a matar a alguien!

Pisó el embrague y cambió una vez más para poner el coche a la velocidad que quería, dejando atrás la luz ámbar de los semáforos, cambiando de carril.

–No sabía que fueras una kamikaze.

No es que pareciera muerto de miedo, pero casi. Ella llevaba los coches en la sangre.

–No lo soy. Lo que pasa es que me gustan los coches buenos.

–¿Ah, sí? Nunca lo habría dicho.

–¿Por qué? ¿Es que crees que una mujer no puede saber apreciar un motor potente?

–No. Lo que pasa es que me parecías más tranquila.

Ella movió la cabeza.

–Bueno… todos tenemos nuestros secretos –lo miró un instante y añadió–: nuestras pasiones.

Él ladeó la cabeza y ella se encogió de hombros.

–Tú te expresas a través del arte, y yo quiero ser libre. Y a lo mejor, un poco salvaje.

Antonio se rio.

–¿Tú, salvaje?

–Sí, yo. Por eso no quieres pintarme. Porque crees que no voy a poder con ello.

–Lo que he dicho es que soy yo el que no va a poder.

–Claro que podrías. Lo veo en tus ojos. Lo que pasa es que no quieres.

–Posar para un retrato puede ser largo y aburrido.

–¿Y?

Antonio no contestó, y a ella, de pronto, no le importó. Con el viento tirándole del pelo, el sol cayéndole en el cuerpo y la potencia de aquel motor entre las manos, por una vez en la vida estaba experimentando la felicidad del poder. Se sentía empapada en él. Nadando en él. Estaba tan harta de que todo el mundo la subestimara, de que creyeran conocerla, cuando todo lo que habían visto era la sombra de la persona que podría ser por no tener dinero ni oportunidades.

¿Sería eso lo que Antonio vería al pensar en pintarla? El anhelo de ser algo más. La pasión oculta.

Quizás la viera, pero no la quería.

La tristeza le hizo aflojar la marcha. Las palmeras y las calles de cuatro carriles flanqueadas por la arquitectura del Viejo Mundo conferían a la ciudad un aire inmemorial, pero ella apenas lo notaba. Algo en su interior pugnaba por salir. No quería que la compadecieran, o que la infravaloraran. Quería ser ella misma, quería ser la mujer que Antonio veía al mirar.

Y por Dios que no sabía cómo lograrlo.

Cuanto más despacio iba, más se relajaba Antonio, Ya se le había olvidado la pequeña rabieta de ella cuando la subestimó, y se había dado cuenta de lo mucho que le gustaba conducir. Como pasajero del viaje de la alegría de Laura Beth, lo veía todo en cuadros y óvalos de luz que resaltaban aspectos de su rostro o de su cuerpo. El deseo de pintarla seguía latente, sin atormentarlo, aunque su mente de pintor ya se había puesto en marcha, juzgando la luz, midiendo las formas, contemplando la felicidad pura y sin adulterar que emanaba de sus ojos mientras conducía.

Pero algo había ocurrido al aminorar la marcha. Su expresión había cambiado. No era más suave, pero sí parecía estar pensando en algo. Meditando algo que no conseguía comprender quizás.

–A lo mejor es hora de volver –dijo él.

–Sí.

Era la segunda persona que aquel día daba un giro de ciento ochenta grados delante de sus narices. Feliz un instante, infeliz al siguiente. Aun así, se había prometido no tener nada íntimo con ella, y así iba a ser.

Miró su reloj.

–Esta noche tenemos una inauguración.

Ella asintió, y en cuanto pudo, dio media vuelta. Creyó que se

detendría para que cambiaran de puesto, pero siguió conduciendo, y él se recostó en el respaldo tranquilamente para observarla disimuladamente y dejar que las imágenes de luz y de líneas flotasen en su cabeza. Imágenes normales. Cálculos de dimensión y perspectiva. Eran inútiles, pero por lo menos no le estaban resultado dolorosas. Laura Beth era una mujer apasionada e inocente que deseaba amar la vida pero que en realidad no había tenido oportunidad de hacerlo. Y eso era lo que él deseaba capturar. El millar de emociones que siempre asomaban a su rostro, a sus ojos.

Poco después, tomó una calle lateral y se volvió a mirarle.

–Creo que estoy un poco perdida.

Él se rio.

–¿Un poco?

–¿Te importa llevarlo tú?

–No.

Acarició el volante y lo miró.

–Gracias.

El deseo de regalarle el coche fue casi incontrolable. Había sido la primera vez que veía a la verdadera Laura Beth, y sabía que esa era la persona que quería que fuese todo el tiempo. La mujer que no tenía miedo. La mujer que agarraba la vida y salía corriendo con ella bajo el brazo.

–Me parece que lo has disfrutado.

Ella lo miró brevemente.

–Puede que incluso demasiado.

El deseo de acercarse y besarla fue tan inmediato e intenso que podría haberle sorprendido, pero no fue así. La mujer que pisaba el acelerador a fondo le intrigaba, no solo sexualmente, sino como persona. Laura Beth era tan complicada como su deseo de pintarla.

Se acercó a ella y vio que sus ojos se oscurecían cuando se dio cuenta de que iba a besarla. Todo en él se quedó en suspenso hasta que sus bocas se encontraron y, entonces, lo que estaba dormido cobró vida. Era una mujer dulce, suave y con la dosis justa de inocencia para alimentar el fuego de su necesidad de conocerla mejor. Deslizó las manos por sus brazos para acercarla más, abrió la boca y ella respondió, invitándole.

Una necesidad pura se apoderó de él, un deseo violento de saborearla y de acariciarla toda. Pero, si sus hormonas lo habían empujado hasta límites insospechados, el sentido común pisó el freno por él. Besarla le había hecho pensar que podían tener una relación real. No la seducción de una inocente a través de un lienzo, sino una relación verdadera.

La posibilidad le llegó a lo más profundo de su ser. ¡Aquella mujer estaba embarazada! Estar con ella significaría ver crecer al hijo de otro hombre como recordatorio constante de que él había perdido al suyo.

Peor aún: la última mujer con la que había estado había hecho de su matrimonio una burla. Le había destrozado por dentro. Le había robado su capacidad de pintar, y nunca, jamás, volvería a pasar por algo así. Nunca volvería a confiar. A entregar su corazón. Y lo supiera ella o no, eso era lo que Laura Beth necesitaba.

Alguien que confiara en ella, que la amara.

Se separó de sus labios, pero no de ella, y se encontró contemplando unos ojos que le hacían un millar de preguntas para las que él carecía de respuesta.

–Lo siento.

–¿Sientes haberme besado?

–No –respondió, acariciándole el pelo.

–Entonces –susurró–, ¿qué es lo que sientes?

–Siento que esto no pueda seguir adelante. Que no pueda haber nada entre nosotros.

–Ah. Ya.

Ninguno de los dos se movió. La confusión lo envolvía todo. Si era consciente de que tener algo con ella era una equivocación, ¿por qué no podía apartarse de ella?

–Deberíamos irnos.

–Sí.

Agradecido porque no hubiera decidido hacerle un montón de preguntas sobre por qué no podían tener una relación, abrió la puerta y bajó. Ella hizo lo mismo.

Con el coche ya en marcha, todo su deseo era pisar el acelerador y llegar cuanto antes a casa para poder tener unos momentos a solas, pero mantuvo una velocidad adecuada para que ella pudiera admirar la arquitectura, las plazas, los vendedores callejeros, las tiendas.

Cuando llegaron al ático de Constanzo, la vio volverse a mirar una vez más el Jaguar antes de abrir la puerta y dar unos pasos por la acera.

Antonio dejó las llaves al portero y juntos fueron hasta el ascensor. No hablaron. Una extraña tristeza lo ahogaba todo. Por primera vez desde Gisella, una mujer le resultaba atractiva, estimulante, pero había salido tan malherido de su matrimonio que sabía que era un error pretender tener algo con ella.

Nada más entrar en el vestíbulo, vio un folio apoyado contra el jarrón que adornaba una mesita.

Se acercó, leyó la caligrafía de generosos caracteres de Constanzo y maldijo entre dientes.

–¿Qué ocurre?

–Mi padre se ha ido.

Ella arrugó el entrecejo.

–¿Se ha ido?

–Ha vuelto a casa –explicó, consciente de haber echado a perder el viaje de Laura Beth–. Lo siento.

–Creo que la discusión de esta mañana ha sido más gorda de lo que tú te creías –respondió.

–¿En serio? ¿Crees que se ha enfadado tanto porque le dijera que tenía alguien más que lo entretuviera? ¡Pero si se lo digo por lo menos cuatro veces a la semana!

–Puede ser, pero esta mañana me dio la impresión de que estaba un poco más sensible que otras veces.

Antonio hizo una mueca.

–¿Por qué si no iba a haberse marchado? –insistió ella.

Antonio arrugó la nota, molesto. ¿Qué pretendía su padre que hiciera? ¿Que saliera corriendo tras él? ¿Que se disculpara otra vez? Ya lo había hecho y su padre le había contestado que estaba cansado. Le había dado más razones para pensar que no estaba enfadado que de lo contrario.

–No te preocupes por ello.

Y no iba a hacerlo. Si Constanzo quería algo, si esperaba algo, tenía que ser claro y directo, y no montar un numerito de vieja amargada.

–No pasa nada. Solo que tendrás que…

«Que venir a la inauguración conmigo». Iba a decir la frase pero no lo hizo porque la verdad por fin se le reveló clara.

«¡Condenado manipulador!».

Por eso los había dejado solos aquella mañana. No estaba enfadado. Debía haber visto que había algo entre ellos y había decidido marcharse para que se vieran obligados a interactuar.

No era solo interactuar. Habían pasado un buen rato durante el par de horas que habían estado conduciendo, y habían conectado. Incluso la había besado.

Dios… su padre era el mismísimo diablo.

Se quitó la chaqueta y la lanzó al sofá, hirviéndole la sangre. Aquello era el colmo.

Pero daba igual que su padre pusiera en marcha cuantos trucos quisiera: él no iba a dejarse llevar, a ser su víctima.

–El verdadero problema es que se ha llevado el avión –dijo con

serenidad–. Pero no pasa nada. Si no nos lo envía de vuelta, le pediré a un amigo que nos lleve.

Ella se mordió los labios.

–No quiero ser una carga.

Antonio suspiró. Cuando volviera a echarse a su padre a la cara, iban a tener unas palabritas, aunque fuera solo por el susto que le había dado a aquella mujer. Había dejado a una mujer tímida y sin recursos en una ciudad en la que ni siquiera conocía el idioma.

–No lo eres.

No iba a permitir que Constanzo los manipulara de ese modo. A pesar de que le gustaría llevarla a la galería, pasearse con ella del brazo, reír juntos, no podía hacerlo. Había sido una equivocación besarla, y más aún interesarse por ella. No se merecía un hombre roto como era él, sino mucho más. No iba a ser un mal anfitrión con ella, pero el plan de Constanzo acababa ahí. Comerían algo y se retiraría a su habitación hasta que llegara el momento de vestirse para la cena y la inauguración.

–Eh… ¿quieres comer?

–Es casi la hora de cenar.

–Entonces, ¿quieres esperar?

–¿Estás de broma? Estoy embarazada, y no he comido nada desde el desayuno. ¡Me muero de hambre! Necesito tomar algo.

–Vale. Le diremos a la cocinera que te prepare algo.

Antonio la condujo a la cocina, pero, en cuanto abrió la puerta, se dio cuenta de que también se había marchado. Todo estaba perfectamente recogido, seguramente hasta la siguiente visita de Constanzo.

La rabia volvió a calentarle la sangre. Así que también quería que se llevase a Laura Beth a comer por ahí, ¿eh? Pues se iba a llevar un buen chasco.

Ella se acercó a la despensa.

–Puedo preparar yo algo. Será divertido.

–Yo es que ahora no puedo comer. He quedado para cenar con Olivia.

–Ah.

–Lo siento. Es que hace semanas que no mantenemos una reunión, y siempre le gusta hablar conmigo antes de estas cosas –se encogió de hombros–. Es una cena de trabajo.

–No te preocupes. Lo comprendo. Para ti es un viaje de trabajo.

Se estaba sintiendo como un cerdo de primera categoría, y a pesar de que sabía que seguir adelante solo acarrearía dolor, añadió:

–Puedes venir si quieres…

Pero Laura Beth sabía que no podía. Una cosa era salir a cenar y a la inauguración con Constanzo, pero ¿con Antonio, Olivia y Tucker? Parecerían dos parejas. Olivia iría vestida maravillosamente, mientras que ella llevaría un vestidito playero viejo y absurdo.

–No, gracias. Estoy cansada, y prefiero quedarme. Me voy a preparar algo de comer y me iré a la cama.

–¿Estás segura?

Ver un alivio palpable en su mirada confirmó sus peores sospechas y la llenó de desilusión. No quería que fuera. Y ahora allí estaba, en el papel de Cenicienta cuando le decían que no podía asistir al baile. Aunque sabía que aquel no era su sitio, le dolía horrores el rechazo.

–No pasa nada –sonrió–. Estoy bien.

Él dio unos pasos atrás.

–Si estás segura…

–Antonio, deja de ser tan educado y márchate.

–Está bien –respondió, y salió de la cocina.

Laura Beth se apoyó en la isleta central, desilusionada. No podría decir por qué tanto. ¿Y qué si la había besado? Había sido cosa del momento. Incluso podía ser que ella le hubiera transmitido la idea de que lo deseaba. Él había aceptado… y lo había lamentado después. Y más le valía ser lo bastante lista como para no querer a un hombre que no la quería. Ya había pasado por esa situación y mejor no meterse en otra. Aquella sobredosis de emociones tenía que ser de origen hormonal, provocada por el embarazo.

Entonces, ¿por qué el hecho de que la dejara allí le parecía un insulto?

Pues porque, en el fondo, sabía que le gustaba. Demonios…

Eso era lo que palpitaba entre ellos. Ni su necesidad desesperada de un trabajo, ni su inesperado deseo de pintarla, sino atracción. Puede que incluso afecto genuino.

Respiró hondo y se irguió. Tenía que dejar de pensar en eso. Tenía hambre y necesitaba descansar. También necesitaba el avión de Antonio o el de su amigo, o al menos su ayuda para volver a Italia. No podía enfadarse porque él se negara a admitir que le gustaba.

Se preparó unos huevos y unas tostadas que se comió en el balcón, escuchando el ruido del mar, y casi sin querer, se quedó dormida.

El sonido de la voz de Antonio la despertó.

–¿Laura Beth?

Se incorporó de golpe con el corazón en la garganta. A lo mejor había cambiado de opinión y quería que lo acompañara. Llena de esperanza, se levantó de la silla y corrió la puerta de cristal para entrar al salón, y allí encontró a Antonio, increíblemente guapo con

un esmoquin negro.

–¡Estás fantástico! –exclamó.

Se había recogido el pelo en una coleta, lo que realzaba más los ángulos y planos de su cara, y hacía que sus hermosos ojos castaños se vieran aún más grandes. La camisa blanca y el esmoquin no resultaban solo sexys, sino que eran una declaración de lo refinado y lo rico que era. Incluso los zapatos que llevaba, brillantes como espejos, hablaban de la más pura elegancia.

–Es la primera vez que voy a presentarme en una galería desde hace más de dos años, y no podía aparecer como un pordiosero.

–Pues aspecto de pordiosero no tienes, créeme.

Él se echó a reír, pero extendió el brazo derecho hacia ella.

–No soy capaz de abrocharme el gemelo de este puño.

Laura Beth se acercó.

–Déjame ver.

El gemelo resultó ser un ónice negro con un diamante en el centro.

–Ya está.

Los ojos le brillaban de ilusión, y Laura Beth pensó que de verdad quería volver a su mundo, con sus iguales, con su gente.

Y ella con aquellos viejos vaqueros, una camiseta corriente y chanclas. Su deseo de que la invitara a la cena y a acompañarlo a la galería se transformó en vergüenza, en humillación. Aunque le hubiera rogado que fuera con él, no tenía nada que ponerse.

Y no había sido ese el caso.

El móvil le sonó en ese momento.

–Olivia, ¿qué hay?

Oyó la voz de su amiga, aunque no pudo entender lo que decía, pero Antonio se echó a reír.

–Perfecto. Me encanta ese restaurante. Tengo la limusina de mi padre –añadió, dirigiéndose ya hacia el ascensor–. Puedo estar en tu hotel en veinte minutos.

Pulsó el botón y la puerta se abrió de inmediato. Aún hablando con Olivia, se dio la vuelta para despedirse de ella con un gesto cuando la puerta ya se cerraba.

Y allí se quedó ella, en el elegante salón, sola, rodeada de silencio.

Las lágrimas amenazaron con hacer acto de presencia, pero las rechazó. No estaba triste, sino enfadada. No importaba que no tuviese un vestido para la ocasión, ni zapatos adecuados. Antonio no se había alegrado de dejarla allí porque fuera más pobre que una rata, sino porque habían conectado aquella tarde: habían hablado sobre Constanzo, la había dejado conducir, incluso la había besado. Luego habían subido al ático y él se había vuelto… ¿distante?

Miró a su alrededor.

¿Por qué de pronto esa frialdad? Lo único que había ocurrido en ese transcurso había sido la aparición de la nota de Constanzo…

No. Se había vuelto frío cuando habían descubierto que estaban solos, porque no quería estar a solas con ella.

En parte, lo comprendía. Estaba embarazada. ¿Qué hombre soltero y millonario querría estar a solas con una mujer embarazada?

Pero no tenía por qué tenerle miedo. Ella nunca intentaría nada con él. Si acaso, al contrario. Había sido él quien la había besado, en realidad.

¿Y por qué demonios tenía que estar pensando en eso?

Para quitarse todos aquellos pensamientos de la cabeza, se dio una buena ducha y se lavó el pelo. No tenía nada mejor que hacer, de modo que con una plancha de pelo que encontró en un cajón, hizo tirabuzones de su larga melena, y antes de que pudiera peinárselo, el estómago le rugió.

Sin peinar y con unos pantalones de pijama y una camiseta enorme, se fue a la cocina. Justo cuando abría la nevera, el teléfono que conectaba con la portería del edificio sonó, y al contestar, se vio bombardeada por una larga y rápida parrafada en castellano.

–Lo siento –se disculpó–, pero no hablo español.

El hombre le dijo algo más y colgó.

Volvió decidida a la nevera, pero creyó oír que se abrían las puertas del ascensor, y salió al salón.

Era el portero, que con un paquete en las manos, le sonreía.

Laura Beth se acercó.

–Ah, un paquete. Eso era. Que teníamos un paquete.

El hombre asintió, se lo entregó y desapareció tan rápidamente como había llegado, al parecer convencido de que poca propina podía ofrecerle. Y no le faltaba razón, porque no tenía ni una moneda.

Fue a dejar el paquete en la mesa de centro para que Antonio lo viera. Debía de ser algo para él. Pero al depositarlo en la mesa, vio que la etiqueta tenía su nombre.

¿Quién iba a enviarle algo allí?, se preguntó, frunciendo el ceño Es más: ¿quién podía saber que estaba allí?

Con el paquete en las manos fue a su dormitorio y examinó de nuevo la etiqueta para convencerse de que era para ella de verdad. Abrió las solapas. Dentro, había un sencillo vestido negro y unos tacones de aguja.

Sacó el vestido sin saber qué pensar. El tejido era vergonzosamente suave y rico, como si fuese chifón u organza. Había una tarjeta sobre el delicado papel blanco en que se había envuelto el vestido. Abrió el

sobre y leyó: Cara, ve a la inauguración. Constanzo.

Su reacción fue echarse a reír. Aquello era demasiado raro. ¿Cómo podía saber que no iba a ir? A menos que hubiera caído en la cuenta de que rechazaría la invitación de su hijo porque no tenía nada que ponerse. De hecho, se lo había mencionado…

¿Qué más daba? Antonio ya se había marchado, y no tenía dinero para un taxi. Se había llevado la limusina, y ella no podía pedirle al portero que le llevara el Jaguar porque no hablaba castellano. El vestido había llegado una hora tarde. Qué lastima. La verdad es que deseaba poder acudir a la inauguración y demostrarle al engreído e impetuoso Antonio que no tenía nada que temer de ella.

Rozó la nota con las manos y sonrió. Había sido escrita con la pluma de Constanzo, y tenía su número de móvil.

Miró el vestido, miró la tarjeta, se miró a sí misma en el espejo. En aquel momento su aspecto era el de cualquier persona de la calle, pero Antonio había dicho que quería pintarla, que la consideraba una belleza clásica. Incluso la había besado. No había sido ella quien se le había insinuado. ¿Por qué entonces se comportaba como si la tuviera miedo?

La rabia le hirvió en el estómago. La tímida chica de Kentucky se llenó de fuego, corrió a la cocina y descolgó el teléfono que el personal seguramente utilizaba para hacer los pedidos de comestibles.

Al tercer timbre, Constanzo contestó.

–¿Diga?

–Necesito un carruaje.

–¿Perdón?

–Me has enviado un vestido de Cenicienta, pero ha llegado demasiado tarde. Hace tiempo ya que Antonio se fue con la limusina, así que no puedo ir con él a la galería.

–Llamaré al conductor para que vuelva de nuevo a buscarte.

–Quiero el Jaguar.

Constanzo se echó a reír.

–¿Qué?

–Que quiero el Jaguar. Si voy a tomarme la molestia de ponerme hecha un pincel, quiero hacer una entrada triunfal.

Constanzo volvió a reír.

–¡Esa es mi chica! Voy a llamar al portero para decirle que tenga las llaves preparadas para cuando bajes.

–Y será mejor que mi nombre aparezca en la lista de invitados. Seguro que a una inauguración como esa solo puedes entrar si estás en la lista.

–Ahora llamo a Bernice.

–Gracias.
–De nada. ¡Ve y déjale con la boca abierta!

Capítulo Ocho

De pie en la puerta principal de la galería, rodeado de aficionados al arte, Antonio consultó su reloj. Su vuelta al mundo del arte había sido sutil y casi frustrante. Olivia tenía otros clientes, clientes que sí trabajaban, con los que estaba en aquel momento. Tucker se había encontrado con dos conocidos del mundo de los negocios con los que estaba hablando. Y él se había quedado con la dueña de una galería de Madrid que intentaba convencerlo casi con desesperación de que le dejara montarle una exposición.

La mitad de su ser se había entusiasmado con el proyecto. La otra mitad, había deseado salir corriendo, muerto de miedo.

El sonido de un coche al frenar en la calle le llegó por encima del ruido de la galería, y miró más allá de Juanita Santos, a través de la cristalera. Un Jaguar rojo había llegado a la curva y esperaba a que el aparcacoches se ocupara de él. Parecía el coche de Constanzo.

La puerta del conductor se abrió y un tacón de aguja emergió, seguido de una pierna larga y delgada.

Alzó las cejas. La gente congregada fuera de la galería se volvió a mirar a la recién llegada. Los hombres sonrieron. Las mujeres, la miraron de la cabeza a los pies.

La boca se le quedó abierta. Laura Beth le había dado las llaves al aparcacoches.

Con el pelo recogido en lo alto de la cabeza y con un endiablado vestido negro, avanzó hacia la puerta como una modelo lo haría por la pasarela. El vestido marcaba sus curvas, acentuando la feminidad de su figura, y el negro le confería un aire sofisticado y elegante. Con los viejos vaqueros y la ropa de bibliotecaria era una chica americana. Con aquel vestido, era una mujer.

Y todas las miradas estaban puestas en ella.

El corazón se le detuvo y la respiración se le aceleró, pero no les prestó atención. No estaba en disposición de tener algo con ella, pero con aquel vestido, la tentación volvía a ser fuerte. Todo aquello tenía que ser cosa de Constanzo, pero aunque no lo fuera, sus razones para mantenerse alejado de ella eran de peso. No quería ver cómo le crecía la tripa. No podía olvidar que su primer matrimonio le había vuelto un hombre amargado. Aquella mujer era demasiado buena para él. Y en aquel momento, iba directa a tropezarse con una puerta cerrada.

Siendo un caballero, no podía dejar que eso ocurriera, así que se volvió a Juanita y le dijo:

–¿Me disculpas?

–Claro.

Se encaminó a la puerta, angustiado por la vergüenza que iba a pasar si no la dejaban entrar, pero el joven que controlaba el acceso la dejó pasar con una sonrisa.

Ella inclinó la cabeza para darle las gracias y se mezcló con la gente.

Antonio se detuvo esperando a que ella lo viera. Laura Beth se le acercó al verlo.

–Vaya, mírate… Ella sonrió.

–Tienes que dejar de pisarme las frases.

Él se echó a reír.

–Me alegro de que estés aquí, pero yo tengo que… –¿Laura Beth?

Olivia se había acercado a toda prisa.

–La misma que viste y calza.

Olivia dejó escapar un grito de alegría.

–¿Pero qué haces aquí?

–Estoy pasando unas semanas con Antonio, ayudándole a organizar su oficina.

Su amiga enarcó las cejas para mirar a Antonio. Estaba claro que no le había dicho una palabra. Laura Beth se echó a reír.

–Me ha contratado Constanzo, no Antonio, así que ya te imaginarás que no está cooperando.

–Pues es una pena –respondió, mirando al aludido.

–Me encantaría charlar un rato contigo –cortó Laura Beth, y la sorpresa que se llevó Antonio fue mayúscula–, pero Antonio me estaba diciendo precisamente que está ocupado. Imagino que tenéis gente con la que hablar, así que me voy a dar una vuelta por la galería.

Olivia la abrazó.

–Diviértete. Es cierto que tengo unas cuantas personas a las que quiero que Antonio conozca. Pero a lo mejor podemos vernos un rato mañana.

Laura Beth sonrió con una pequeña dosis de misterio.

–Podría ser.

Y se alejó.

Antonio se quedó prendado del ligero balanceo de sus caderas, de la larga curva de su espalda.

–¡Vaya! Se la veía feliz, ¿no te parece?

–¿Feliz?

–Sí. Últimamente ha estado un poco apagada –le explicó, y colgándose de su brazo, le hizo volverse hacia la gente–. Ha debido de

pasarlo mal por quedarse sin compañeras de piso, pero no ha querido hablar de ello. No ha querido aceptar nada de mí o de Tucker. Ni siquiera una oferta de trabajo. Quiere abrirse su propio camino en el mundo –hizo una pausa y frunció el ceño–. ¿Cómo la ha convencido Constanzo de que trabajara para ti?

Antonio parpadeó varias veces. Obviamente no sabía que estaba embarazada.

–Supongo que perder el apartamento le ha debido de dejar bien claro que no podía andarse con remilgos a la hora de aceptar un trabajo, se lo ofreciera quien se lo ofreciese.

–Sí, bueno, si tú no quieres que trabaje para ti, Tucker sí que quiere. Tiene un puesto para un especialista en Tecnología de la Información. Trabajaría directamente con él, y necesita a una persona de confianza.

–Me parece perfecto para ella.

–Y lo es. Iba a ofrecérselo justo después de la boda, pero desapareció. Ahora por lo menos sabemos dónde se fue.

–Eso sí.

Que Tucker quisiera contratarla era como una bendición del cielo. Un verdadero alivio.

Sí.

No tenía por qué dejarse llevar por aquella sensación de vacío en el estómago, ni por el miedo a perderla, o lo vacía que iba a estar su casa sin ella.

Miró a su alrededor y la vio, pasando de un grupo a otro. Los hombres la sonreían, y ella les devolvía la sonrisa inocentemente.

Un golpe de celos le hizo blanco en el pecho.

–¿Preparado?

Menos mal que tenía una razón para apartar los ojos de ella.

–Más que preparado –sonrió.

Pasó más de una hora con Olivia presentándole a dueños de galerías, marchantes y coleccionistas, y su antiguo encanto volvió a él como si no lo hubiera perdido. Si hubiera tenido algo nuevo para mostrar o vender, el éxito habría sido total.

Pero no era el caso, y aún no aceptaba encargos, de modo que todo el mundo se fue alejando de él, con lo que la inutilidad de aquella situación le llenó de frustración. ¿Para qué demonios habría ido allí?

–Voy a por una copa –le dijo a Olivia–. ¿Quieres algo?

–Mejor voy a ver si encuentro a Tucker.

Perfecto. Así podría irse al bar, beberse todo el whisky que le diera la gana y dejar que la limusina lo llevase de vuelta al ático, donde podría desmayarse y olvidar que solo tenía pasado. Ni presente, ni

futuro.

Fue abriéndose paso entre la gente hasta llegar al discreto bar de cristal y mármol que se había dispuesto en una esquina.

–Whisky –le dijo al camarero, y cuando iba a darse la vuelta, lo sujetó por el brazo–. Tres.

El joven asintió. Debía de pensar que pedía para tres personas. Se apoyó contra la barra dispuesto a esperar, y vio a Laura Beth de pie, sola, contemplando un cuadro.

Estudió la posición algo ladeada de su cabeza, el modo en que mostraba el interés que despertaba en ella la pintura, la luz y las sombras que utilizaría si la pintase para que todo el mundo pudiera ver lo que él veía. Un recién llegado enamorándose.

¡Demonios! ¿Qué narices hacía imaginándose otra vez lo mismo?

–Aquí tiene, señor.

El camarero le dejó las tres copas en la barra, y Antonio apuró de un trago la primera. A continuación se rebuscó los bolsillos para dejarle una buena propina antes de retirarse de la barra, con una copa en cada mano, dispuesto a alejarse lo máximo posible de Laura Beth. Pero al parecer ella también había cambiado de sitio, porque se la encontró de frente, parada delante de otro cuadro. Aquel parecía gustarle tan poco como los Picasso.

Tomó un trago de la segunda copa. El deseo de plasmarla en un lienzo volvió a asaltarlo, y justo en aquel momento, Jason Ashbury se detuvo ante él.

–Quería darte mi tarjeta.

Antonio dejó la segunda copa en una bandeja.

–Perdón.

–No te disculpes por querer disfrutar de un buen whisky –respondió sonriendo–. Sé que estás acostumbrado a las galerías grandes, pero nos encantaría tenerte en Arizona.

Y a él le gustaría muchísimo estar en una galería en Arizona. En realidad, en cualquier otro sitio en el que fuera capaz de pintar de nuevo.

Su mirada viajó hacia Laura Beth.

Jason le estrechó la mano.

–Ven a visitarnos. A lo mejor te servimos de inspiración –sentenció.

Su mirada volvió a posarse en Laura Beth. A pesar de la sofisticación del vestido, no podía ocultar la inocencia que le palpitaba dentro. Quizás fuera eso lo que le atraía de ella. Era el polo opuesto a su mujer. Y si su inocencia era la medicina que necesitaba para volver a pintar, a lo mejor no debería oponerse.

Se acercó a ella.

–¿Estás bien?

–¿Qué? No pensarás que una mujer no puede estar sola en una galería, ¿no?

–Claro que no. Pero estás embarazada, la noche está siendo larga y aún tienes que volver a casa conduciendo.

–Me has visto llegar con el coche, ¿no?

Dio un paso más hacia ella.

–Te he visto bajarte de él.

Laura Beth sonrió.

–Ha sido divertido.

–Eso me parecía.

–Voy a echar de menos esto –suspiró.

–¿Barcelona?

–No. Lo de arreglarse y representar un papel.

–¿Por qué? Vas a quedarte unas cuantas semanas más en Italia, de modo que podrás arreglarte y representar los papeles que quieras.

–No. No puedo. Precisamente esta noche he recordado algo que pensé en la boda. Acepté este trabajo porque ni soy una ejecutiva, ni una secretaria, ni siquiera una empleada cualquiera para la ciudad de Nueva York. Pero tú no me quieres, y yo no pinto nada aquí. Ya es hora de que me vuelva a casa.

Antonio sintió un latigazo de pánico.

–¿A Nueva York, o a Kentucky?

–A Kentucky –respondió, mirándolo a los ojos–. Sé que allí no habrá mucho trabajo para una persona con mi formación, pero voy a tener un hijo, y necesito que mi madre me apoye moralmente –respiró hondo–. Y viendo uno de los cuadros de la exposición, me he dado cuenta de que tuve una infancia estupenda.

Él frunció el ceño.

–¿Qué cuadro?

Dio unos cuantos pasos hasta ponerse delante.

–Este.

Se veía a tres perros corriendo entre la maleza seca que bordeaba un estanque a últimos de otoño. Los colores eran fríos, desapacibles, con un cielo tan oscuro que podría decirse que era gris marengo.

–¿Esto te ha recordado a tu casa?

–Sí.

–¿Tenías perro? –preguntó, esperando lo mejor.

Ella se echó a reír.

–No, pero teníamos unos noviembres espantosos, con un frío de mil demonios. Algunos de mis mejores momentos están ligados al

otoño.

Y lo miró con una luz en los ojos que volvió a encender su deseo de pintar, aunque de un modo distinto a como fue el día en que la descubrió dormida en la cama envuelta con una toalla, o al que le asaltaba de continuo en forma de visiones técnicas de dimensión y luz. Aquel era un deseo serio, una necesidad serena, algo que no le hacía daño, ni lo llenaba de ansiedad. Un anhelo normal.

Temiendo perder esa sensación, le preguntó:

–¿Qué clase de cosas?

–Bueno… mi cumpleaños es en otoño, para empezar.

Él sonrió.

–Y en otoño volvíamos al colegio –continuó, pero su mirada estaba distante–. Eso significaba que volvería a ver a mis amigos, que me comprarían ropa nueva, partidos de fútbol, ensayos de la obra del colegio… –Parece divertido.

–Lo era.

–¿Y por eso quieres volver a casa?

–Es que no dejo de pensar que me gustaría estar cerca de mi madre cuando llegue el momento del nacimiento del niño. Pero también es cierto que tuve una infancia estupenda, y me gustaría que mi hijo también la tuviera.

–Tiene sentido –susurró, aunque sin saber por qué aquel momento le parecía de pronto tan solemne, aparte del hecho de que significaba que su tiempo juntos se estaba acabando. O quizás porque sabía que al menos necesitaba plantearle lo del cuadro, y si no lo hacía en unos pocos segundos, la posibilidad se le escaparía.

–Sigo pensando en pintarte.

–Lo sé –se alejó un poco–. Me dijiste que eso te molestaba.

–Pero esta noche la sensación es distinta.

–¿Ah, sí? –se sorprendió.

–Sí. Esta noche me parece real… accesible.

–Bueno, eso es… bueno.

Se acercó.

–Sí. La necesidad incontrolable fue un primer paso, pero al igual que tus sentimientos hacia la maternidad están cambiando y creciendo, lo están mis sensaciones sobre pintarte.

Ella lo miró un instante en silencio.

–¿Hablas en serio?

–Sí –respondió, sin mirarla–. Pero es una sensación nueva que solo se despierta contigo –la miró–. ¿Crees que podrías pasar unas semanas conmigo para que pueda ver si de verdad soy capaz de volver a pintar?

–Solo si me permites trabajar como tu asistente.

Su insistencia le hizo reír. Reír, y desear besarla. En ese segundo, la necesidad era tan fuerte que dudó de su capacidad de resistirla. La tenía delante, mirándolo a los ojos… sería tan fácil.

Pero ya la había besado en una ocasión y solo había servido para recordarle que no podía tenerla.

Porque no podía.

–Quiero que nos centremos en el cuadro.

–¿No puedo ganarme el hospedaje respondiendo al resto de tu correo?

–No –sonrió–. Quiero hacerlo bien.

Ella ladeó la cabeza como si al fin hubiera comprendido.

–De acuerdo.

Y algo maravilloso le corrió por las venas. Aceptación. Ella tenía sus propias necesidades, sus propios problemas, pero en lugar de negociar con él de algún modo se iba a limitar a ayudarle.

–¿Sabías que Tucker quiere contratarte cuando vuelvas a casa?

Ella abrió los ojos de par en par.

–¿Ah, sí?

–Necesita a alguien que trabaje directamente con él.

–Ay, Dios mío… ¡a lo mejor podría trabajar desde Kentucky!

Los ojos le brillaron de felicidad, y su boca carnosa le atraía con la fuerza de un afrodisiaco. ¿Iba a tener la fuerza suficiente, la resistencia necesaria para poder pintarla sin llegar a tocarla?

Pero sus temores se desvanecieron al recordar que no iba a poder enfrentarse a su embarazo, y que volvería a su casa, junto a su madre, y a trabajar para Tucker.

Solo serían unas semanas. No había de qué preocuparse.

Capítulo Nueve

Cuando al día siguiente volvieron a casa de Antonio, todo parecía distinto. Ya no eran adversarios, sino compañeros en el plan de ayudarle a volver a pintar. La sensación de estar en el mismo plano que Antonio era embriagadora para Laura Beth. Siempre había sido una chica común y corriente, pero aquel día eran iguales.

–¿Y bien? –le preguntó cuando entraron al vestíbulo–. ¿Preparado para meterte en el estudio?

–Hoy es domingo.

–Yo creía que los artistas tenían que trabajar cuando les llegaba la inspiración. ¿Quieres dejar pasar ese momento?

Por su expresión habría podido contestar ella misma que no, pero aun así dijo:

–¿Qué tal si comemos algo antes?

Ella le tomó de la mano y tiró hacia la puerta trasera que daba al camino del estudio.

–¿Qué tal si trabajamos antes?

Él se echó a reír.

–¡Si no lo veo, no lo creo! ¡Tú, rechazando comida!

–Me he tomado un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada mientras tú te echabas la siesta en el vuelo.

Giró el pomo de la vieja puerta del estudio y la abrió. A punto estuvo de echarle la bronca por no cerrar con llave, pero cayó en la cuenta antes de hacerlo de que estaban en el campo apacible de Italia, razón de más para que su incapacidad para pintar se lo estuviera haciendo pasar tan mal. Aquel era su santuario, y estaba perdiendo su razón de ser. Desde la muerte de su esposa, todo y todos parecían estarle defraudando. Pero ella no lo haría.

Fueron avanzando entre viejas latas de pintura, muebles rotos y telas hasta llegar a la habitación del fondo: su estudio.

Feliz, se volvió a mirarlo con una deslumbrante sonrisa.

–¿Dónde me siento? ¿Qué hago?

Él se pasó la mano por la cara.

–Acabamos de bajarnos de un avión. Deja que me centre.

Su vacilación saturó el aire. Lo deseaba tanto, pero ya lo había intentado y había fracasado estrepitosamente. Laura Beth sabía que, para volver a intentarlo, tenía que enfrentarse al fracaso.

Decidió dar un paso atrás, darle espacio.

–Claro.

Él miró a su alrededor y luego abrió el cajón de una mesa de metal vieja, del que sacó dos cuadernos distintos. Uno enorme, y el otro del tamaño de un cuaderno de espiral. Colocó el grande sobre la mesa y abrió el pequeño.

–Primero haremos unos bocetos.

–¿Qué quieres que haga yo?

–Primero tengo que calentar motores, digamos; tantear tus rasgos, la forma de tu cuerpo.

Ella asintió, deseosa de empezar.

–Yo me siento aquí –apoyó la cadera en el borde de la mesa–. Y tú, ahí.

Señaló una silla con respaldo de tablas.

Ella frunció el ceño.

–¿Ahí?

–Sí. Vamos con los preliminares. Una especie de calentamiento. Es para acostumbrarme a tus formas.

Involuntariamente la mirada se le fue hacia el diván que había junto a la ventana. Ese habría sido mucho más cómodo, pero él señaló la silla, implacable.

Antonio tomó un lápiz del número dos.

–¿En serio? –le preguntó ella–. ¿Un lápiz? ¿No vas a usar carboncillo, o alguna otra cosa de esas chulas?

Él suspiró y dejó el cuaderno sobre las piernas.

–¡Que estoy calentando!

–Vale, vale. Tú mandas.

Cuando consiguió tenerla acomodada en la silla, la ansiedad por volver a tener el lápiz en las manos se había disipado. Ojalá dejase de hablar, y más aún de juzgar sus decisiones. Tomó el lápiz y comenzó a dibujar con fluidez, con facilidad, con la esperanza de captarla al menos durante cinco minutos quieta.

Cuando le vio arrugar la nariz, como si le picase, se detuvo y se estiró. Había dibujado sus ojos, su nariz, la boca, el cuello, las cejas, la arruga de la frente, una vista lateral de su pelo y un boceto de la cara completa.

–Si necesitas rascarte la nariz, hazlo.

Ella respiró hondo y se pasó la palma por la nariz.

–¡Gracias a Dios!

–¿Qué? Pero si has estado sentada… –consultó el reloj–. ¡Vaya! Diez minutos. Te mereces un descanso. Para no estar acostumbrada a posar, es mucho tiempo.

Se levantó de la silla y se estiró.

–Otras veces he estado sentada diez minutos sin moverme, pero estar más de diez minutos sin nada en qué pensar o qué hacer… es duro.

–La verdad es que esperaba ir de cinco en cinco.

–¿Cómo?

–Pues hacerlo en intervalos de cinco minutos al principio, luego diez, quince… así.

–Entonces, nos hemos saltado un paso, ¿no?

–Sí, y está bien.

–¿Puedo ver lo que has hecho?

Le entregó el cuaderno, y ella sonrió.

–Son geniales.

–No son más que ejercicios, hasta que tenga la sensibilidad de tus facciones. Luego pasaremos a los bocetos de lo que yo creo que debería ser un cuadro de ti.

Laura Beth volvió a sonreír, y todo en su interior se iluminó. Se dijo que se alegraba de que estuviera disfrutando tanto del proceso.

–Si puedes continuar con sesiones de diez minutos –le dijo cuando vio que volvía a la silla–, haremos dos más y ya.

–¿Solo trabajas media hora?

Antonio se rio.

–Sí. Ten en cuenta que no solo te estoy adoctrinando a ti sobre el proceso, sino que yo estoy volviendo a entrar en él.

Se sentó, irguió la espalda y levantó la cara.

–De acuerdo.

Volvió a dibujar diez minutos, le dio un breve descanso y continuó durante otros diez. A continuación, comieron. Después, mientras ella se relajaba un rato junto a la piscina, Antonio fue a ver a su padre. Esperaba tener que enfrentarse a una acalorada discusión, al más puro estilo italiano, por la encerrona que le había preparado en Barcelona, pero su padre se limitó a disculparse, le dijo a continuación que estaba cansado, y se retiró a su habitación.

Al día siguiente, Laura Beth captó a la perfección el intervalo de quince minutos de posado, y al siguiente, le costó algo más el de veinte, pero lo logró.

Antonio dibujaba su rostro una y otra vez. Hacía bocetos de sus brazos, de sus pies, de la curva del hombro, sintiendo el ritmo de esas formas en la mano, como si flotara sobre el papel, recuperando las sensaciones perdidas. Pero no presionó. No quería caer en terreno pantanoso. Simplemente aplicaba el lápiz al papel.

El domingo, con Ricky y Eloise en Italia, disfrutando el último

capítulo de su luna de miel, obligó a Laura Beth a tomarse el día libre para salir con ellos.

Pero el lunes por la mañana volvió al estudio contenta y deseando comenzar.

Temblando a partes iguales de anticipación y terror por el siguiente paso a acometer, dedicó más tiempo del normal a organizar los lápices.

–Esta semana vamos a probar con posibles poses para el cuadro.

–Entonces, ahora ya no tengo solo que sentarme quieta, ¿no? Tendré que hacerlo en una postura determinada.

Él levantó la mirada. Los ojos le brillaban. La sonrisa le brillaba. El entusiasmo salía a oleadas de su cuerpo.

–Básicamente, sí.

Sabiendo lo incómoda que había sido la silla de respaldo recto, la hizo pasar al ventanal que ocupaba el fondo de la habitación y le colocó los pies, los hombros, le colocó las manos juntas en el estómago y volvió a la mesa de metal para tomar lápiz y papel.

Trabajó durante veinte minutos, intentando una y otra vez que sus trazos cobraran vida sobre el papel, pero sin conseguirlo. Sabía lo que quería. Quería esa mirada perdida, y aunque la percibió a retazos en sus ojos, no duró, y no pudo captarla.

–Hagamos un descanso –suspiró.

–¿Ya ha pasado media hora?

–Veinte minutos, pero no consigo lo que quiero con esa pose, así que mejor descansar un poco e intentarlo de nuevo.

Tras una visita al baño y unos tragos de agua, Laura Beth volvió a estar lista, se colocó y Antonio comenzó de nuevo a dibujar. Apenas habían pasado unos segundos cuando dijo:

–La luz no es buena.

–Qué lata.

–Sí, es una lata, pero podemos volver mañana por la mañana. Ahora mismo… –miró a su alrededor–. Vamos a probar en la silla.

Se sentó, y sin esperar instrucciones, se colocó de espaldas a él y lo miró por encima del hombro.

La imagen de cuando la vio tumbada en la cama, envuelta en la toalla, se le apareció de inmediato, seguida de la pose en que quería pintarla. Envuelta en seda, con un hombro y la espalda desnudos, la curva de la cadera tentadora, el rostro todo un estudio de inocencia.

Eso era lo que quería captar, pero temía que esa intuición fuera solo el resto de una aberración. Cuando estuvo observándola en la galería, se imaginó varias poses, expresiones, pequeños gestos de humanidad que resultarían en una imagen arrebatadora.

–No te quiero así.

–Vale.

–Probemos otra cosa.

No estaba seguro de cómo colocarla. Tenía en mente expresiones faciales, imágenes de cómo debería caer su cabello, pero no conseguía reproducirlas, y no paraba de cambiarla de una posee a otra.

–Vale. A ver: túmbate y piensa en algo agradable.

–¡Genial! ¡Puedo tumbarme!

–Si estás cansada, lo dejamos. No quiero que te sobreesfuerces.

Ella se dejó caer en el sofá.

–Estoy bien.

Aquel gesto tan poco elegante fue como si le despertara algo dentro, y rápidamente tomó el cuaderno. Ahí estaba parte de la esencia que estaba intentando captar. Hermosa y descarada. Preocupada pero con esperanza. Con esa imagen fresca en la mente, volvió a dibujar. Pero después de diez minutos se dio cuenta de que esa pose tampoco funcionaba.

Ni sorprendido ni desilusionado, ya que aquel día se iba a pasar intentándolo y fracasando, le dio un descanso. Luego le pidió que se sentara en la silla.

–Piensa en algo importante.

Ella arrugó el entrecejo.

–¿Importante?

–Sí. Piensa por ejemplo en volver a casa.

Ella asintió, y Antonio vio lo mismo que había visto en la galería: una especie de tristeza en la mirada. Pero no dijo nada. Aunque hubiera querido consolarla, se suponía que no tenían que hacerse amigos a raíz de aquellos días. Él quería retratarla, y ella quería volver a su casa.

La idea le puso triste. Malhumorado. Pero fueron los mejores bocetos del día.

Luego se fueron a comer. Rosina había preparado ensaladas y pan, pero Laura Beth no probó el pan, aduciendo que se sentía engordar por momentos, pero se lanzó a por el tomate con entusiasmo.

Antonio tuvo que contener la risa. Se sentía bien después de lo que para él era una mañana productiva, pero no quería incomodarla de ninguna manera. La mirada que había percibido en sus ojos le inquietaba.

Como quien no quiere la cosa, le preguntó:

–¿No quieres volver a casa?

Ella lo miró de inmediato.

–Necesito volver a casa.

–Hay mucha distancia entre querer y necesitar.
–Necesito a mi madre. Aparte de con los niños de Tucker y Olivia, nunca he estado con niños. Y los hijos de Olivia y Tucker no cuentan, porque nunca les he cambiado los pañales, ni les he dado de comer.
–Ah, ya. Lo que necesitas es la ayuda de tu madre.
–Más bien, sus consejos. Por eso quiero volver a casa.
–Una razón un poco interesada, ¿no?
–Sí, pero así son las cosas.
La expresión nostálgica le volvió a la mirada. Debería haber sentido ganas de ir a por el lápiz, pero en realidad sintió de nuevo ese extraño cosquilleo, provocado no porque temiera acercarse demasiado a ella, sino porque detestaba verla triste.
–¿Y si contrataras a una niñera?
Ella tardó unos segundos en echarse a reír.
–Ya. Así que no puedo permitirme pagar un apartamento, aún no sé si lo de Tucker va en serio o no, ¿y tú quieres que contrate a una niñera?
–Pero si te ofrece un trabajo con un buen salario, podrías vivir donde quisieras. No tendrías que volver a esa ciudad que claramente te pone triste.
–La ciudad no me pone triste, ya te lo he dicho antes.
Quiero que mi hijo se críe allí.
Antonio frunció el ceño.
–Entonces, ¿qué es lo que te pone triste?

Laura Beth toqueteó su servilleta. Por cincuenta céntimos, le revelaría sus pensamientos. Le diría mirándole a los ojos: «Me gusta estar contigo. Me gusta la persona que soy a tu lado. Y me voy a poner triste cuando me vaya porque solo volveré a verte en alguna fiesta, en la que volveremos a comportarnos como extraños».
Si le decía algo así, volvería a encerrarse en su concha. Dejaría de pintarla. Así que no iba a decirle una palabra.
–Creo que son las hormonas.
–¡Ah! Me parece recordar que Tucker dijo algo de eso cuando Olivia estaba embarazada.
Y así dejó zanjada la cuestión. Ni siquiera le gustaba lo suficiente para que se hubiera decidido a preguntar: «¿Estás segura?». Había decidido no indagar más. Otra prueba de que él no albergaba la misma clase de sentimientos hacia ella que ella hacia él.
Aquella noche, ya en la cama, se puso en guardia a sí misma contra los riesgos que entrañaba acercarse demasiado a él, a pesar de que era

consciente de que las posibilidades de que eso ocurriera eran cercanas a cero. Así que, a la mañana siguiente, se presentó mostrándose tan feliz como lo estaría cualquier mujer que posara para un retrato. No podía tenerlo para siempre, pero no por ello debía dejar de disfrutar de lo que sí tenía. De hecho, si fuera inteligente, aceptaría lo que pudiera conseguir y lo atesoraría en el recuerdo.

Después de desayunar, Antonio la hizo salir. Le había preguntado un millón de veces si quería que se pusiera algo especial, y él siempre le contestaba:

–Tus vaqueros están bien.

Pero el intento de capturar su pose junto a la piscina fracasó. Al día siguiente, el trabajo acabó convertido en bolas de papel arrugado, acompañadas de una ristra de maldiciones en italiano. El viernes acabó por aparecer su verdadero temperamento, que iba bastante más allá de maldiciones y bolas de papel, manifestándose en explosiones y cuadernos enteros arrojados a la basura, Laura Beth empezó a sentir miedo.

No miedo de él, porque sabía que nunca la haría daño. Su ira nunca estaba dirigida a ella, sino hacia sí mismo. A su falta de concentración. A su incapacidad para capturar lo que quería. También vio la volatilidad como un aspecto más de su personalidad multifacética, muy parecida a la de su padre. Lo que le asustaba era que acabara rindiéndose y le pidiera que se marchara.

Solo pensarlo bastó para que se le encogiera el corazón.

El sábado después del desayuno, Laura Beth le sugirió que le esperara en el estudio. Él frunció el ceño y le preguntó por qué, pero ella se limitó a sonreír y salió a toda prisa del comedor.

Se peinó del mismo modo que lo había hecho la noche de la inauguración de la galería, se maquilló y se puso el vestido negro y los tacones que Constanzo le había regalado.

Cuando entró en el estudio, Antonio estaba de espaldas, así que respiró hondo, echó los hombros hacia atrás, alzó la barbilla y entró caminando despacio hasta la pared del ventanal.

Antonio la vio entrar sin decir una palabra, estuvo mirándola durante veinte segundos y tomó el cuaderno. No sabía si la luz era buena o mala, pero no se atrevió a moverse, y dejó que sus pensamientos vagasen a su antojo con la intención de adquirir esa mirada de añoranza de la que él tanto hablaba. Sabía que cuanto antes terminara el cuadro, antes se marcharía ella a casa, pero no le importó. Aquello ya no tenía que ver solamente con hacer algo importante en la vida, sino con él. Con poder ayudar a su hombre a recuperarse.

Su hombre…

Contuvo el deseo de cerrar los ojos. Él era su hombre. Lo sentía así en el centro de su ser. Y ella era su musa. Pero iba a dejarla marchar. Porque él ya había tenido a su mujer, al amor de su vida, y aunque Gisella hacía ya tiempo que había desaparecido, no quería otro amor.

Lo que sentía por él carecía de sentido.

Antonio dejó el lápiz cuarenta minutos después, y solo entonces cayó en la cuenta de que la había obligado a estar de pie inmóvil y en silencio más allá de lo razonable.

–Lo siento, cara.

Ella movió los hombros para desentumecerse y sonrió.

–No pasa nada. ¿Has conseguido lo que querías?

–Sí.

El deseo de besarla volvió a surgir con fuerza. No era solo su cara bonita y su brillante personalidad lo que le atraía, sino su generosidad. Durante casi una hora había permanecido de pie sin moverse, apenas un parpadeo. Aun más: había sido capaz de darse cuenta de lo que necesitaba cuando ni siquiera él mismo había sabido identificarlo. El vestido, el cabello, incluso los zapatos le habían devuelto las sensaciones que había tenido en la galería, y su instinto artístico no solo había cobrado vida, sino que lo había hecho con una potencia irrefrenable.

Porque ella había hecho las conexiones que él parecía incapaz de hacer.

–Gracias por pensar en ese vestido.

Ella levantó un poco el pie.

–Y no nos olvidemos de los zapatos y el peinado.

Lo dijo como si se tratara de algo sin importancia, pero una corriente soterrada de melancolía palpitó en su voz. Todo aquello era por él. Nada de cuanto habían hecho en aquellos diez días la iba a ayudar a ella. Seguía teniendo sus propios problemas.

Antonio se acercó y tomó sus manos. El miedo de tocarse, de volver a desear besarla, tenía que quedar a un lado. Estaba en deuda con ella.

–Estás preciosa. Déjame invitarte a comer.

–Qué tontería. No tienes por qué hacerlo.

–Insisto. Dame diez minutos para asearme un poco.

–De verdad: no es necesario que me des las gracias.

Él sonrió.

–Te dejo conducir.

Los ojos se le abrieron de par en par.
–¿Tienes el Jaguar?
–Tengo un Lamborghini.
–¡Dios! –exclamó, llevándose al pecho una mano–.
Imposible rechazar eso.
Con un gesto la invitó a precederle para salir del estudio, recorrieron el camino empedrado y Antonio subió a su habitación a cambiarse. Considerando cómo iba vestida ella, se puso unos pantalones beis de vestir y una camisa blanca sin corbata.
Cuando Laura Beth vio su coche, se le escapó un gritito de júbilo y a toda prisa se colocó tras el volante. Antonio le lanzó las llaves, que ella apresó al vuelo como un delantero zurdo de los Yankees. El motor cobró vida, metió la marcha atrás y lo sacó del garaje con cuidado, pero en cuanto llegaron a la carretera, pisó a fondo el acelerador.
El ruido del viento en el techo abierto hacía imposible la conversación, así que por gestos le indicó el camino a seguir. Al poco le hizo un gesto con la mano para que aminorara la marcha.
Entraron al pueblo más despacio, y el ruido del viento disminuyó, con lo que Antonio la oyó suspirar. Le complacía su elección de destino, un pueblecito con calles empedradas, viejas casas, vendedores ambulantes y cafés con terrazas en la calle.
–Aparca aquí.
Detuvo el coche en un espacio pequeño y bajaron.
El modo en que miraba su pueblecito no se parecía a ningún otro. Lucía una sonrisa de puro placer, pero no era la de una persona sorprendida por lo que veía, sino más como una mujer que había encontrado un lugar especial.
Asombrado por su excitación, le dio la mano para conducirla a la terraza de su restaurante favorito.
Pidieron ensaladas y ella se negó de nuevo a tomar pan.
–¿No se supone que debes ganar peso?
–Sí, pero no tengo que ponerme como un tubo de manteca.
Antonio se rio.
–Oírte hablar me recuerda mi infancia.
–¿Ah, sí?
–Sí. La gente con la que suelo tratar o habla italiano, o son peces gordos del mundo del arte, o eran empresarios del mundo de mi padre. Tú hablas como la gente corriente.
–Es que soy una persona corriente.
–Y la mayoría de las familias de acogida en las que estuve eran gente corriente.

Lo miró con dulzura.

–¿Fue duro?

Él negó con la cabeza.

–Tucker sí que lo pasó mal, pero yo creo que porque él estaba en Nueva York. Yo me crié en una pequeña ciudad de Pennsylvania. No conocer a mi padre me tenía un poco mosqueado, pero mis padres de acogida fueron siempre personas sencillas con buen corazón.

–Ya. Pennsylvania no es muy distinto de Kentucky.

Él se rio.

–Tu acento es un poco más gangoso.

–¡Oye! ¡Que me he esforzado mucho por deshacerme de él!

–Y casi lo consigues.

Laura Beth seguía mirando a Antonio bajo aquel cielo azul que parecía sonreírles. Una ligera brisa mantenía fresca la temperatura. El zumbido de la vida, de los vendedores ambulantes, los coches y los paseantes que charlaban, llenaba el ambiente de vida y energía. Comprendía bien por qué Tucker y Olivia se pasaban varios meses al año en Italia. Ella también lo haría si pudiera. Pero en unos días estaría de vuelta en su casa. De vuelta a sus raíces de vida sencilla. De vuelta al lugar al que pertenecía.

La emoción le cerró la garganta. No solo iba a echar de menos a Antonio, sino aquel mundo. Aquel país. El arte. Personas interesantes. El sol, caldeándolo todo.

Pero se tragó aquellos sentimientos. Ya había tomado la decisión de labrarse un futuro en la pequeña ciudad donde estaban sus orígenes, al lado de sus padres, porque también adoraba ese mundo. Le encantaban sus otoños fríos, los paseos en trineo en invierno y patinar sobre hielo. El amor de las personas que conocía. Un lugar tranquilo y modesto en el que poder criar a un niño.

Le parecía tan injusto tener que escoger… aunque, bien mirado, no tenía elección. Era más pobre que las ratas, de modo que querer vivir en dos mundos era el colmo de una mujer insensata. Era hora de poner en funcionamiento su buen juicio, y el mejor modo de hacerlo sería desviar aquella conversación que se centraba en ella.

–Háblame más de tu infancia –le pidió para cambiar de tema–. No. Cuéntame cómo te encontró Constanzo. Solo he oído algunos retazos de esa historia de labios de Olivia. Me gustaría oírtelo contar a ti.

Él sonrió y bajó la mirada al plato, ya vacío. Una camarera se les acercó y dijo algo en italiano antes de servir una segunda copa de vino y retirar el plato.

Antonio respiró hondo.

–Imagínate estar exactamente como tú estás ahora: sin un céntimo y en un avión con destino a otro continente, vendiendo un cuadro al mes para pagar el alquiler.

Ella suspiró.

–Suena muy romántico.

–¿Romántico? ¡Aterrador!

–Sí, pero por lo menos tú tenías algo con lo que negociar. Tenías cuadros que tu casero quería.

–No te pienses que era por puro altruismo. Estoy seguro de que se ganó una pasta conmigo.

–Es posible. De todos modos, tenías algo con lo que comerciar.

–Cierto. Una vez había comprado y pagado los lienzos y la pintura –movió la cabeza–. Hacía los trabajos más extraños, en un país que no conocía, mientras aprendía el idioma.

La brisa le movió el pelo y vio asomar el ala del dragón de su tatuaje, ofreciendo un contraste muy sexy al hombre tranquilo que tenía ante sí. Totalmente cautivada por el terciopelo de su voz y su sofisticación, realzada por la camisa blanca que acentuaba el oliva de su piel, apoyó el codo en la mesa y la cara en la mano.

–¿Y qué pasó?

Alzó la copa de vino.

–Constanzo negoció con Tucker para que encontrase el modo de que nos conociéramos.

–Entonces, ya sabía de ti, ¿no?

–Sí –asintió–, pero no sabía cómo hacerlo. No quiso saber nada de mi madre cuando ella fue a contarle que estaba embarazada, y desapareció en América sin tan siquiera decirle a su familia dónde iba. Se sentía tan humillada que no quiso que nadie la encontrara –hizo girar la copa entre los dedos–. Su familia ni siquiera sabía que yo existía, pero Constanzo sabía que en algún lugar del mundo había un niño que él había rechazado, y que encontrarnos no iba a ser fácil.

–Vaya…

–Entonces reclutó a Tucker, pero en realidad fue Olivia la que me echó el lazo al cuello.

–No entiendo.

–Tucker es como un elefante en una cacharrería. Muy parecido a mi padre. Olivia me llegó como persona, y conectamos de inmediato.

Sonrió. Se imaginaba a Olivia y a Antonio conectando sin problemas. Veía los signos de su unión cada vez que estaban juntos. Hasta que Antonio dejó de pintar, habían estado en sintonía total sobre su carrera. Conectaban como amigos, no como hombre y mujer.

–¿Y cómo te soltaron que eras el hijo perdido de un millonario?

–Al parecer, mi prima Maria ya se lo había imaginado antes –respondió, riendo–. Maria hace que un elefante en una cacharrería parezca un gatito doméstico por comparación, así que en lugar de correr el riesgo de que pudiera plantármelo en cualquier conversación, me lo dijeron ellos al acabar mi primera exposición aquí, en Italia.

Laura Beth hizo una mueca.

–Uf…

–Fue raro. Pero Constanzo había estado involucrado en la preparación de la exposición como mecenas desde el primer momento, y yo había tenido ocasión de ir conociéndolo, así que cuando me dijeron que era mi padre, en lugar de crear confusión, sentí como si todo encajara en su sitio.

La brisa volvió a soplar, y su mirada se perdió por la plaza, entre los turistas y los puestos callejeros.

–Eso está bien.

–¿Y tú?

Se volvió a mirarlo. Lo que ella pretendía preguntándole por su padre era mantener el tema de conversación alejado de sí misma.

–¿Yo?

–¿Hay alguna historia extraña en tu vida?

–A no ser que cuentes por extraña lo de quedarme embarazada, mi vida ha sido sencilla y sin complicaciones –se encogió de hombros–. Así soy yo: la simple y tonta Laura Beth.

–¿Alguna vez has pensado que ser sencilla, honrada y amable es bueno?

La respiración se le volvió trabajosa. Por eso se estaba enamorando como una loca de aquel hombre. Porque la hacía sentir especial. Y ella deseaba de tal manera ser especial para alguien que devoraba sus cumplidos como si fueran helados.

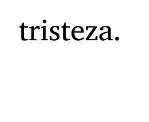
–Antes sí que lo creía.

–Pues deberías volver a creerlo.

Tomó su mano y ella se quedó helada. Cuando le tocaba sentía como un latigazo de excitación y de complacencia. Era algo natural. Como si ambos hubieran sido creados para tocarse, para amarse, para conversar.

–Para mí, eres maravillosa.

Si aún le quedaba un rinconcito que no hubiera sido conquistado, lo hizo con aquellas palabras. Y de pronto una incontestable verdad se le presentó ante los ojos. No se estaba enamorando de Antonio, sino que ya lo estaba por completo. Tan enamorada de él que, cuando tuviera que marcharse, su corazón quedaría reducido a un charco de


tristeza.

Capítulo Diez

Mientras aquella noche se preparaba para irse a la cama, volvió a hacer frente a la realidad. Estaba perdidamente enamorada de Antonio, y creía que él lo estaba de ella también, aunque no como había amado a Gisella, sino de una forma más reposada, más serena.

Pero no quería amarla. Veía la duda latir en sus ojos cada vez que apartaba las manos, cada vez que se alejaba de ella, que daba la vuelta en lugar de besarla. Su esposa había muerto, pero seguía muy viva en su corazón. Si la quería a ella, y estaba en la certeza de que así era, no sería del mismo modo en que Tucker adoraba a Olivia o Ricky a Eloise, sino de un modo más tranquilo, más sereno, la segunda mujer en reinar en su corazón.

Dejó que ese pensamiento empapara su ser porque dictaría todas las decisiones que tomara desde aquel momento hasta el instante en que subiera al avión y abandonara aquel hermoso lugar.

Podía intentar obligarle a admitir sus sentimientos, ofreciéndole a cambio la única cosa que de verdad deseaba: recuperar la capacidad de pintar. Podía ser su musa.

Así se lo ganaría. Se ganaría un lugar en su corazón.

Pero aun llegado el caso de que le pidiera matrimonio, siempre sería una segundona.

¿Lograr el objeto de su amor, conseguir estar con el hombre al que adoraba, sería suficiente para hacerla olvidar el hecho de que nunca llegaría a ocupar el primer lugar en la vida de nadie?

Antonio se negó a trabajar el domingo, así que tuvo que llegar el lunes para que volvieran al estudio. Laura Beth se vistió con su vestido negro, se calzó los zapatos de tacón, se recogió el pelo y se maquilló.

–Hoy es el día en que te voy a poner en un lienzo –le dijo él mientras avanzaban por el camino empedrado.

Ella se rio.

–¿En serio? ¿Así, todo seguido?

–Haré un ligero boceto a lápiz y a partir de ese momento ya no necesitarás posar todos los días. Solo si me olvido de algún detalle.

–Suena bien.

Más bien, al contrario. Era el principio del fin. Aun así, mantuvo la sonrisa en su sitio mientras él elegía lienzo, lápices y se ponía manos a

la obra.

Pero sus primeros intentos de dibujarla le hicieron murmurar. Tomó fotografías digitales para estudiar la luz, el ángulo de su cabeza, los hombros y el torso. Pero nada le complacía. A mediodía, se sentía frustrado y decidieron dejarlo.

El martes, de la frustración pasó al enfado. Había dibujado muchas versiones de ella; incluso había logrado capturar la expresión de los ojos que tanto buscaba, pero ninguno de esos dibujos en el lienzo conseguían reflejar lo que él quería mostrarle al mundo.

El miércoles, Laura Beth intentó hablar. Y si se le movía la cara, ¿qué? De todos modos, no estaban llegando a ninguna parte. Y cuando le hablaba, solía relajarse. Pero aquel día no consiguió nada.

Cuando le vio pasar el borrador sobre algunas líneas que había trazado, pensó que lo que de verdad quería de la vida, el recuerdo que quería atesorar en su corazón para demostrarse que aquel tiempo había significado algo, era arrancarlo de las garras de aquella rabia, del temor que lo atenazaba impidiéndole volver a pintar. Y estaba fracasando.

Decidió preguntarle por Constanzo para que se relajara hablando de su padre, del éxito de su primera exposición y de su rápido ascenso en el mundo del arte. Pero con un suspiro quitó del caballete el lienzo de la mañana y lo lanzó por la puerta de atrás como si fuera basura.

¿Habría tenido que contemplar su dulce y maravillosa Gisella alguno de aquellos arrebatos de cólera? Nunca habían hablado de su mujer, ni tratado aunque fuera de pasada la verdadera razón por la que ya no pintaba. Y de pronto vio que había sido un error, porque estaban intentando poner una venda sobre una herida abierta. Había conseguido hacerle volver al estudio siendo una mujer a la que quería pintar, pero ¿y si eso era solo la mitad de la batalla? ¿Y si necesitaba hablar con alguien de su dolor? ¿Y si era necesario que se enfrentase a la tristeza que llevaba dentro para poder recuperar su talento?

Le vio poner otro lienzo en el caballete y tragó saliva antes de pedir fuerzas para hacer lo que tenía que hacer.

–¿Es… es esto lo que te pasó cuando dejaste de pintar?

Él la miró por encima del marco.

–¿Perdón?

–¿Lo intentabas una y otra vez, para acabar tirándolo todo?

–Sí –respondió con aspereza.

–Háblame de ello.

–No.

Laura Beth suspiró.

–Mira, Antonio, entiendo que no puedes pintar porque perdiste al

amor de tu vida. Yo he perdido a un novio al que en realidad no le gustaba, y me ha dolido. Tú has perdido al amor de tu vida, y tienes que asimilarlo.

Su expresión pasó de la ira a la confusión. Abrió la boca para hablar por lo menos dos veces, pero ninguna lo hizo.

–¿Qué?

Le vio humedecerse los labios antes de volver la cara.

–Nada.

Tenía que conseguir que admitiese que había dejado la pintura porque, sin su esposa, el arte no tenía sentido para él. Necesitaba pronunciar esas palabras, sacarlas a la luz para poder enfrentarse a ellas.

–¿Cómo que nada? Es algo. Cuéntamelo.

–No quiero hablar de ello.

–Mira, esto de que pose para ti… es para que tú puedas recuperar tu magia. Pero estamos atascados –se miró el vestido y los tacones y sonrió–. La última vez te ayudé recreando el aspecto que te inspiró en un momento dado, pero ahora tengo la sensación de que es tu mujer, el amor de tu vida, lo que te está bloqueando. Creo que no me equivoco, y que necesitas hablar de ello.

Dejó caer el lápiz sobre la superficie de metal de la mesa, se pasó una mano por la frente y sonrió.

–No.

Pasó un minuto en completo silencio, pero luego recuperó el lápiz y comenzó a trazar líneas en el lienzo.

Laura Beth cayó en la cuenta de que, al haberse enamorado de él con aquella celeridad, se había olvidado de que guardaba un tremendo dolor. Quizás fuera ella quien debiera dar el primer paso.

–Creo que no te he dicho que lo siento.

Él la miró.

–¿Qué sientes?

–La muerte de tu mujer –dijo, despacio. Obligarle a hablar de ella era lo correcto, pero dolía. Gisella era la razón por la que nunca la querría–. Era muy hermosa.

Él volvió su atención al lienzo.

–Sí.

Ella tragó saliva.

–Una mujer muy especial.

Antonio no dijo nada.

–Por favor… creo que necesitas hablar de ella.

–No.

–Mi abuela me dijo en una ocasión que lo peor de perder a su

marido fue que, después de unas semanas de su fallecimiento, la gente dejó de hablar de él. Ella quería recordarlo, mantener vivo su recuerdo, y la gente parecía haberlo olvidado.

–Laura Beth, por favor, basta.

–Solo quiero que sepas que puedes hablar de ella conmigo.

Se apartó bruscamente del cuadro y la miró entrecerrando los ojos. La irritación le llegaba a ella en oleadas.

–¿Quieres dejar el tema, por Dios?

No dijo una palabra más. Esperaba que no sintiera deseos de hablar de Gisella, pero no se esperaba que fuera a enfadarse.

–Lo siento. Solo quiero que lo consigas cueste lo que cueste. Quiero que puedas volver a pintar.

Antonio apretó el lápiz en la mano. Se daba cuenta de que quería ayudarle a relajarse del modo que a ella le parecía más lógico, pero obviamente no podía saber que sus comentarios acerca de su mujer le estaban haciendo más mal que bien.

Pero no era culpa suya. Nadie conocía su verdadera historia, la razón de su dolor, y aunque estaría dispuesto a dejarse matar antes que admitir sus fracasos, por lo menos debería hacerle saber que no era culpa suya.

–Mira, mi mujer no era… lo que todo el mundo pensaba.

–Vale.

Una sola palabra llena de angustia. Cómo detestaba oír ese desprecio por sí misma. Y todavía más saberse responsable de ello. No podía contarle toda la historia, pero iba a tener que sugerir algunos hechos para que dejara de sentirse así.

–No estoy enfadado contigo, pero es que no he hablado de mi mujer con nadie.

–Sigo pensando que deberías hacerlo.

Él se sonrió de medio lado.

–Sinceramente, carísima, no sé qué podría contarte.

–¿Qué tal si pruebas con la verdad?

La verdad la escandalizaría, pero el lápiz parecía haber empezado a moverse con eficacia. La imagen que estaba capturando era perfecta. Su visión. Exactamente lo que quería.

No podría decir si era la pose, o la distracción de estar hablando, o incluso la intensidad del tema, pero su mano estaba trabajando con fluidez. Y no podía romper el hechizo.

–Ojalá pudiera contarte la verdad.

Al tiempo que pronunciaba aquellas palabras, la imagen que tenía

ante sí comenzó a cobrar forma, y algo dentro de su pecho se aflojó. ¿Y si tenía razón? ¿Y si necesitaba hablar de su mujer para dejar salir la ira que llevaba dentro?

El lápiz se detuvo y miró a Laura Beth. Podía necesitar hablar, sí, pero ¿estaría ella, o cualquier otra persona, preparada para oír lo que tenía que contar?

–La historia de mi matrimonio no es una historia feliz.

Ella frunció el ceño, y la mirada que había estado intentando captar apareció en sus facciones, llenó sus ojos. Un anhelo tan intenso que cambiaba su expresión por completo.

El lápiz volvió a moverse con rapidez, casi con desesperación.

–¿No erais felices?

–¿Hay alguien que lo sea de verdad?

–No hables en abstracciones cuando sabes la verdad. Olivia y Tucker lo son. Eloise y Ricky también, así que sabes perfectamente lo que es la felicidad, sabes qué cara tiene, de modo que puedes decirme si lo erais o si no.

Absorto en su trabajo, más agradecido que ansioso por la conversación, contestó:

–Entonces no lo éramos.

–Lo lamento –dijo, e hizo una breve pausa antes de continuar–: ¿Quieres contarme lo que ocurrió?

Mientras el lápiz captaba los detalles que hacían de Laura Beth quien era, sopesó sus opciones, la luz que entraba por el ventanal confería a aquella habitación un aura casi sagrada. Un lugar y un momento en el que podía ser sincero. Habiendo sufrido el abandono por parte del padre de su hijo, si alguna persona podía comprender su situación, era ella.

Y si decirle la verdad era lo que necesitaba para desprenderse de los demonios que lo atormentaban, que así fuera.

Fue directo al grano, sin andarse buscando las palabras, pero tan sincero y abierto como se lo había pedido.

–Mi mujer me engañaba, se quedó embarazada de mí y abortó.

Unas palabras que sonaban tan sencillas y tan razonables en su pensamiento fueron como un golpe al pronunciarlas. Su mujer se había deshecho de su hijo. Y ahora las palabras habían quedado flotando en el aire, al descubierto.

Apretó los ojos con fuerza y se pasó una mano por la frente. ¿Qué estaba haciendo?

Oyó el sonido suave de un tejido. Laura Beth estaba a su lado.

–Cuánto lo siento.

Un mechón de cabello se había escapado del moño y colgaba junto a su rostro, y sus ojos verdes estaban llenos de compasión.

–No debería habértelo contado.

–¿El qué? ¿Que tu matrimonio no funcionaba?

–Que mi matrimonio era una mentira. Y yo, un idiota.

Se acercó un poco más.

–Todo este tiempo yo creía que estabas de luto por ella. Todo el mundo ha achacado a su muerte tu tristeza de estos años.

–Pero no por ella, sino por mi hijo. Para el mundo mi mujer era un icono, pero yo he vivido la verdad. Era un ser narcisista, que hacía cuanto hacía no por amor, ni por compasión, sino para parecer importante –la miró a los ojos–. Estos años me he sentido atrapado. No podía contarle al mundo quién, o mejor qué era mi mujer, y al mismo tiempo no podía seguir adelante con la mentira.

Su expresión se suavizó.

–Ay, Antonio…

Echó mano de un trapo para limpiarse las manos.

–Deberías hablar de esto con Olivia. Ella sabe bien lo que es verse obligada a vivir una mentira.

Él negó con la cabeza.

–No quiero que se sepa.

–Yo lo sé.

Sonrió de medio lado.

–Y ya que has empezado –continuó–, a lo mejor deberías seguir adelante y quitártelo de encima de una vez por todas.

Su mirada sincera le parecía un faro en la oscuridad, y volvió a sentir que algo se le aflojaba en el pecho. Tenía razón. Había empezado la historia. Debía terminarla.

–Un año después de casarnos, organizó un viaje para una de sus organizaciones benéficas. Había perdido el itinerario que me dejó, así que encendí su ordenador para buscarlo, y lo que encontré fue otro idéntico pero para un hombre. Tenía una explicación que ofrecerme, por supuesto, así que me sentí como un idiota por haberla acusado.

Se levantó del taburete.

–Esa acusación fue como una espada de Damocles que pendía sobre mi cabeza cada vez que cuestionaba algo que hiciera o que dijera. Bastaba que ella me recordase lo mal que me había sentido por haber cometido ese error para que diera marcha atrás. Durante meses fui tragándome sus mentiras una detrás de otra. Fotografías de ella con un hombre comenzaron a aparecer de continuo en las revistas. Yo veía cómo se sonreían, percibía su intimidad, hasta que por fin llegué a enfadarme tanto que volví a encender su ordenador y a buscar en él.

Entonces fue cuando me enteré de lo del aborto.

–Lo siento, Antonio.

–Ella me lo negó, pero le dije que había visto la cita en su calendario, y el cheque con el que había pagado la clínica, a lo que me contestó que su vida eran sus organizaciones benéficas, y que no quería que nada ni nadie pudiera apartarla de ello. Que no estaba hecha para ser madre, a lo que yo exploté diciéndole que yo quería ser padre, y ella se echó a reír. Fue entonces cuando supe que nuestro matrimonio se había terminado – lanzó el paño sobre la mesa–. Mi mujer era incapaz de amar a nadie tanto como a sí misma. El hecho de que ni siquiera me diera la opción de opinar sobre su embarazo demuestra que nunca pensaba en nadie más que en sí misma.

–No sé qué decir. Lo siento de verdad.

–No tienes por qué. Por lo menos me enseñó algunas lecciones de valor, como que la gente cambia, y que el amor no dura. Y que no se debe confiar en nadie.

La estancia quedó sumida en el silencio. Antonio oyó el clic clac de sus tacones. Cuando se volvió, estaba detrás de él.

–No te merecía –dijo, y él se echó a reír–. Lo digo en serio.

–Tengo mis defectos.

–Pues claro que los tienes, pero sigo pensando que eres especial. Maravilloso –añadió, mirándolo a los ojos.

La atracción magnética de sus ojos verdes de mirada inocente le fue empujando hacia ella. Un centímetro. Otro más. La tenía tan cerca de las manos que pudo ponerlas sobre sus hombros. Su boca estaba tan cerca que podía besarla en los labios.

Como si el pensamiento engendrase la acción, se acercó y la besó en la boca. Ella también se acercó. Sus labios eran cálidos y dulces, y lo besaba respondiendo lentamente a los movimientos de su boca, como dudando, pero enseguida desaparecieron las dudas y su beso le habló de sinceridad, de sumisión. Un cambio en su modo de sentirle, en el modo en que se relacionaba con él. Estaba dando el paso que separaba la amistad de mucho más.

Capítulo Once

Laura Beth se rindió a la urgencia de los labios de Antonio y desesperada, temblando de necesidad, se apretó contra él.

No estaba llorando a su esposa, sino deseándola a ella. Podía ser el amor de su vida.

Pero no confiaba en ella.

El móvil comenzó a sonarle en el bolsillo y Antonio se separó sin dejar de mirarla a los ojos.

El teléfono siguió sonando.

–Ese tono es de Bernice, la asistente de mi padre. Solo llama si hay una urgencia.

–Deberías contestar –susurró.

Como quien está en trance, Antonio asintió y sacó el móvil.

–¿Bernice? ¿Qué ocurre?

Había conectado el altavoz y la voz de la asistente de Constanzo atronó en la estancia.

–¡Antonio! ¡Es horrible! ¡Horrible!

Laura Beth se separó un poco. La cabeza le daba vueltas. La verdad sobre su vida, sobre su matrimonio, le había afectado sobremanera, y al mismo tiempo le daba esperanzas, aunque ¿cómo construir una vida junto a un hombre que no podía confiar?

–Cálmate, mujer, que entre los dos arreglaremos el desaguisado que haya podido hacer mi padre.

–No se trata de eso –sollozó–. La ambulancia acaba de marcharse con tu padre. Creo que ha tenido un infarto.

–¿Un infarto? –repitió, dejándose caer en una silla.

Laura Beth se quedó sin aliento, y todos las demás preocupaciones se desvanecieron.

–¡Corre, ve al hospital! –se dirigió de inmediato a la puerta–. Tú me dices por dónde y yo conduzco.

Antonio echó a correr hacia la casa en busca de las llaves.

–¡Conduzco yo!

Ella tomó la dirección del garaje y ambos montaron en el Lamborghini.

Cuando por fin llegaron a un edificio con paredes de estuco, arcos de medio punto y decoradas columnas, saltaron del coche y entraron a toda prisa.

Se dirigieron de inmediato al mostrador de información, y a pesar de que tanto Antonio como la enfermera habían hablado en italiano,

Laura Beth comprendió bien lo que decía; había señalado la zona de espera.

–No podemos verlo –le dijo Antonio.

–¿No?

–Aún no han dicho que esté estable.

El corazón se le encogió y el miedo la paralizó. No podía imaginarse un evento de los hijos de Tucker y Olivia sin la presencia de Constanzo Bartulocci, el hombre alegre y dicharachero que todo el mundo consideraba como un tío querido.

Tiró suavemente del brazo de Antonio y se sentaron. Él le dejó hacer, y ella le dio la mano para que supiera que no estaba solo.

–Mi padre y yo casi no hemos hablado desde que volvimos de Barcelona. Me dijo que sentía habernos manipulado, pero no quiso hablar de nada más. No hemos vuelto a vernos desde entonces.

–Hemos estado ocupados –justificó, con una sonrisa.

Antonio apoyó la cabeza en la pared y se pasó la mano por la boca.

–Tendría que haber vuelto a verlo. Tendría que haberle obligado a hablar de esa discusión, o al menos haberle hecho saber que no estaba enfadado –suspiró–. ¿Por qué nos peleamos tanto?

Le apretó la mano. Bastaba con oírle hablar con ella, con analizar la naturaleza de las cosas que le contaba, para darse cuenta de que sí confiaba en ella. Podía ser que no se diera cuenta, pero así era.

–Es el modo de demostrar el amor.

–Ya. O es que me odia.

–Tu padre no te odia. Si no te quisiera, no se preocuparía por ti hasta el punto de meterse en tus cosas.

Antonio cerró los ojos.

–Eso lo hace constantemente.

–Sí, pero con buena intención. Estoy segura de que Tucker y Olivia se alegraron de que los obligara a venir juntos a Italia en tu busca.

–Menudo casamentero –sonrió.

–Mucha gente se alegraría de que su padre se dedicara a buscar la felicidad de otras personas.

–Yo me siento orgulloso de él –suspiró–. Ojalá se lo hubiera dicho.

Laura Beth le apretó la mano. –Estoy segura de que lo sabe.

–¿Lo ha deducido de mis gritos?

–Lo ha deducido porque sois sinceros el uno con el otro – pensó en sus padres y añadió–: Ojalá pudiera ser yo tan abierta con mis padres.

–¿No lo eres?

–Temo su reacción. Pero Constanzo y tú no os ocultáis nada importante. Aunque a veces alcéis un poco la voz.

Antonio la miró con dulzura.

–¿Has llamado a tus padres?

–Sí. Una vez. Para decirles que estaba en Italia.

–¿Por qué no se lo habías dicho?

–Supongo que en el fondo me da miedo lo que vayan a decir. Ellos querían que fuese médico o abogado, y que pusiera una consulta allí, en Kentucky. Pero yo quería algo más.

–¿Algo más?

Sabía que con aquella conversación estaba logrando distraerle, así que decidió ser sincera y continuar con la conversación.

–Eso es lo peor: que ni siquiera podía contarles qué me gustaba hacer. Lo único que podía decir era que tenía dentro la sensación de que iba a hacer algo maravilloso con mi vida.

–Pero no podías decirles qué.

–No. Y ahora resulta que tengo formación universitaria pero no la posibilidad de encontrar trabajo.

–Ya sabes que Tucker tiene un trabajo para ti.

–Pero ¿y si resulta que no? No hay muchos trabajos para Tecnología de la Información en Starlight, Kentucky, así que terminaré siendo la secretaria de alguien. Volveré a casa como una fracasada embarazada.

–Hay quienes considerarían un niño como una bendición – respondió, despacio.

Ella tragó saliva. Atrapada en la luz intensa de sus ojos oscuros, casi podía leerle el pensamiento. Había perdido a su hijo porque su mujer solo pensaba en sus propias necesidades. Él mismo había nacido de una mujer soltera, producto del mismo tipo de error que el que ella había cometido, y era importante que supiera que ella no consideraba a su hijo un error.

–Mi bebé es una bendición. No sé por qué me quedé embarazada, pero creo en la providencia y sé que este niño tiene un destino.

–Ya. ¿Y si ese destino es barrer las calles?

–El destino es mucho más que un trabajo.

–Eso deberías decírtelo a ti misma de vez en cuando – espetó–. Te preocupa tanto carecer de una licenciatura en Medicina o en Leyes porque tus padres puedan considerarte una fracasada… ¿Y si tu destino es ser la madre de un cirujano que tenga en sus manos un maravilloso avance en medicina, o el arquitecto que construya la siguiente Capilla Sixtina?

Laura Beth sonrió.

–Entiendo.

–Incluso si su destino no es la gloria, si solo es el de barrer las calles, seguirá siendo importante.

–Lo sé –replicó, apretando la mano de Antonio–. Siempre he sentido en mi interior una ternura especial ante la idea de ser madre. No pienso defraudarle.

Antonio volvió a pasarse la mano por la cara. Aunque la conversación le había distraído unos minutos, su nerviosismo volvió a hacerse patente.

Un médico con pantuflas verdes se acercó al mostrador, y la enfermera señaló a Antonio, que se puso en pie al ver que se le acercaba. No había soltado la mano de Laura Beth.

El médico comenzó a hablar en italiano, pero Antonio le interrumpió.

–¿Podría hablar en inglés por mi amiga?

–Mi inglés no es perfecto –sonrió–, pero creo que bastará. Su padre ha sufrido un ataque al corazón de carácter leve, pero le estamos haciendo algunas pruebas. Si todo va bien, en unos días podrá irse a casa con un tratamiento.

–¿Y si no va bien?

–Seguramente habría que hacerle un bypass. Y ponerle a dieta.

Antonio movió la cabeza.

–Entonces, espero que tenga suerte. ¿Podemos verlo?

–Sí. Dentro de unos minutos saldrá para hacerse algunas pruebas.

Los dos, agarrados de la mano, entraron en su box, pero desde el pasillo ya pudieron oír el vozarrón de Constanzo quejándose de lo dura que era la cama y de que quería un sándwich.

–Tanto sándwich es lo que te ha traído aquí –replicó Antonio, apartando la cortina.

Seguramente agradecidas por la reprimenda, las enfermeras salieron.

–¡Laura Beth! –se sorprendió, mirándola con afecto–. He estado a punto de estirar la pata. Dile a mi hijo que sea amable conmigo.

Ella se echó a reír, pero al mismo tiempo tuvo una sensación extraña. En un momento como aquel, tan íntimo entre padre e hijo, no se sentía fuera de lugar, sino más bien al contrario. Y aun más: que Antonio siguiera dándole la mano, que siguiera pidiéndole consuelo de esa forma, le parecía perfecto.

Ninguno de los dos lo había dicho en voz alta, pero se querían. No del modo en que habían amado a Bruce o a Gisella, pero con una intensidad honda y firme.

Ella era el verdadero amor de su vida, y él el suyo.

Y en cuanto Constanzo mejorase, iba a demostrárselo.

Estando Constanzo ingresado, con sus médicos privados atendiéndole y con una buena batería de pruebas esperándole, el nivel de estrés de Antonio comenzó a descender, y cuando salieron del hospital, el sol ya se había puesto. Hacía más fresco, pero no tanto como para tener que ponerle la capota al Lamborghini.

Después de la conversación que habían tenido, de haber confesado él la verdad sobre Gisella y ella sobre la razón que la había empujado a huir a Italia, se sentía mucho mejor. Más fuerte.

Nunca volvería a permitir que alguien se le acercara demasiado, al igual que Laura Beth no volvería a dejarse engañar por un hombre. Criaría a su hijo en su ciudad natal y sería feliz con él.

No le costaba trabajo imaginársela en una casa grande, con una hermosa cocina y un jardín con césped donde jugar. La visión le hizo sonreír, pero no duró mucho. Su hijo tendría tres años ya, un pequeñín al que enseñar y mimar. Que haría reír a Constanzo. Que crecería y llegaría ser basurero o médico, daba igual. Tendría seguro el corazón de su padre.

Metió el Lamborghini en el garaje sintiendo un indescriptible dolor, y aunque era ya tarde, Rosina les esperaba en la puerta de la cocina.

–¿Cómo está el señor Constanzo?

–Está bien.

La pobre mujer se llevó la mano al pecho.

Qué absurda era su vida, que estéril. El servicio era para ellos la familia, porque en realidad estaban apartados del mundo real. Dinero. Talento. Fama. ¿Qué más daba? Lo que él quería era a su hijo.

–¿Preparo unos sándwiches y me lo cuenta todo?

Estuvo a punto de contestar que no. Lo que quería era estar solo para lamerse las heridas, para rugir de rabia. Pero una mirada a Laura Beth le recordó que tenía responsabilidades, no solo para con su invitada, sino para con Rosina, que quería información.

–Bien.

Laura Beth se acomodó en uno de los taburetes que había en la isla central, y mientras Rosina los preparaba, le contaron todo lo que había dicho el médico. Ya más tranquila y con su trabajo hecho, la mujer se retiró a sus habitaciones.

–Le gusta.

–¿Qué?

–Cuando tu padre volvió a casa la noche que él y yo volamos a Barcelona, vi que intercambiaban miradas, y tuve la impresión de que fue ella quien lo llamó para decirle que yo estaba aburrida y sin nada que hacer. Ahora me pregunto si no habría más.

–Es decir, que mientras yo creía que el único metomentodo de mi vida era mi padre, resulta que había dos, ¿no?

–Los árboles no te dejan ver el bosque –protestó ella con una sonrisa–. Creo que tu ama de llaves está enamorada de tu padre.

–Pues pobre Rosina –murmuró.

–¿Por qué? Tu padre es un tío genial. Creo que Rosina y él harían buena pareja.

–Y yo la compadezco si piensa que eso puede llegar a hacerse realidad en algún momento.

Tanta negatividad le sorprendió. Siempre había sabido que era un hombre herido, pero ahora sabía que ya no amaba a su mujer mucho antes de su muerte. Y algo en aquella situación parecía estárselo recordando todo.

–¿Crees que no querría saber nada de ella por su clase social? –preguntó con cuidado–. ¿Porque es el ama de llaves?

–Porque mi padre tiene setenta años y jamás ha levantado el pie del acelerador. La única mujer que podría haberle echado el guante con su embarazo, es decir, mi madre, la echó de su vida. Si está enamorada de él, acabará con el corazón destrozado.

Se acabaron la cena y el silencio se apoderó de la cocina. Laura Beth pensó en el estudio, en el beso que se estaban dando cuando Antonio recibió la llamada. Estando Constanzo fuera de peligro, ¿seguirían donde lo habían dejado?

Antonio tomó su mano.

–Debes estar cansada.

–La verdad es que hoy no he tenido tiempo de pensar en ello.

Sus miradas se cruzaron, él sonrió y ella casi pudo oír la pregunta que quería hacer: «¿Vienes a mi habitación?».

Deseaba ir con él, entregarse, borrar su dolor.

Esperó a que hiciera la pregunta, y vio que sus ojos se oscurecían mientras la miraba.

Pero le soltó la mano y dijo:

–Nos vemos mañana.

No entendía nada. Había confiado en ella de muchos modos, con lo que hablarle de lo que le pasaba aquella noche no tendría que resultarle difícil. Deberían irse juntos a su habitación para charlar, para hacer el amor. Y lo que había decidido era alejarse.

Se detuvo en la puerta y se volvió.

–A Constanzo tienen que hacerle pruebas por la mañana. ¿Te parece que pasemos unas horas en el estudio antes de ir al hospital?

El estudio. Allí había conseguido que le hablara de su mujer. Fuera cual fuese la causa de su tristeza, allí conseguiría animarlo.

A la mañana siguiente, después de desayunar, Laura Beth se enfundó su vestido negro y sus tacones. El comedor estaba vacío cuando bajó, así que se dirigió al estudio.

Lo encontró colocando pinceles y pinturas, así que se dirigió directamente al taburete.

–¿Preparada? –preguntó, asomándose desde detrás del lienzo–. Ah, ya veo que me has tomado la delantera.

Laura Beth sonrió, aunque aquello era un poco extraño. ¿Cómo era posible que el día de antes estuviera tan triste, y en aquel momento casi feliz?

–¿Pasa algo?

–No. Me gustan las mujeres entusiastas.

Estaba intentando parecer despreocupado, pero ya se conocían lo suficiente como para que ella percibiera tensión en su voz, y que ese detalle precipitara sus temores.

–¿Podrías estirar una arruga que tienes en la espalda del vestido?

Ella asintió e intentó estirarlo, pero no pudo.

–Espera, te ayudo.

Se acercó, le apartó el pelo y cuando ella sintió que le rozaba la piel, un estremecimiento le recorrió el cuerpo entero. Se volvió a mirarlo, y sus manos se quedaron quietas.

–Eres preciosa.

Esa era la clave. La verdad que había entre ellos. La encontraba preciosa porque la veía como ningún otro hombre la había visto antes, y su mirada la hacía libre, la transformaba en la mujer que ella quería ser.

–Tú también lo eres.

Con un movimiento seguro y cálido, le rodeó la cintura y la hizo volverse.

Ninguno quería moverse. Solo lo suficiente para que sus bocas se encontraran en un roce de deliciosa pasión. Ola tras ola de deleite le humedecieron el cuerpo mientras duró su beso. Y cuando creía que iba a separarse, lo que hizo fue buscar su cuello e ir recorriéndolo con los labios húmedos.

Ella se estremeció y cerró los ojos.

–Te quiero.

Aquellas palabras brotaron con toda naturalidad, pero no le sorprendió que Antonio se detuviera. Era el punto al que llevaban

semanas encaminándose. Abrió los ojos y sonrió, expectante, pero en lugar de pasión, o de amor, lo que vio en sus ojos fue dolor.

–Pero yo no.

Durante treinta segundos permaneció escuchando el silencio, pero cuando la realidad de lo que le había dicho se abrió paso en su pensamiento, sintió un indescriptible dolor irradiarse a cada parte de su ser. Estuvo a punto de decirle «No te creo», pero maldijo aquellas palabras. ¿Cuándo iba a aprender que ella era Laura Beth Matthews, una chica corriente, ajena al glamour de Eloise, o a la intensidad de Olivia?

–Entiendo –murmuró, apartándose de él.

–Yo creo que no.

Fue a tocarla, pero ella le apartó la mano. Gracias a Dios que aún le quedaba orgullo.

–Te entiendo muy bien. Más de lo que tú te crees –respiró hondo para contener las ganas de gritar, o de llorar, o lo que fuera a hacer en cuanto no lo tuviera delante–. Ve a ver a tu padre.

Él dio un paso atrás, confundido.

–Creo que los dos necesitamos un poco de tiempo para enfriarnos antes de volver a la pintura –continuó, obligándose a mantener la sonrisa en su sitio. Contempló sus facciones aristocráticas, su cabello negro y salvaje, la línea de su mandíbula. Estaba memorizándolo porque aquella iba a ser la última vez que se vieran.

El dolor la atravesó de parte a parte, pero lo ignoró.

–Será mejor que rescates a las enfermeras.

Antonio se pasó la mano por la nuca.

–¿Qué estamos haciendo?

No podía decir qué hacía él, pero ella iba a marcharse. Antonio era un hombre brillante pero roto, y ella se había dejado atrapar por la trampa del amor creyendo que podría ayudarle, cuando estaba claro que era imposible.

–Necesitamos enfriarnos, y tu padre necesita que vayas al hospital –se irguió a pesar del temblor de los labios–. Necesito tiempo.

–Siento que…

–No me lo pongas más difícil –le cortó–. Estoy bien. Solo he malinterpretado lo que estaba pasando entre nosotros. Son cosas que pasan –se encogió de hombros–. Y que tú te vayas a ver a tu padre es el mejor modo que hay de que me des tiempo.

Se le encogió el corazón al verla salir del estudio a toda prisa, pero no hizo nada por impedirlo porque era por su propio bien. Él era un

hombre amargado y herido que seguía de luto no por una esposa que le había engañado, sino por el hijo perdido. De ningún modo debía atarla a él, y todavía menos contaminar la experiencia del nacimiento de su primer hijo con sus heridas y sus lamentaciones.

Capítulo Doce

En menos de una hora, Bernice le había tenido listo el avión de Constanzo, y durante el vuelo, sin nadie que pudiera verla u oírla, Laura Beth claudicó ante el dolor y se dejó vencer por el llanto.

Llegó a casa de sus padres poco antes del amanecer, conduciendo un coche de alquiler. Entró con su llave y fue directa a la cocina a preparar café y tortitas. Tal y como esperaba, el olor despertó a sus padres y a sus dos hermanos.

Mientras intercambiaban abrazos, tragó saliva. No quería estropear el reencuentro, pero había llegado el momento de aceptar su destino y de hacer lo que había que hacer.

Cuando las tortitas estuvieron servidas, anunció:

–Tengo noticias.

–Que te quedas en Italia –intentó adivinar el hombretón que era su padre.

–No. Lo de Italia se acabó. He vuelto a casa para quedarme. El hombre que me contrató me ha pagado una generosa indemnización –explicó. Lo había descubierto al usar su tarjeta de crédito en el aeropuerto–, y puedo comprarme una casa aquí.

Su madre se llevó las manos al pecho.

–¿Vas a quedarte?

–Sí, mamá.

–Cariño mío… nos encanta la idea de que te vengas a vivir aquí con nosotros –dijo, mirando a su hija a los ojos–, pero tus miras eran mucho más altas. Querías hacer carrera. ¿Crees que vas a ser feliz aquí?

Las palabras de su madre fueron toda una sorpresa que le hizo tragar saliva para que la pena no aflorara de nuevo. Antonio tendría que quedar reducido a la categoría de secreto. Otro más.

–Sí –contestó sonriendo–. Voy a ser muy feliz aquí, porque voy a tener un hijo.

Sus padres no supieron qué decir.

–Estoy embarazada. Bruce no quiere casarse conmigo, pero eso no me preocupa. Yo tampoco lo quiero –una flecha le atravesó el corazón al pensar en el hombre al que sí quería, pero siguió adelante–. Y con la indemnización del señor Bartulocci, podré comprarme una casa y mantenerme hasta que nazca mi hijo. Luego tendré que reciclarme y hacer algún curso… de contabilidad, quizás, para encontrar un trabajo aquí –tomó la mano de su madre y la apretó–. Pero estoy convencida

de que todo va a ir bien.

–Quiero ver a Laura Beth.

Antonio sintió que el dolor le laceraba el corazón, pero se forzó a no mostrarlo. Al volver a casa el día de antes, se había encontrado su habitación vacía. Fue Bernice quien le dijo que se había marchado a Kentucky.

–Ha vuelto a su casa.

Constanzo pateó la ropa de la cama intentando ponerse cómodo, pero no lo consiguió.

–No me lo puedo creer. ¿Qué has hecho? ¿Qué le has dicho?

–Es curioso que des por sentado que es culpa mía.

–¿Es que no es así?

Respiró hondo. Sí que era así, pero no era asunto de su padre.

–Está embarazada –espetó.

Constanzo dejó de revolverse.

–¡Dios mío! ¿Cómo te he educado para que dejes marchar a la madre de tu hijo? ¿Es que no has aprendido nada de mis errores?

–El niño no es mío.

–¿Por eso tenía tantas ganas de venir a Italia?

Su hijo asintió.

–Necesitaba tiempo para pensar y un sitio donde recuperarse y decidir qué iba a hacer. Tú se lo ofreciste.

–Eso se me da bien.

–Eres un entrometido.

¿Cómo podía volver cualquier situación en su favor?

–¡Me anticipo! –exclamó, y luego respiró hondo–. Me vas a hacer pagar por ello hasta el fin de los días, ¿verdad? –¿El qué? ¿Qué te estoy haciendo pagar esta vez?

–Que te abandonase. Bueno, no. No me estás haciendo pagar por eso, sino por todo lo que te fue mal en la vida desde que tu madre murió.

¿Cómo podía decir algo así? Le concedía todos sus deseos. Cancelaba planes. Hacía planes por él.

–Eso es absurdo.

–¿Tú crees? Siempre mantienes las distancias. Me quieres, pero no me das amor.

–No me lo puedo creer… Estás en la cama de un hospital, recuperándote de un ataque al corazón, ¿y me echas la bronca?

Constanzo volvió a colocarse las sábanas.

–Pues sí. He estado a punto de estirar la pata. Eso te da claridad. Y

quiero que mi hijo me quiera y me respete, y no que me deje en la mesa unas migajas de cariño.

–Deberías haberlo pensado antes de echar a mi madre a patadas.

–¿Lo ves?

–¡No pienso seguir con esta conversación! Estoy cansado, preocupado, y me estás obligando a decir cosas que no quiero decir.

–¿Y por qué estás preocupado? Soy yo el que ha estado a punto de marcharse al otro barrio.

–¡No hay quien hable contigo! –se desesperó, alzando en alto los brazos.

–Lo único que tienes que hacer es quererme como a un padre, y no como a un enemigo al que no te queda más remedio que aguantar.

Antonio se quedó callado y Constanzo suspiró.

–Perdóname por no haber creído a tu madre.

Su hijo cerró los ojos.

–Y luego, perdona a Gisella por haber hecho lo que hizo.

–¿Qué? –preguntó, mirándolo.

–¿Creías que no lo sabía? Mi nuera presumía de sus aventuras en mis ciudades favoritas, ¿y crees que no iba a enterarme?

Antonio se frotó la cara con las manos.

–Llevas el peso de la traición como un talismán, algo que tienes miedo de quitarte por temor a que la mala suerte vuelva a cebarse en ti. Como yo no confié en tu madre, tú tienes miedo de confiar en mí. Y como Gisella te humilló, no confías en Laura Beth.

–Si fuera tan sencillo, creo que podría dejarlo atrás.

–Entonces, cuéntame qué parte es la complicada.

Respiró hondo antes de volver a hablar.

–Gisella estaba embarazada y abortó.

Su padre parpadeó.

–Oh.

–Y Laura Beth está embarazada. He llorado la muerte de mi hijo durante dos largos años, y me despierto todos los días pensando que debería tener un niño jugando en el jardín. No puedo tener a una mujer embarazada viviendo bajo mi mismo techo, y no es justo que sea la destinataria de mi ira cuando no es culpa suya.

–Cuánto lo siento, hijo…

–¿Por qué? No creo que lo entiendas, cuando dejaste marchar a mi madre y luego la olvidaste. Me olvidaste. ¿Cómo vas a poder comprender mi pérdida?

–Creo que ya es hora de que te cuente qué pasó de verdad con tu madre.

–No estoy de humor, padre.

–Pero ha llegado el momento de hacerlo. Si no cambias ahora, serás un caso perdido para siempre.

Miró atónito a su padre.

–¿Yo necesito cambiar?

–Escucha –se aclaró la garganta–. Salí con tu madre de rebote de otra relación.

Antonio frunció el ceño.

–Había perdido al amor de mi vida, y un día me encontré con tu madre en un club al que había ido con unos amigos. Charlamos, una cosa condujo a la otra y se vino a casa.

Antonio movió la cabeza. No estaba seguro de que aquello fuera a ayudarle.

–¿Fue un lío de una noche?

–Yo había estado enamorado hasta las trancas de una mujer que creía que también me quería, pero no era así. Ni siquiera había estado conmigo por mi dinero. Era una rica heredera que simplemente pretendía matar el tiempo, esperando a que llegase un hombre mejor.

–Entonces tú hiciste lo mismo con mi madre.

–Sí –admitió con una mueca–. Y después de unas semanas, me olvidé de ella. Poco después, vino a verme para decirme lo del embarazo, y yo creí que eran historietas. Un modo de volver conmigo o de vengarse.

–¿Y la echaste de tu oficina y la olvidaste porque estabas ocupado?

Constanzo asintió.

–Y aunque entonces me pareció bien, diez años más tarde de pronto me di cuenta de lo que había hecho. Si de verdad estaba embarazada, me había deshecho de mi propio hijo.

Antonio sonrió de medio lado.

–Te crees tan superior… pero mi pérdida no es muy diferente de la tuya –espetó su padre–. Cuando una persona recupera el buen juicio y se da cuenta de que ha tirado a la basura la verdadera oportunidad de ser feliz… –hizo una pausa hasta que su hijo lo miró–. Es más que dolor. A veces, puede matarte.

Antonio tragó saliva.

–¿Quisiste a Gisella?

–Durante un tiempo, sí.

–¿Y ese amor se acabó?

–No estoy seguro de que ella sintiera lo mismo.

–¿Y te crees un idiota por eso?

Respiró hondo.

–Eso no me importa nada frente al dolor que siento por mi hijo.

–¿Y no te das cuenta de que se te ofrece una segunda oportunidad?

Porque tú quieres a Laura Beth.

Antonio negó con la cabeza.

–Es una mujer fantástica. Demasiado buena para arrastrarla al pozo en el que vivo.

–¿Un pozo? ¡Ja! Ahora eres tú el que no se atreve a llamar a las cosas por su nombre.

–¿Que no me atrevo? ¡Pues claro que tengo miedo! ¿Cómo sé que no voy a ver a mi hijo cada vez que mire al suyo? ¿Cómo saber que puedo ser un buen marido cuando la única vez que lo he intentado todo acabó en un tremendo fracaso?

–¿La quieres?

Antonio apretó los ojos.

–Siento algo por ella que es difícil de poner en palabras. A veces, cuando está cerca, me siento cómodo. Otros días, me hace pensar. No puedo imaginarme ningún lugar, nada que quisiera hacer que no sería más divertido con ella.

Constanzo se echó a reír.

–¡Ay, hijo, estás enamorado hasta las trancas! Y muerto de miedo.

–Fracasé con una mujer que parecía estar hecha para mí…

–Los hombres como tú y como yo no estamos hemos para princesas ni supermodelos. Nuestro gasto en mantenimiento ya es suficientemente elevado.

Antonio se rio.

–Estamos hechos para las Laura Beth del mundo. Mujeres que son como rayos de sol, que nos hacen pararnos y disfrutar de la vida. Si la dejas pasar, lo lamentarás. Pero por encima de todo, si no eres capaz de aprender a perdonar, el dolor que te causará verla marchar no será nada comparado con el que sentirás un día al despertar y darte cuenta de que tú mismo te has creado tu propia cárcel.

Miró a su padre antes de contestar.

–¿Quieres que te perdone?

–Pero esta vez, de verdad. Y quiero que perdones a Gisella.

–Ella no necesita mi perdón –respondió con una mueca.

–No, pero tu alma está agotada y necesita el descanso que solo el perdón puede proporcionarle –dio unas palmadas en el colchón de la cama para reclamar la mano de su hijo, que Antonio le dio de inmediato–. Perdiste una familia, pero Laura Beth te está ofreciendo otra. A veces el destino es así de raro, hijo; no puede darte lo que perdiste, pero sí un sustituto.

Hubo un silencio no muy largo.

–Si no aprovechas esta oportunidad, puedes no tener otra. El destino es generoso, pero ¿quieres perder a Laura Beth, el verdadero

amor de tu vida? Ahora que la conoces, nadie podrá superarla. Es posible que encuentres la felicidad con otra mujer, pero nunca la alegría de vivir.

Antonio abrazó a su padre.

–Te perdono, embaucador.

–¿Esta vez, de verdad?

–De verdad –suspiró.

–Gracias. Anda, ve a buscarla. Quiero oír pasitos en mi casa.

Laura Beth iba casi tirando de su madre a la cuarta visita que hacían en otros tantos días.

–No hay acera –protestó su madre–. No pienso venir a verte si tengo que hundirme en el barro cada vez que entre –y cruzándose de brazos, añadió–: Hazle unas fotos con el teléfono. Yo te espero en el coche.

–¡Mamá! –protestó, pero la mujer siguió con paso decidido al pequeño coche azul que su hija se había comprado el día de antes.

–Para esta no me necesitas –le gritó su madre mientras abría la puerta–. Tengo la llave. Aquí te espero.

Laura Beth suspiró y bordeó la casa para ir a la puerta de atrás. Acababan de construirla, y las aceras estaban aún por hacer. ¿Cuándo se había vuelto su madre tan tiquismiquis?

En fin… no necesitaba a su mamá para decidir, que ya era mayorcita.

–¿Hola? –llamó desde la puerta–. ¿Hay alguien?

Qué pregunta más tonta. El Cadillac rojo del agente inmobiliario estaba aparcado delante. Por supuesto que estaba allí.

Iba a volver a llamarlo cuando la cocina llamó su atención. Los muebles eran de un alegre color verde, las encimeras de granito beis, y la espaciosa cocina se abría a un comedor de diario estupendo. Podía poner una mesa junto al ventanal para que entrase el sol de la mañana. Allí podrían sentarse a la mesa su bebé y ella.

El corazón se le aceleró un poco. En aquellos cuatro últimos días, había pasado mucho tiempo pensando en su hijito, ya que no podía hacerlo en Antonio. ¿Sería niño o niña? Tenía que tener la casa preparada antes de que naciera.

–¿Hola? –volvió a llamar, y entró al comedor formal. Los techos eran altos, e inmediatamente se imaginó a Antonio pintando un mural. Le encantaría aquel espacio.

El dolor le atravesó el costado y movió la cabeza. Se tenía prohibido pensar en él.

–¡Hola!

Entró en un salón con una enorme chimenea de piedra. Constanzo había sido generoso, pero no era idiota, y por supuesto no le había dado dinero suficiente para comprarse una mansión. Y aunque Tucker le había ofrecido trabajo, iba a invertir con sumo cuidado.

Al subir por la escalera de caracol que daba acceso al primer piso, supo sin ningún género de duda que no podía permitirse aquella casa. Era todo un caserón. Solo en el dormitorio principal cabría todo su apartamento de Nueva York.

Estaba viendo el baño cuando oyó una voz.

–Hola.

Debía de ser el agente de la propiedad, pero a quien se encontró cara a cara fue a Antonio. Abrió la boca para preguntarle qué hacía allí, pero no le salió sonido alguno.

–¿Qué haces aquí? –consiguió articular al fin.

Tenía que ser una alucinación, y el mejor modo de enfrentarse a ella sería hacerle hablar. Si decía algo imposible, como por ejemplo que la quería, sabría que era producto de su imaginación.

–Me he enterado de que andas buscando casa.

¡Comprobado! Era una alucinación. Su Antonio no hablaba de cosas corrientes. Aun así, le contestó:

–Sí.

–¿Te gusta esta?

Riéndose miró a su alrededor.

–¿Y a quién no? Es increíble, pero también demasiado grande.

Empujó suavemente la mampara de la ducha.

–Pues claro que es grande, pero la estás viendo pensando en cuando tengas más hijos. Anticipándote a ello, como haría Constanzo.

Laura Beth se echó a reír. ¡Dios, qué imaginación la suya!

–Ya me va a costar bastante sacar adelante a uno.

–Tu madre te ayudará.

–Lo sé –suspiró.

–Ella, y yo –añadió, acercándose.

–Vale, ya está bien. Es hora de ponerle punto final a esta alucinación.

Antonio se echó a reír.

–¡Ya me extrañaba a mí que estuvieras tan tranquila! ¿De verdad crees que soy un invento de tu imaginación?

Ella cerró los ojos. El tiempo que había pasado con él le había parecido un sueño, y los cuatro días que llevaba en Starlight le habían resultado un tanto confusos.

–Vale. Soy una idiota –abrió los ojos–. ¿Qué haces aquí?

–Constanzo me obligó a hablar de nuestra relación y a perdonarle.

–Ah.

–Es raro, ¿no?

No tan raro como tener al amor de su vida en el cuarto de baño de una casa que le encantaría poder comprar. Los ojos se le llenaron de lágrimas al contemplar aquel amado rostro. Era todo lo que siempre había querido, e incluso más. Pero él no la amaba. Se lo había dejado claro.

–¿Y qué tiene que ver que hayas perdonado a Constanzo con que estés aquí?

–He estado mirando las casas que te ha ofrecido el agente de la propiedad y creo que esta es la mejor para nosotros.

–¿Para nosotros?

No podía haber oído bien.

–He estado pensando mucho estos últimos días –dijo, dando unos pasos por el cuarto–. Y mi padre me ha obligado a darle todavía más vueltas a la cabeza, con lo que he acabado dándome cuenta de que mi problema es que no confío en nadie.

Eso ya lo sabían los dos. ¿De qué demonios estaba hablando?

–¿Me estás diciendo que no confías en mí?

–Pensaba que no podía confiar en nadie. Podrías haber sido la única mujer del mundo y, aun así, me habría contenido.

–Ya. ¿Y qué me estás pidiendo? ¿Qué vivamos juntos en esta casa, pero solo si puedo aceptar que no vas a confiar en mí nunca? ¡Desde luego, tienes cuajo!

Antonio volvió a reír, y se acercó a ella.

–No se trata de cuajo. Y si no me dejas terminar, nada va a salir bien ya.

Ella frunció el ceño, pero Antonio le puso un dedo en los labios.

–No te estoy pidiendo que vivas conmigo, ni te estoy diciendo que no confíe en ti, porque sí que confío. Llevo ya tiempo haciéndolo. Me costó semanas contarte mi historia, pero al final conseguiste sacármelo todo.

El corazón se le aceleró, pero no podía arriesgarse a creer. Le había hecho daño porque se había dejado llevar por la fantasía de que tenía su amor, y no iba a permitir que volviera a hacerla sufrir.

–Creo que lo cierto es que no confías ni siquiera en ti.

–Puede ser –dijo, encogiéndose de hombros–. Tendrás que admitir que hace falta ser un idiota para casarte con una supermodelo y no darte cuenta de que te está utilizando.

De no haber sido una conversación tan importante, se habría reído.

–La querías.

–Sí. Pero a ti te quiero más, Laura Beth.

–¿Qué?

–Sí –continuó él, deslizando un dedo por la línea de su mandíbula–. Eres una mujer dulce y divertida, además de hermosa. Tan hermosa que los recuerdos de mujeres tan tontas como Gisella desaparecen.

–No tienes por qué decir esas cosas…

–Solo estoy diciendo la verdad –puso las manos en su cintura–. ¿Quieres vivir conmigo en esta casa?

La respiración se le quedó parada en la garganta. ¿Vivir con él, en Starlight, Kentucky, donde su madre y todas sus amigas verían que le gustaba lo suficiente para vivir con ella, pero no para casarse?

Dio un paso atrás.

–No.

–¿No? –repitió, parpadeando varias veces.

–Sé que estás asustado. Sé que te cuesta la vida misma confiar en alguien, pero yo me merezco algo mejor que simplemente vivir contigo.

–¡Ah! –comprendió–. ¿Eso es todo?

Ella dio unos pasos más hacia atrás.

–No se te ocurra menospreciar lo que yo quiero –repuso, irguiéndose–. Ni lo que quiero, ni lo que necesito. Moviendo la cabeza, sacó una caja del bolsillo.

–Lo he hecho todo mal. Perdona –abrió la caja y le mostró un precioso diamante–. ¿Quieres casarte conmigo? Laura Beth apretó los labios y lo miró a los ojos.

–Eres mi alma. Lo que llevo toda la vida buscando. Mi padre creía que nuestra relación no funcionaba porque no podía perdonarlo, pero la verdad es que nuestra relación era extraña porque no era lo que yo estaba buscando. Por supuesto que necesito tenerlo en mi vida, pero lo que de verdad buscaba era amor. Un amor verdadero. Y tú eres ese amor.

–Antonio… –musitó, y fue a sus brazos.

Él respiró hondo. En cuanto sintió su cuerpo pegado al suyo y sus brazos rodeándolo, el tejido de su alma empezó a recomponerse. Sintió que su madre le sonreía. Incluso pudo ver la familia que iban a tener, y que su lugar en el mundo no quedaría asegurado porque fuera un gran artista, sino porque formaría parte de algo mayor y más grande que él: una familia.

Epílogo

Antonio y Laura Beth esperaron a que Isabella tuviera seis meses para celebrar su boda. Se erigió una gran carpa blanca en el jardín de la casa de campo de Constanzo, en la que el millonario fue recibiendo a sus invitados rebosante de orgullo, con Rosina a su lado, no ya como ama de llaves de Antonio, o amiga de la familia, sino como su prometida.

Laura Beth lo contemplaba todo desde la ventana del primer piso, en la habitación que Olivia, Eloise y ella estaban utilizando para prepararse para la boda.

–Está loco este hombre.

Olivia, que le estaba colocando el velo en el recogido, se rio.

–Es posible, pero ha conseguido que dos de nosotras encontremos a nuestra pareja ideal.

–Entonces, es un sabio –corrigió Eloise, arrodillada como estaba entre un tocador de varios siglos de antigüedad que se decía perteneció a Maria Antonieta, y la cola del vestido de Laura Beth. Su jefe, Artie Best, había diseñado los vestidos color melocotón de las damas de honor, pero ella había creado el de la novia.

Con el cabello recogido y el vestido abrochado, Laura Beth volvió a mirarse en el espejo. Llevaba los hombros descubiertos, y definía sus curvas hasta llegar a la cadera, de donde partía una falda rematada con encajes. Las lentejuelas brillaban por todo el tejido, incluyendo el velo que se dejaba caer por la espalda hasta el suelo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

–¿No te gusta? –preguntó Eloise, angustiada.

–En las tres pruebas anteriores ya te dije que me encantaba.

–Entonces, ¿qué pasa? –preguntó Olivia.

–Que estoy guapa.

Olivia la abrazó.

–¡Eres guapa! Anda, bajemos antes de que Isabella se ponga a llorar llamando a su mamá.

La ceremonia fue íntima y primorosa. Antonio estaba increíble con su esmoquin negro, al lado de los testigos. El sol brillaba por encima de la carpa blanca, llena de amigos felices.

Y justo cuando el sacerdote los declaraba marido y mujer, Isabella comenzó a llorar. Laura Beth la tomó de brazos de su madre, y Antonio de los de ella, y juntos los tres salieron por el pasillo central, acompañados por el sonido de los sollozos de Constanzo.

Sollozos de alegría. O eso esperaban.

Y mientras saludaban a los invitados, vio que Constanzo miraba hacia el cielo, y creyendo que nadie le oía o veía, musitó:

—¿Lo ves, carissima? Al final he conseguido hacer lo mejor para nuestro hijo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero lo comprendió todo.

Fin